

abelardo arias minotauroamor



Lectulandia

En esta extraña novela de Kreta, la civilización más exquisita de la antigüedad, el protagonista es la criatura mística y doble, el Minotauro. Enfrentado con las siete doncellas y los siete efebos que Atenas enviaba como tributo, el Minotauro plantea la posibilidad de una nueva visión de lo monstruoso y su viabilidad como pauta moral. El monstruo y el ser humano total, ¿hasta qué punto lo uno y lo otro? El autor de *Álamos talados* y *Límite de clase* ha escrito una fascinante novela, a la histórica y actual. El Minotauro aparece en estas páginas como un ser de antes y de ahora, que vive en contrapunto los símbolos y ataduras de nuestra época.

Lectulandia

Abelardo Arias

Minotauroamor

ePub r1.0

diegoan 21-12-2016

Título original: *Minotauroamor*
Abelardo Arias, 1966

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nada de lo pasado es revocado, lo futuro es esperado como algo que pasa.

SAN AGUSTÍN

La voluntad queda libre de la repugnancia contra el tiempo, contra su mero pasado, cuando quiere constantemente el ir y venir, el transcurrir y retornar de todas las cosas.

M. HEIDEGGER

I

La voz del rematador se amplificó a través de los altoparlantes de la Sociedad Rural. ¿Por qué ese desmesurado elogio de su carne, de su lomo recto, de sus nalgas Cuadradas? —¡Cinco millones de pesos! Para comenzar, para caldear el ambiente puede aceptarse; pero me resisto a creer que tantos criadores, cuyas caras me son conocidas, no tengan interés en este magnífico Aberdeen Angus.

No tardaría en llegar el barco y la ofrenda con la cual los áticos cubrían su libertad: las siete doncellas y los siete mancebos más hermosos para su placer de monstruo. ¿Por qué habrían inventado que se alimentaba de carne humana? El Monstruo, el Minotauro, hasta habían olvidado que se llamaba Asterio.

El rey Minos no fue su padre, sino el rubio Toro Sagrado de Poseidón, dios del mar. ¿Cómo podría imaginar a su madre, a la reina Pasifae, y al Toro Sagrado en el instante de la concepción ritual? Dédalo, el escultor y arquitecto, creó el admirable mecanismo, la estatua movable en terracota, madera y cuero, articulada como el cuerpo de una vaca, donde ella ocultó el deseo. ¿Quién podría echárselo en cara? ¿De dónde venía, entonces, su casta? ¿Zeus mismo no se había convertido en toro para raptar a Europa? De esos amores nació el primer Minos.

Al amanecer, la pelambre rubia, miel muy pálida, del toro surgido del mar semejaba blanca; el sol le daba color de piel humana. En venganza, Poseidón mismo hizo que la reina se enamorara del toro más hermoso de Kreta, Babilonia y Egipto.

El rey Minos, hijo de Licastro y marido de Pasifae, había ordenado a Dédalo que construyera una parte oculta, cerca de los almacenes subterráneos, para encerrar el fruto de esos amores. El Minotauro.

Golpeó con furia las losas de alabastro, hasta que las manos-pezuñas le dolieron; un hilillo de sangre le corrió hasta uno de los codos. Tuvo la sensación de que habrían de caer como la cáscara dura de un fruto.

Ícaro, el hijo de Dédalo, le había enseñado que a este palacio de Knosós, con sus cientos de cámaras, los helenos lo llamaban laberinto. Ellos no poseían palacios semejantes, se pasmaban de asombro y se extraviaban en los pasillos. En verdad, al construirlo, Dédalo había imitado al palacio de Lapi-ro-hunt (Templo a la entrada del lago), que mil años antes hizo construir el faraón Amenombrat, el tercero, en Egipto. De aquí, y no de la palabra caria «labrys», que designaba a las doble-hachas sagradas, los helenos habían derivado laberinto. Repitió las palabras de Ícaro, no quería equivocarse, le había costado aprenderlas. Las había repetido con los ojos cerrados, hasta la aparición de Agorácrito. ¡Qué le importaba la historia del palacio! Lo tenían encerrado en él. Todo lo monstruoso, los hombres lo ocultaban después de bautizarlo con nombres abstrusos. Él estaba encerrado para que la reina, su madre, tuviera

oculta, pero vecina y utilizable a capricho, la imagen de su grave falta, de su crimen de adulterio. La acusación constante. Quizá, su madre había terminado por olvidarlo.

Necesitaba, sin embargo, buscar dentro de sí, debatirse en esa zona brumosa de su cabeza, en todas esas palabras injertadas a medias. El laberinto de su mente. Miró sus pezuñas, la sangre había cesado. Le dolía la cabeza.

Un hombre moreno, con bigotes, los cachetes tironeaban los párpados, la cara se corría hacia abajo para hacer juego con el abdomen. Tres mujeres lo escuchaban, entre el ruido de los altoparlantes: La esencia de la mano no puede definirse jamás como un órgano prensil corpóreo, ni explicarse partiendo de tal definición. Órganos prensiles posee el mono, por ejemplo, mas no tiene mano. La mano dista infinitamente, por un abismo de esencia, de todos los órganos prensiles: zarpa, uña, garra. Sólo un ser que habla, o sea que piensa, puede tener mano y ejecutar mediante su manejo obras manuales.

Miró el muñón, cada año era menos pezuña sin arribar a mano. ¿Cómo podría tocar, rozar, sentir la piel de los adolescentes? A través de las uñas gruesas, torpes, le llegaba un muy leve estremecimiento. Precisaba estremecerse hasta las raíces. Tocarlos.

Pero la obra de la mano encierra mayor riqueza de la que comúnmente suponemos. La mano no sólo aprehende y coge, no sólo presiona y empuja. La mano ofrece y recibe, y no solamente objetos sino que se da a si misma en la otra. La mano mantiene, la mano sostiene. La mano designa, probablemente porque el hombre es un signo, ha dicho Heidegger.

—¡Seis millones cuatrocientos mil! Un semental que dará prestigio a cualquier cabaña.

Las manos se pliegan, cuando este ademán ha de transportar al hombre a la gran simplicidad. Toda obra de la mano se basa en el pensar.

Tuvo ganas de atropellar, carpir la tierra con sus manos-pezuñas. Ser toro, hundir su cornamenta en esos coloridos frescos en relieve. Color sangre de toro, canelas delicados, azules y verdes pintados sobre un enlucido de yeso. Los odiaba con desesperación, su mano-pezuña no podía pintarlos, ni siquiera acariciarlos. Acariciar el color, imaginar que se trasladaba a sus manos. Acariciar la piel. Acariciar.

Si destrozara los frescos, su hermana Ariadna se sentiría dichosa. ¿Por qué lo odiaba ella que tenía un cuerpo tan perfecto, tan humano? Tendría que mirar los colores, palparlos; también los cuerpos humanos, todos esos cuerpos humanos, con la piel muy suave, que pintaban en los talleres del palacio. Pintaban con las manos.

Pasos muy leves, de mujer. Pasifae, su madre, no vendría jamás. Cuando la

religión cesaba de protegerla, sólo debía recordar, en su hijo, la tremenda concupiscencia. El ritual le ordenaba realizar ese acto en público para reclamar la fertilidad y la fecundidad; pero lo establecido era que el rey ocupara otra «máscara» de toro, semejante a la de ella. Pasifae había aprovechado que el Rey guerreaba en Zakro, en contra de los últimos señores de los clanes rebeldes, en el oriente de la isla.

Tenía que ser Ariadna, su perfume llegaba antes. Las esclavas la habrían acicalado como para las grandes ceremonias sacras. Ella, también, esperaba el barco ateniense. Todos en palacio esperaban el barco de los bárbaros. Agorácrito, el adolescente ateniense, le había dicho que los helenos llamaban bárbaros a quienes no pensaban como ellos; podía, entonces, aplicarles la misma medida. Ariadna esperaba con mayor ansiedad que él mismo, pero podía disimular; en cambio, él no podía aparentar. Sus facciones cubiertas de pelambre no se prestaban a cambios rápidos de gestos que cubren deseos. Su dolor, su miedo, quedaban marcados por momentos más largos y distintos. Todos podían verlos.

El perfume comenzó a diluirse, a entremezclarse con olor de trigo, aceite y vino del pasillo, que debía comunicar los almacenes subterráneos.

Ariadna no vendría. A menudo, le gustaba realizar esos juegos; le hacía creer que hablaría con él, hasta podía escuchar sus pasos con diversidad de tonos que no le permitía adivinar la distancia ni el lugar.

Cuando su padre, el toro de Poseidón, cumplió nueve años lo mataron; el rito lo exigía. La sacerdotisa de Dictynna había hundido el puñal con mango de plata y oro; el toro estaba amarrado al altar con fuertes y coloridas cintas. Su padre soltó un mugido sordo, tremendo, angustiado. Tembló el palacio y la gente multiplicó el signo de la veneración. No, a él no se atreverían a matarlo, por la carne de su madre que llevaba en el cuerpo. A la carne de su padre la habían repartido entre los asistentes a la ceremonia. Pronto se repetiría la escena con el toro que sucedió a su padre. Su madre, la reina Pasifae, había comido la carne del toro que le engendró un hijo. Nunca entendería totalmente a los seres comunes, normales.

Atravesó el patio cubierto, se detuvo ante el fresco que representaba las tribunas del nuevo anfiteatro excavado en una de las lomas vecinas al palacio, o quizás fuera cuando los juegos con los toros se realizaban en el gran patio central. Largas hileras de mujeres parloteaban en las graderías; allí, entre las más hermosas, debían estar Ariadna y Fedra. Las mujeres simulaban mirar lo que sucedía en la arena, los juegos acrobáticos; simulaban hasta que entraban los toros bravos.

El barco no llegaba al puerto de Amnisós. Los atenienses mataron a su medio hermano Androgeo enviándolo a lidiar con el terrible toro de Corinto, por envidia, pues había ganado todos los premios en los concursos áticos; tendrían que pagar su muerte a través de generaciones. El eco de sus semipezuñas se repetía en los pasillos, algunos tan estrechos que se convertían en lo que eran: desagües cloacales, en los cuales ya no podía deslizarse. Su mundo se empequeñecía. Cuando niño, ¿becerro, ternero?, retozaba entre los campesinos y corría en los bosques de cipreses, pinos y

álamos, hasta el mar. Juguetecía con los hijos de los pescadores, les enredaba mallas y anzuelos; a nadie llamaba la atención, o, todavía, no se daba cuenta de que era distinto. A medida que crecía, se iba pareciendo más a un hombre. Alguien de la corte, dijo: Tiene los ojos iguales a los de la reina Pasifae. Lo encerraron, hasta que descubrieron su utilidad en el anfiteatro.

Escuchó, la carne le temblaba. Infinitos murmullos, ruidos ínfimos, deslizarse de culebras y lagartos lo habían acostumbrado a creer que eso era el silencio. Un sacerdote, que también era maestro en la escuela del palacio, había sido el suyo hasta que murió; nunca le enviaron el sustituto. Nadie se preocupó en la corte de lo que él tenía dentro.

Un sonido sibilante, el viento en los ductos o las serpientes sagradas, la «familiar». El corazón le saltó; los acróbatas saltaban sobre él apoyándose y dándose impulso en los cuernos. Una larga hilera de cuernos estilizados, cuernos sagrados de piedra, coronaba la pared que se abría ante la gran escalinata de los pórticos del norte y del sur; lo mismo en los altares y en el anfiteatro. Sin Agorácrito, sin Ícaro, ¿qué hubiera sido de él?

Los demás lo rodeaban vigilándolo; lo sometían a la desesperación de la soledad para que la llegada de los adolescentes de Atenas fuera monstruosamente deseada. ¿Qué haría con ellos? ¿Qué habrían dispuesto hacer «ellos» por su intermedio?

Desde el pinar, que rodeaba los jardines del palacio, comenzó a llegar el chirriar de las chicharras machos. Crecía a medida que el sol calentaba las colinas y el valle del río Kairatos, subía como un himno veraniego repetido en toda la isla, le cosquilleaba la pelambre que tantas manos habían golpeado o acariciado con horror. ¡Si lo dejaran revolcarse entre los pinos, cipreses y álamos! Su madre no admitía la posibilidad de encontrarlo casualmente. ¿Acaso, entregándose al Toro Sagrado, por voluntad de Poseidón, no se había transformado en la mujer más piadosa de Kreta? Los áticos la llamaban ninfómana.

Repasó el patio cubierto. Nada, ningún rastro del contingente de siete muchachas y de siete muchachos llegados de Atenas el verano anterior. Nada. De Agorácrito, sólo pudo ocultar el ritón, también el estrígil que usa al salir de la palestra para quitarse la arena y el polvo rojizo que se le pega al cuerpo. El remoto olor del ungüento entra en su nariz, se entremezcla con el del aceite de los depósitos y revive la imagen de Agorácrito. Nadie como él ejecuta el volteo con elevación y giro en el aire, en una parábola que parte desde el apoyo en sus cuernos, rebota en el lomo de otro toro y, en arco perfecto, termina en tierra. Nadie, tampoco, entiende por que el permanece inmóvil pata que Agorácrito pueda calcular el movimiento. Nadie, salvo Ariadna.

Las palabras silenciosas hacen que se avecine la tormenta. Pensamientos que advienen con pies de paloma son los que gobiernan el mundo, lo dijo Nietzsche. El profesor miró golosamente a las tres mujeres; a su turno, ellas

miraron al toro.

Remeció la cabeza, quería revivir a Agorácrito. La mano de Agorácrito. Ariadna, y no la sacerdotisa mayor, lo obliga a saltar hasta el agotamiento sobre ese toro bravo. La sangre de Agorácrito crepita en la arena caliente. El largo y afilado cuerno le entra por el pecho entre el esternón y las costillas del corazón. La piel suave, el ungüento. Un rojo chijetazo, nuevo pilar votivo. El maldito olor a semen que se mezclaba al de la sangre. Nunca más dejaría traslucir sus sentimientos. No los sabía ocultar, no era suficientemente hombre, privaba su costado animal.

Vendría la sacerdotisa de Dictynna, el sacerdote mayor, los delegados de todos los colegios de sacerdotes y pontífices y la corte para presenciar la bendición y entrega de los rehenes. Agorácrito no entendía por qué los bendecían, como no fuera para cubrir la venganza con la solemnidad de la religión o la aureola de la justicia del castigo. Remeció el testuz. Le costaba pensar. Minos nunca había cumplido con esta misión de su cargo de supremo juez y sacerdote. Siempre había ocupado su lugar el sacerdote mayor, quien conspiraba con vasallos y jefes militares para desposeerlo de su mando religioso y, acaso, del político. Ícaro experimentaba placer morboso en contarle todas las pequeñeces de quienes mandaban o consideraba sus superiores.

El primer cargamento fue una masacre instantánea. ¿Quién habría inventado este nuevo espanto de reunirlos, enseñarles acrobacia y, luego, herirlos en la amistad, la camaradería, el amor? No había sido él, ni siquiera involuntariamente. Aunque Agorácrito un día... No sabe cómo llamar lo que sucede con Agorácrito. Le hace pensar; le alegra atar ideas, cosas, clasificarlas, ordenarlas. Sus pezuñas comienzan a descascararse; necesita caminar erecto al lado de él. Pero el ateniense es demasiado inteligente para creer que esas ataduras puedan salvarlo de la muerte. Agorácrito sigue siendo tiempo presente, no puede pensar en él como pasado. Existe.

Un golpe en su testuz. Una daga muy fina penetraba entre sus cuernos, entre los rulos recios, tupidos y dorados. Las mujeres ensortijaban los dedos en esos rulos. La daga invisible entró más hondo. Miró en derredor, nadie. Alzó angustiado las manos-pezuñas. Cerró los ojos. Alguien, en la cala de la nave que venía de Atenas, había dibujado la imagen de un toro mitad hombre. Su imagen, la más torpe y repulsiva: puro cuernos y sexo. Una y otra vez clavó la daga en la madera, entre los cuernos, luego en la cruz. Saltaron astillas; era fuerte ese brazo adolescente. Le dolía la frente, parecía estallarle. Imposible ver la cara del muchacho; sería un esclavo. No, el puñal era demasiado fino. El hierro le atravesaba la espalda, luego el corazón, Ya no le cupo duda, era de muy alto rango: conocía los secretos rituales para hacer propicia la caza. En ese navío le llegaba la muerte.

Golpeó en la pared, se descascaró parte de un fresco: una mancha terrosa en un fondo azul con pájaros. Luego de mostrarlo sonriente, Ariadna lo haría restaurar. Podría contemplar al pintor; el terror de su presencia no lo dejaría trabajar. Inútil que Ícaro intentara substituir a Agorácrito en su enseñanza ¿qué es su relación con

Agorácrito?; llegaba el momento en que todo lo más escondido le brotaba arrollador.

Un mugido resonó en pasillos y galerías. Nadie realizaría repetidamente el signo de la veneración, como sucedió a la muerte de su padre el toro celeste; nadie ya le tenía el antiguo pavor. El Minotauro, la bestia, se había transformado en fabricante y amaestrador de acróbatas, cumplía con lo que le ordenaban.

¿Ariadna o Fedra? Ellas no precisaban tanto repliegue cortesano. Tendrían que ser los rehenes atenienses. Desde el gran patio central que se abría rectangularmente, con un centenar de codos de largo, al termino de las fastuosas escalinatas, escuchó las trompas de oro. Minos recibiría a algún embajador de Egipto o a alguien de la familia del Faraón; los cretenses, por encargo de los egipcios, acababan de construir el inmenso puerto de Faros en el delta del Nilo.

Los sirvientes del palacio invadieron su patio cubierto. Lo cercaron los acólitos y cuatro esclavos del sacerdote mayor. Odiaba sentirse rodeado. Embestir y alzar en su cornamenta el cuerpo de uno de esos esclavos; nadie reclamaría. Acaso, Minos lo aplaudiera golpeando con las uñas el gran abanico de plumas azules, el de las ceremonias, por haber dado un espectáculo esperado. La escolta sacerdotal ocupó los costados de la gradería en la tribuna; torsos potentes con angostísimas cinturas, brazos musculosos que se retorcían como las serpientes de la diosa madre, que acompañaban a la «familiar» y protegían religiosamente el palacio; brazos capaces de quebrar el cogote de los toros más poderosos.

En la galería alta, las siervas de su madre agitaron largas bandas de tela color canela y un perfume, muy suave, de mirto, invadió lentamente el patio. ¿Sería posible que su madre?

Ruido seco y sordo, golpeteo de madera y cuero. Los paneles del gran palco tomaron una ubicación oblicua, brillaron las losas de yeso cristalino en el piso. El primer rango, junto a la balaustrada de cuernos estilizados, fue ocupado por la guardia real. Por primera vez, el rey Minos asistía a estas exhibiciones. Tendría que ser alguien muy ilustre, acaso el mismo Artatama, rey de Mitani, cuya alianza buscaban Egipto, Babilonia y Kreta para defenderse de asirios e hititas. Un personaje del Faraón, el Gran Eunuco, había sonreído maliciosamente cuando Minos explicó el origen del Minotauro. «Por cierto que en ningún momento puede considerarse que la reina faltó a sus deberes conyugales. El toro de Poseidón, dios omnipotente, está por sobre todas las normas y reglas humanas», había comentado, mientras el Gran Eunuco no cesaba de sonreír. Lo seguían mostrando. La vanidad cubría cualquier vergüenza. Pasifae tampoco asistía a estas exhibiciones; según Fedra, contemplaba todo desde un oculto mirador.

Retumbaron las trompetas. Minos, rey y sumo sacerdote en Kreta e islas vasallas, apareció en el palco; a su lado, un personaje cubierto de sedas, joyas y ornamentos orientales. Contuvo los deseos de insultar, que le brotaban cuando las miradas se clavaban en él. ¿Pero a quién y por qué? ¿A su madre? ¿Acaso no era lo más moral e inmoral que existía en Kreta? Agorácrito le había preguntado si los dioses podían ser

morales o inmorales, cuando aún no sabía el significado de la palabra. Los helenos siempre interrogaban, lo cubrían con las pústulas de las interrogaciones. Gritar contra ese personaje sería quebrar las reglas sagradas de la hospitalidad; los hombres las habrían inventado por terror, al saberse lejos de sus casas, de sus cuevas. Nada entendería el personaje. Narraría, luego: «El monstruo de Kreta muge palabras casi humanas». Sus servidores inventarían historias sobre la base de sus palabras, y su fama correría tergiversada en otras lenguas.

Los acólitos del sacerdote mayor se acercaron. Avanzó hasta el centro del patio. Nuevo ruido y deslizamiento de planchas de madera y metal; el sol, por medio de reflejos, lo iluminaba como en pleno mediodía. Ariadna le había prometido un gran espejo. Llegó más excitante el chirriar de las chicharras.

—¡Asterio, el Minotauro! —la voz innecesaria del sacerdote mayor, para oírse a sí mismo. No había otro hombre toro.

¿Sólo ocho millones? Lo tomo como una muestra de ese tan discutido humorismo de los argentinos.

El silencio que conocía. Las miradas lo penetraban, lo lamían, lo herían, lo destrozaban, lo acariciaban. Así había descubierto todo lo que los hombres normales podían realizar, nada más que con los ojos. Sabían lo que era un monstruo y estaban ciertos de no serlo. Saldrían con respiro de alivio, hasta que llegara la noche y comenzaran a recordar. Tendrían miedo, se mirarían los propios cuerpos, comenzarían a detallarse por sobre la piel y debajo de ella. Lo acosó la cara angustiada de Agorácrito. Estaba acostumbrado a ver en la obscuridad casi total: «¿Qué buscas, amigo de mi alma?». La mano de Agorácrito se retira tibia y temblorosa. ¿Cómo es su propio cuerpo? No lo sabe, quiere verlo en los ojos de Agorácrito, verlo Como cuando era chico en el reflejo del río Kairatos, al naciente del palacio. «Quería saber lo que de distinto hay entre nosotros por encima de la piel, mi maestro». Ya, entonces, dudaba si el maestro no era el adolescente; muerto, comprendió que así era.

Brilló la vara terminada en una púa de bronce. El puntazo en las nalgas. Bramó de dolor. Ícaro, el hijo de Dédalo, le llevaba el ungüento para curar esas lastimaduras. «Por culpa de mi padre te hieren, Asterio. Minos ha dispuesto que te hieran para que sueltes un grito o un mugido y los visitantes no te crean un muñeco articulado, como el que fabricó a la reina Pasifae para». «¡No necesitas contarle todo, Ícaro!». Pero Ícaro necesitaba contarle todo. La gente se acercaba para contarle sus miserias, lo que no se atrevían con los demás. El Minotauro siempre era o debía ser más monstruoso que cuanto ellos pudieran ser o contar. «Pero si a Dédalo, mi padre, no le importa, a mí sí. Cuando te clavan la pica y escucho tu grito a mí me la clavan, es por culpa de mi padre. ¿Lo entiendes? Si él no fuera tan cortesano, tan dispuesto a aceptar o servir el capricho, cualquier capricho de tu madre o el rey, no te clavarían esa punta de

bronce. Te traigo el unguento, curo mis heridas en tus heridas. Lo fui a buscar en la propia casa de Akashan, el médico de Minos, porque mi padre no sabe inventar unguentos. Pero yo te libraré de esas exhibiciones, yo avergonzaré a Ariadna y Fedra y, especialmente, a Pasifae. No te herirán más. Mi padre». «¡Cállate, Ícaro, ya se la historia de tu padre y tu historia!».

Sonaron fuera las trompetas. El palco estaba vacío; la gente se alejaba, siempre, en silencio. No recordaba cuándo se habían retirado los guardias y los acólitos.

—¿Cómo haces para entrar sin que nadie te vea, sin que nadie? —la voz se le cortó en un grito, Ícaro acababa de aplicarle el unguento. Un instante de ardor era suficiente para que la herida comenzara a cerrarse. Akashan era casi un mago.

—Bien sabes que sólo yo, y mi padre que lo reconstruyó, conocemos los secretos de este palacio y del anterior que derribó el terremoto. Los esclavos que utilizaron y algunos extranjeros y hasta artesanos —sonrió— murieron de una extraña peste... Otros fueron embarcados en los innumerables navíos de Minos. Ninguno volvió a ver este palacio. Es el destino de todos los que lo construyeron y será el de muchos que todavía lo habitan. Ya verás cuando lleguen los bárbaros aqueos y los dorios. Por eso el afán de Minos en probarle al hermano del rey Artatama que los dioses están aliados a su sangre —de nuevo, la pausa y la mirada ansiosa de Ícaro; ya sabía lo que iba a preguntarle—. ¿Por qué no te escapas conmigo? Mi padre... ¿te lo puedo contar, Asterio? ¿Puedes jurarme que no lo dirás a nadie?

—¿A quién puedo?

—Sí. Agorácrito está muerto. Minos ha hecho contar, por sus sacerdotes y los rapsodas, en todas las aldeas, que fue el Minotauro quien lo destrozó.

—¿Y a quién le puede asombrar cuando cualquier noble puede hacer lo mismo con un esclavo? —cortó fastidiado. Ícaro se encogió como si recogiera una red.

—Pero el rey agrega que Agorácrito era su maestro, que te pertenecía totalmente. Pero es Ariadna quien lo incita. Un maestro bienamado en Kreta es como un padre, como tu padre, aunque tuviera dieciocho años. ¡Por pura maldad!

—¿Cómo pueden, cómo si yo y el somos una sola persona? —calló. Los labios de Ícaro se volvían más finos, se plegaban en la comisura, allí debía estar la imagen de la maldad. Las caras de los seres humanos tenían muchos secretos todavía. El mismo Ícaro ayudaría a que la historia rodara de Knosós a Faestos a Gortyne y de ahí a todas las islas del Mar Verde y hasta Egipto.

—No te importe, Asterio, lo que hacen correr Minos y Ariadna, por lo menos yo y mi padre Dédalo conocemos la verdad. ¿Quieres saber lo que Dédalo ha inventado?

—No, no quiero saberlo. ¿No entiende tu padre que mientras más cosas invente más atado estará al rey?

—Sí que deseas saberlo, porque puede serte muy útil. Puede servirnos a los dos, sí, a los dos —Ícaro, pese a su cara joven, tenía una piel apergaminada y fría, los ojillos le brillaban como el ágata que llevaba en la muñeca izquierda engarzada en una delgada pulsera de oro; no podía tener sólo veinticuatro años.

—No pueden rescatarme de este palacio. Agorácrito tiene razón, nadie puede rescatar a la gente que vive en palacios.

—¡Mi padre ha inventado unas alas! Asterio, ¡unas alas para volar como un pájaro! —Lo miró extasiado, sus manos-pezuñas, tan torpes, se convertían en alas, sí, como las de un pájaro, un águila—. Y podríamos escapar a Sicania, a Sicilia como principian a llamarla. El rey Cócalo es amigo de mi padre. ¿Vendrás con nosotros?

Extraña dulzura le llenaba la boca, los ojos se le humedecían. Ser libre. Quiso danzar de felicidad o de dolor como había visto a algunos esclavos cuando estaban solos. Miró sus extremidades; huir con el Minotauro era como ir proclamando: ¡he desobedecido al rey Minos, el de los poderosos navíos!

—No, Ícaro, yo no puedo huir.

—Sí que puedes, las alas son fuertes.

—¡No! ¿No entiendes que en cualquier parte que yo vaya...? ¿No entiendes? Mira mi cara, mis manos y mi cuerpo. Yo no puedo escapar de mí mismo. No existen alas que puedan cambiarme.

—Pero allá estarás libre —se le acercó más; Ícaro te nía algo de la perfidia de Ariadna. Le brilló la chicharra de oro que usaba en la raya del peinado.

—¿Quién te manda tentarme? ¿A quién obedeces? ¿A Ariadna, a Fedra, a Minos? ¿Las alas de Dédalo no serán como la vaca que fabricó para mi madre? ¿No te basta con ella? —gritaba o mugía, no le importaba. Ícaro se encogía, un conejo asustado, los párpados rojos como los esclavos de Judea, se le humedecían las pupilas.

—Algún día necesitarás confiar en mí, pero será tarde. Sólo podrás escapar por la muerte. No estaré yo, ni mi padre; recién entonces te darás cuenta.

Desapareció, la misma facilidad y misterio con que surgía en la penumbra de los pasillos. Le había hablado muchas veces de las nuevas y ricas colonias en Sicania. Dédalo no tenía patria, lugar, ni señor; acaso, no tuviera ni «ideales», la palabra de Agorácrito. Expulsado de Atenas por haber asesinado a su sobrino Talos, envidioso de él porque era mejor escultor. Quizá lo llevaría a la tierra de Cócalo para venderlo a un precio fabuloso. El Minotauro, mitad hombre, mitad toro, el bufón más ridículo. Y, sin embargo, Ícaro era la única persona que se le acercaba; no sabía lo que buscaba, los hombres no realizaban ningún acto sin motivo.

II

Un tiritón, su pelambre dorada que lentamente desaparecía, debía erizarse en la región de la columna vertebral, quizá tenía que llamarla el lomo. Sonaban los «mugidores» rituales. Corrió. Las piedras de ese pasillo comenzaron a rozarlo a medida que avanzaba; las de cristal de yeso y alabastro le daban sensación de caricia, lo había descubierto con la pubertad. No tenía manos para el gozo.

Tendría que detenerse, el alabastro lo rodeaba tomando reflejos de piel humana. Viboreaban las lagartijas. El embudo de piedra se afinó hasta terminar en un orificio circular azul cobalto. El mar en el puerto de Amnisós; a lo lejos, la isla de Días. Las velas rojas, las velas amarillas, las canelas, las brillantes rodela de cobre, la innumerable flota de Minos el amo del Mar Verde, el Mar Inferior. Una cuadrada vela negra. El viento norte, el etesio, que venía de Sarmacia y Escitia, se habría calmado. Cerró los ojos, rozó el yeso cristalizado con las piernas y los brazos. Su imagen apuñalada. No necesitaba que le confirmaran la noticia; los secretos de palacio se creaban en los pasillos y le llegaban como susurros; pero había mensajeros más eficaces: sus nervios, su instinto.

Deseaba a esa gente joven que le traían como holocausto y tributo, no lo podía evitar. Otros vasallos enviaban cereales, frutas, oro, plata, cobre, lapislázuli, marfil, incienso, animales raros, finalmente: esclavos y obreros.

Al primer grupo ateniense lo recordaba confusamente, había sido un resoplante baño de sangre tibia; de todos esos cuerpos hermosos, nada quedaba en su memoria. Del tercer cargamento, sólo una imagen: unos ojos claros, el río Kairatos en el invierno, lo miraban con mezcla de terror y asombro; sin saber por qué, a esa muchachita, que debía ser la más joven, la había dejado para lo último; por primera vez, eligió. Cuerpo muy blanco, yeso cristalino de su pubertad, senos menudos, vientre dorado y palpitante. No lo pudo comprender, entonces; la última vez que vio su cara había desaparecido la expresión de terror, se transformaba en deseo. No recordaba exactamente, había cesado de pensar, si la destrozó con los cuernos apuntados a esos pechos inverosímiles o con el sexo. Sólo aparecía la cara final, horror y placer que no lograba descifrar; la había buscado en vano en los otros cargamentos, no se repetía; permanecía en las partes claras de los frescos, se entremezclaba con los colores, las facciones se diluían; tendría que fijarlas en la pared para poder observarlas fríamente, pintarlas él mismo.

Luego, las caras crecían, se multiplicaban confundidos los sexos. Destrozados, informes, brillantes de sangre sobre la piedra. Una doncella de madre jonia y nacida en Karkemisch —la recordaba porque había traído la ofrenda de dos animales fabulosos y desconocidos: la hembra ponía huevos todos los días y se llamaba gallina, y el macho, más colorido y garboso, gallo— le dijo extrañas palabras; no las comprendía, pero el sonido le interesó y apaciguó por primera vez. Comenzó a descubrir el significado humano de las palabras en el brillo de esos ojos negros,

inmensos, en la mano que le acariciaba el testuz. Acaso fue el primer asombro que le produjeron los seres humanos normales: podían desear a quien los hería y martirizaba. Al gozo unió el sonido de esas voces, los lamentos, los respiraderos del laberinto se quejaban en forma semejante cuando corría fuerte el etesio, o los cálidos vientos de Egipto. El viento entre los cipreses y el pinar, el chirriar de las cigarras. Los sonidos. La angustia de no poder palpar. «Las manos. ¡Las manos!» gritó con desesperación. De nuevo llegaban y no podría tocarlos. Las manos de Agorácrito. Quejas, gemidos, lamentos, las palabras aprendidas para marcar cada sonido. Los sonidos de los jonios vibraban. La voz de Agorácrito.

Fue entonces, ahora lo recordaba, cuando Ariadna había sugerido los utilizaran para la ceremonia sagrada de la taurokathapsia, de los juegos con los toros en la arena. Agorácrito los llamó así, en heleno.

Deseó sublevarse, alzarse ante la orden de servir de espectáculo como Hatti, el bufón de su padre, o como los saltimbanquis y las sacerdotisas que jugaban con los toros, pero cedió al placer de estar a cielo abierto. Rara vez, su madre, lejana en el palco real, concurría al espectáculo, pero las graderías no daban abasto para los nobles y los ricos.

Ya no recordaba cuántos navíos habían llegado del Ática. Entre un juego y el otro; entre un juego y la muerte, habían comenzado las palabras. Los hombres fueron los primeros que impusieron sus voces, el significado de ellas; algunas voces recién comenzaban a afirmarse con la pubertad. Los dulces y silenciosos senos de las doncellas. La mano de Agorácrito posada en su cabeza. Llegó el instante postergado durante casi un año. No temblaba la mano del muchacho; tenía confianza en él, pese a que nada podía ninguno de los dos contra las Moiras; el destino ya se había revelado con ese tejo negro, que le tocó a Agorácrito durante el sorteo en el templo de Poseidón, y que significaba el viaje a Kreta. Abandonó la aldea de Atenas tembloroso, la cabeza inclinada para que el cabello le ocultara las lágrimas. Ya no llora. Los separan en el anfiteatro del palacio; de estar seguro que la separación era definitiva —los hombres seguían siendo astutos e impiadosos— hubiera preferido embestir contra todos y morir en compañía de su amigo, de su maestro. Ícaro trajo la noticia, con un dejo de alegría en el tono, aunque de esto ya no estaba convencido; luego, la voz se le había tornado grave, tierna, la misma que empleaba para incitarlo a escapar.

Imposible que tan pronto llegaran los adolescentes; cada año las ceremonias se volvían más lentas y complicadas; Ícaro decía que comenzaban los remordimientos; no podía comprender el remordimiento.

No era el perfume de los atenienses, ni el de los jonios o asiáticos que solían traer entremezclados. Los hijos de Atenea tenían fama de listos; pero Minos callaba, también, por astucia. No convenía ser demasiado cruel con un vasallo que durante tantos años aceptaba el doloroso tributo y pertenecía a una raza que, poco a poco, iba invadiendo la tierra firme. Reconoció el perfume de Ariadna, las narices se le

ensancharon ansiosas. Los pasos leves se mezclaban con otros más duros y pesados.

El perfume se diluyó en otro más fuerte, a rosa y jazmín. Fedra, su hermana. Algo muy importante debía suceder para que vinieran ambas. El titubeo en los pasos señalaba que los esclavos debían transportar un objeto muy pesado. Ariadna habría imaginado algo para tornar más desconcertante su presencia.

—Ya sé que están aquí, Ariadna y Fedra —el fastidio le cambiaba la voz.

—Querido hermano, posees un sentido del olfato mucho más desarrollado, es lógico. —Su tono tenía algo del metálico brillo de las estalactitas de la cueva del Monte Dikte, donde había nacido Zeus Pitter, como lo llamaba Ícaro, en sánscrito; algunas de esas estalactitas adornaban el edículo de la capilla real. Ya repetía palabras de Ícaro; remeció la cabeza para borrarlas.

—Con Fedra, hemos resuelto traerte un regalo que te será muy útil.

Entraron por el corredor principal, seguidas por cuatro esclavos que llevaban un gran tablero cubierto con una tela espesa, bordada con pájaros y, entre el pasto, conejos y liebres de brillantes colores. Podía ser un retrato o un gran fresco.

—Te servirá para conocerte mejor.

—Sé lo que soy.

—¡Oh, nuestro querido Asterio! No sabes lo que, en verdad, es un monstruo, una quimera, un híbrido; son cosas que te han dicho o que murmuran otras personas, pero no te has visto nunca de cuerpo entero —Ariadna cumplía al fin su promesa—. ¿Sabes cómo pasas de la mitad humana a la... a tu mitad anormal?

—Eres un tanto impúdico, Asterio —Fedra no había podido contenerse—, te exhibes sin preocuparte de las miradas.

—Fedra, te ocupas de mirar lo que yo no miro. ¿No andan ustedes con los pechos desnudos?

—¡Déjalo, Fedra! Hemos pensado que querías saber, verte de todos los costados, no sólo de ese «costado interior» que tanto te preocupa desde tu... ¿cómo debo decir, encuentro con Agorácrito? ¿Te recuerdas cómo era Agorácrito, alguna vez pudiste verlo de frente y al mismo tiempo de espaldas sin que tuvieras necesidad de desplazarte? Hay muchas cosas que todavía te escapan, querido hermano. Agorácrito sólo era un jonio, dicen que muy inteligente y que te descubrió un mundo.

—Muchos mundos, Ariadna —se arrepintió de haber hablado, no podía dominar sus impulsos.

—Exacto, de todo ello se habla mucho en palacio. Hasta te enseñó a rebelarte contra el pilar sagrado de Dictynna, ¿ya no temes a los rayos de las serpientes que aprietan sus puños, verdad? —No contestaría; Agorácrito le había dicho que el silencio era un arma que desconocía—. No quieres hablar de Agorácrito, ni de tu rebeldía. Sabes que ni Minos se atrevería a suprimirte, pero no sabes cómo te veía Agorácrito.

La miró angustiado; Ariadna siempre decía cosas que él no había pensado, le descubría lugares ignorados sólo para avergonzarlo.

—Lo sé, traes el espejo prometido —las palabras se le escaparon. No la podía odiar; su maldad, si es que eso era maldad, lo atraía.

A una señal de ella cayó la tela. Una bruñida superficie de bronce, con un marco de cristal de roca y cedro.

—Uno de los espejos más grandes que hayan fabricado en el taller de Faestos. ¿Te encuentras distinto a la época en que te mirabas en el río Kairatos? —Temía descubrir su cuerpo, casi lo había olvidado—. Aunque en ese tiempo no sabías pensar, no sabías que...

—Era un monstruo, una quimera —las palabras se le desgranaron muy lentas, se ubicaban en las curvas y rectas de ese cuerpo que descubría en su totalidad. Nada le sorprendía, pero el conjunto lo aterraba. Contuvo el deseo de abalanzarse contra la bruñida superficie y destrozarla, junto con los esclavos que la sostenían. Ellas esperarían esto. Su cuerpo se diluyó en formas distorsionadas, mientras los esclavos se alejaban hasta la testera del fondo en el gran patio cubierto. Colgaron el espejo, todo estaba preparado.

—¿Te habló alguna vez de la conciencia? —no necesitaba mencionar el nombre. ¿Qué objeto era la conciencia? Nadie le había hablado de ella. La risita de Fedra lo hería más que el tono y las palabras de Ariadna—. ¿No, verdad? Ya tendrás tiempo de conocerla mirándote continuamente, y cuando menos lo desees, a ese espejo. Además, mañana recibirás tu tributo de efebos y doncellas. En él está el hijo del rey Egeo, Teseo, el más hermoso muchacho del Ática y, por descontado, inteligente y astuto. ¿Sabes que ellos han inventado una ciencia nueva para jugar con la inteligencia, como nosotros jugamos con los toros?

—¿Por qué viene el hijo del rey, en pago de nuestro hermano Androgeo? —De nuevo sintió el puñal frío; le llegaba el destino.

—Es lo que yo y Fedra averiguaremos por encargo de Minos, que no confía mucho en tus relaciones con los atenienses. Será un placer sacarle sus secretos a Teseo, un verdadero placer. Lo más probable es que lo retengamos y sea el último en llegarte. Hasta Pasifae y Minos salieron, discretamente por supuesto, a los propileos para ver el paso de la caravana. Luego que el sol cambie su sombra, lo llevaremos a Amnisós nuevamente; Minos quiere probar su parentesco con Poseidón... una forma de saber si es pariente tuyo.

—La gente te odia, Asterio, casi en la medida que te envidia, sobre todo, porque no saben qué haces con ellos en estas cuevas —no miró a Fedra; la veía reflejarse en uno de los adornos de cristal de roca, luego, se retorció y ocupaba la casi totalidad del costado izquierdo del espejo. Algún día Fedra haría algo monstruoso, lo presintió; sería su verdadera hermana. Todos ellos entrarían en ese espejo que desperdigaba reflejos violáceos.

—Teseo, hijo del rey Egeo —dijo las palabras como quien repitiera esas tablillas de la ley, que Minos traía de la montaña cada nueve años, luego de permanecer largo tiempo con Zeus. Las tablas de la ley. ¿Habría Minos con el padre de los dioses?

Tenía que ser así. Su propia presencia, su cuerpo en el espejo, donde se mezclaban lo humano y lo divino, lo probaba. Minos hablaba con Zeus en la medida en que él era el Minotauro. ¿Por qué lo miraba así Ariadna?— ¿De qué trata esa nueva ciencia que ha inventado la gente de Teseo? —la pregunta ni la ciencia le interesaban tanto, sólo quería desviar la mirada y los pensamientos de su hermana.

—De eso que estás haciendo ahora, mi pobre Asterio. Medir los pensamientos ajenos, averiguar lo que en verdad significan, saber lo que de cierto refleja ese espejo. Dédalo te lo podía explicar mejor, pero tú sólo tienes relaciones con su hijo Ícaro. La ciencia se llama filosofía, amor del saber.

Pese a todo, la admiraba; Ariadna averiguaría de Teseo lo que él nunca podría lograr.

—Filosofía de Teseo —murmuró.

Los tres se miraron en silencio.

III

No le gustaban esos cuchicheos en su derredor, le producían escozor nervioso. Sabía bien que algo desagradable le aportarían. Lo habían rasqueteado pacientemente, luego lo cepillaron; su pelambre negra y blanca brillaba.

—Lo que no me satisface es la falta de brillo en la mirada, en los ojos; revela falta de combatividad o de acometividad sexual.

Conocía esa voz, la de Ezequiel, el propietario de la cabaña «La Primavera». Otra más juvenil y decidida agregó:

—¡Eso es fácil de arreglar con vitaminas! —El sobrino que estaba a cargo de la estancia. Como era joven, todo lo arreglaba con risas, vitaminas, remedios modernos. Cantaba acompañándose con la guitarra: los campesinos de todo el mundo eran iguales.

Dos días desde la llegada del barco. Nadie había sido entregado a su custodia, ni siquiera los llevaban a la palestra o a la arena del anfiteatro. Los toros llegados desde los valles de Gortyne mugían en la dehesa del palacio.

—Teseo... —murmuró. Tenía que ser la causa de que las ceremonias se postergaran. Con lentitud se acercó a la pared donde colgaba el espejo. Antes de retirarse, los esclavos lo habían velado. «Así tendrás que moverte, reclamar tu conciencia por medio de un acto», había dicho Ariadna; a ella le encantaba expresar cosas que lo obligaran a forzar el cerebro para entenderlas. No sólo a él, también intentaba sobrepasar a sus hermanos, en particular a Catreo, el heredero; había convencido a Minos de que lo nombrara delegado en las islas para que aprendiera el oficio de gobernar. Además de pensar como los hombres, había aprendido a guiar un carro de batalla con dos caballos; corría por los caminos, y los campesinos y aldeanos, todo ese mundo que les servía, la comparaban con Britomartis, la eternamente joven hija de la diosa Dictynna. Recogió la cortina dificultosamente; los pájaros se espantaban de sus pezuñas.

La frente podía ser la de un hombre normal, salvo los cuernos que le surgían de los temporales; largos y afilados, brillaban como el ritón de alabastro, el vaso de libaciones, que le había regalado Ícaro. A su vez, lo ofreció a Agorácrito, «¿Qué puedo hacer con este ritón si ni siquiera soy dueño de mi cuerpo? Cuando yo muera, consérvalo en mi nombre». Lo guardó entre ese montón de vasos, candelabros, labrys, hasta un gran sonajero de ora y un gallo de plata y lapislázuli, que habían adoptado como emblema de Velchanos, también hijo de Dictynna y dios de la fertilidad. El depósito de las ofrendas para el Minotauro. Allí, en esa mescolanza de objetos, en el rincón más oscuro, como si fuera el menos apreciado. Nadie sabía, ni siquiera Ícaro, que el vaso sé había transformado en la imagen de Agorácrito. El acto

de aprehender entre sus manos inhábiles el precioso ritón; las luces llegaban hasta los intersticios quebrándose en formas inesperadas. Los cuerpos que había hendido y destrozado se dibujaban en las vetas y relieves de alabastro. Acercó sus anchos labios a la boca del vaso; lo posó sobre una ménsula, apoyado contra el pecho. El terror de que se le escurriera y trizara.

¿Qué puedo darte a cambio de mi vida?, le había preguntado un muchacho lutano. Nada, porque me perteneces íntegro, contestó mirando sus manos. ¿Te gustan mis manos? David, mi abuelo, tocaba con ellas el arpa. Sí, pero no las puedes dar, no me las puedes injertar, ni encastrar como esta filigrana de oro en el alabastro. Nada podemos. Lo destrozó enfurecido, le pisoteó las manos hasta desperdigar los huesecillos ensangrentados. Hubiera deseado succionarlos, pero no era cierto que se alimentaba de carne humana. ¿Qué había de extraño, de diverso de los otros hombres que comían carne de toro? Si él lo hiciera, comería, también, a su propia especie.

Acercó los labios, el eco le devolvía su voz. «Agorácrito, ya he descubierto lo que me enseñaste del silencio». Su aliento volvía hasta las grandes narices de su hocico, nunca sería su boca semejante a la de Agorácrito. Sin embargo, esa muchachita de Beoda o de Corinto, no recordaba bien, recorría con sus pequeños labios, y muy voluptuosamente, los ásperos suyos.

Una risa entrecortada a sus espaldas. Fedra reía así. Las manos, más valía nombrarlas como las de los hombres, le quedaron apoyadas en el espejo donde se hundían las imágenes.

—¡Mirándote al espejo! ¿Crees en lo que te dice Ariadna sobre la conciencia? Lo inventa para torturarte más, Teseo te lo dirá.

—¿Por qué no lo traen?

De nuevo, la risa.

—¡También quieres ver a Teseo! Esta vez tus afilados cuernos se quedarán sin su presa. Nuestra hermana ya lo hizo suyo, al menos así lo creé...

—Has venido para contarme tu despecho.

Le sorprendió la mirada de asombro de su hermana.

—Ícaro te enseña muchas cosas, ¿a cambio de qué? Me ha dicho que te regaló su ánfora de la pubertad, la que su padre le hizo fabricar para la ceremonia...

Respiró, Fedra haría que todos erraran en palacio. Agorácrito entraba al reino del misterio, como Minos cuando iba a la montaña para hablar con Zeus.

—Malgastas tu tiempo en averiguar lo que hace el pobre monstruo que es tu hermano. —Las manos de Fedra se movieron nerviosas; jamás podría expresar sus estados de ánimo en forma tan evidente y silenciosa.

—La vida de nosotros es tan vulgar en comparación con la tuya —nuevamente las manos, ahora jugaban con el triple collar de lirios de oro.

Las manos de Agorácrito se apoyan en sus cuernos un instante; el peso del cuerpo, se los hunde; se liberan de esas manos con angustia, quedan desnudos, desprovistos de calor vital, inútiles a su propia persona cuando cesan de tener el

contacto de las palmas y los dedos. La voz de Agorácrito entra en su cabeza y la puebla de ideas en acción que lo extasían hasta lo mágico. En los asientos del anfiteatro las damas sonríen y cuchichean. Gritos y golpear de palmas. El ateniense gira en el aire como las golondrinas, como la paloma de la gracia cuando se posa sobre la cabeza de la diosa madre. La dicha transformada en pirueta, encanto fugitivo que nadie logra fijar, ni él mismo. No lo puede ver en su último juego. Entra el toro bravo, Ariadna lo ha sugerido. La muerte del acróbata niño; mientras Hatti, el bufón del rey, imita burlescamente sus movimientos. Ícaro lo ve. Cubre el espejo con el cortinado. Ya no sabe si cada vez imagina distinta esta muerte en la cual no cree, no quiere creer.

Desde el pasillo principal llegó ruido de pasos, entrechocar de metales y el más sordo de los cueros en las armas y escudos.

—Ahí tienes lo que venía a anunciarte. Pero tu familia no te importa, prefieres la compañía del hijo de una esclava.

—¿Cómo puedes decir eso cuando son ustedes quienes me encierran?

Inútil que continuara hablando. Estaba solo, Fedra se había esfumado por alguno de los pasillos; Dédalo le habría mostrado todos los secretos. El patio se iluminó, crecía el ruido de pasos. Un quejido, una voz aguda, quebró la grave uniformidad del otro sonido.

Ocupó el centro del patio cubierto, repetía instintivamente los movimientos. El Minotauro. Ninguna duda, ni la más mínima ilusión para ellos, ni para él.

Los guardias armados cubrían sus cuerpos con los escudos de dos formas oblongas unidas en el centro. Las figuras multicolores de los sacerdotes, y las sacerdotisas con sus pechos descubiertos, entre el bronce de las armas. La sacerdotisa mayor de Dictynna, a semejanza de la diosa, llevaba en los puños alzados dos manojos de culebras que se le anudaban en los brazos o trazaban arabescos en el aire. Precediéndola, una muchacha cubierta con un tul y rodeada por un grupo de sacerdotisas que la obligaban a marchar. La primera ofrenda sería femenina; esto explicaba la exclusiva presencia de las sacerdotisas, aunque siempre las mujeres tuvieran preeminencia en el ritual. Protegida por los guardias, avanzó una de ellas y lo asperjó con un hisopo de largo mango. El extraño perfume de Babilonia. Habían desaparecido los picaneros, Ícaro cumplía su promesa; miró en derredor, no estaba para recibir su agradecimiento, vendría en el momento calculado y preciso.

No podía ver a la víctima bajo la gasa ocre. Una vez más las palabras del ritual. El Minotauro debía interceder ante el Toro Sagrado para que Minos y su reino de los innumerables navíos fueran dichosos y fértiles. Debía, también, rendir justicia y venganza por la muerte de Androgeo. «Como ofrenda y tributo recibes una doncella que no ha puesto sus pies en la casa de un muerto. Letea es su nombre. Una virgen como trofeo y señal de sometimiento. Debes consumir el rito, en nombre de Velchanos». De nuevo, el rocío perfumado a incienso. Jamás conocería Babilonia, ni las praderas verdes del Nilo. Después de repetir los signos de reverencia, la

sacerdotisa retrocedió, las manos abiertas y los brazos doblados en cruz a la altura de los hombros.

Quedó la muchacha velada; divisaba el brillo dorado del cabello. Quizá fuera de los países hiperbóreos de donde venía el ámbar. Temblaba de miedo; todos habían temblado de horror y miedo. Agorácrito lo había mirado sereno, dispuesto a encontrarse en el bien y en el mal. Comprensión sin piedad.

Una de las esclavas hizo caer el velo. Letea estaba desnuda. La garganta se le anudó. Dependía de ese momento, de si él sabría o no contenerse en medio del silencio con el cual todos parecían incitarlo, más aun que con las palabras de la sacerdotisa: Gozarla sin respiro, sin una palabra. No era placer sino rito. En el anfiteatro: el salto, la pirueta en el aire, el toro y la morbidez femenina. Avanzó.

La muchacha cesó de temblar, sonrió apenas, la sonrisa de la estatua de basalto egipcio regalo de Amenhotep, el tercero, y comenzó a bailar. Los senos pulposos se agitaban al compás de la respiración; le chocaba esa redondela más parda, quebraba la armonía rosada y blanca, aunque podría ser incitante. Los párpados cubrían lentamente las pupilas verdes; chocaban los labios rojos y se abrían repechándose, luego, volvían a encontrarse como arrepentidos de la distancia creada. Alzó las manos, aleteo rosado, dedos finos, ágiles, felinos; castañeteaban. Alzó la grupa, el movimiento se hundió para resurgir en el vientre. Los músculos, acompasadamente, desde las nalgas a la curva de la entrepierna, la línea temblorosa bajo la piel dorada hasta la pantorrilla. Las nalgas reclamaban dolidamente. Las manos acariciaban el aire que él respiraba, entraban en el pecho, lo recorrían bajo la pelambre dorado-alazana, y las expiraba. La piel suave y la áspera. El talón menudo, moreno, tamborileando. Los dedos de los pies, prensiles, adheridos a las lajas cristalinas para entregarse o eludirlas. Los dedos de las manos, los dedos de los pies. Los dedos. Se adelantaba hacia él.

«Letea», musitó. Nadie se había atrevido a bailar ante él; bailar ante el árbol sagrado. Mezclar el sexo y la muerte, los grandes misterios, palabras de Agorácrito. La respiración se le tornaba ansiosa. Tocaban instrumentos de cuerdas cálidas, graves, en oposición al femenino cabello rubio. La grupa surgía entre los tonos musicales, los sonidos que poblaban su mundo subterráneo. Entrecerraban los paneles del techo, la semiobscuridad. Todos se habrían ido o ya no existían, quizá estuvieran tras los pilares votivos o las columnas o en los pasillos. Se abrazarían a las columnas de ciprés, el perfume les horadaría las narices. Estuvieran o no, ya no importaban. Sólo existía Letea, bailando esa rara danza con ritmos que tamborileaban. Los talones desnudos volvían a golpear melosamente, los músculos se elevaban hasta girar opacamente en el vientre. La popa de una barca en el embravecido golfo de Amnisós. Los senos, las nalgas, el vientre. El vientre, los senos, las nalgas.

Un mugido sordo. No podía escuchar sus manos-pezuñas golpeando sobre las losas. La tomó. Crujió la arboladura de un navío. Un grito agudo, chillido de terror y gozo. El perfume de la remota Babilonia. Los golpes sobre el yeso cristalino.

Respiraciones desesperadas. Cesa la música. La piel suave, tersa, dorada. Un líquido denso, negruzco, que oculta los reflejos y viborea entre los cristales. El olor a sangre y semen. Una sola respiración ansiosa, los pasos se alejan. La piel dorada no se acosquilla. Sólo un seno junto a una masa rojiza, tibia, pegajosa que se une a la pelambre y la deja hirsuta. El olor. Sólo una respiración, lo sabe. La ceremonia ritual. Un mugido le raja el pecho, le descuaja las mandíbulas, se hunde multiplicándose en galerías y pasillos. Llega hasta el corredor de las procesiones.

El Minotauro.

Algo, una telaraña perfumada, antigua idea congelada, le cubre la cara, se le enreda entre los cuernos. Con movimiento brusco, ¿animal o humano?, aparta ese mechón rubio. Su mano izquierda golpea con menor ruido en la piedra, le duele. En la penumbra, el perfil se corta al llegar a la boca; desaparece, pese a la luz igual. El ritmo y la música con los instrumentos de dos cuerdas. Estaba solo y, sin embargo, nadie había alejado a Letea. Las piernas, las rodillas le golpeaban contra las losas. Despertaba, otra vez, en esa cámara sombría cuyos gases lo hundían en la inconsciencia, donde se encerró largo tiempo, cuando se opuso a tocar a nadie, a cumplir con el rito, después de la muerte de Agorácrito.

Se alzó con lentitud. Ningún otro ruido que el de sus pies y manos; el cuerpo de Letea yacía en forma diferente. Las caderas, las piernas, las sombras viscosas, brillantes como los párpados maquillados en verde malaquita de las damas de la corte. Ningún color dorado en la piel.

Retrocedió horrorizado. Ellos habían triunfado, ellos tenían razón. No sabía hacia dónde correr, dónde ocultarse. Alzó la mirada. Soltó un grito de hombre. Se contemplaba en el espejo de Ariadna, alguien había abierto el cortinado. Todo Knosós, Faestos, Gortyne y las cien ciudades de Kreta lo sabrían. El sacerdote mayor, con su cintura de junco, se acariciaría los codos, feliz. La ceremonia religiosa, el rito recuperaba su esplendor. El rey Minos sentiría que el orden volvía a su reino; los rebeldes sabrían, con seguridad, cuál era el precio a pagar.

Un cuerpo ensangrentado, encharcado en sangre y semen: la historia de la humanidad, gritaba Agorácrito. Tuvo miedo. Sus pasos resbalaban pringosos. El olor lo perseguía. Corrió por las galerías, corrió hasta que el resplandor del yeso cristalino le apretó los brazos, lo rodeó. La única posibilidad de no encontrarse solo. Inmóvil, sin pensar. Le bastaría con retroceder y de nuevo creería ser libre. Ícaro, alguien, tendría que explicarle lo que acababa de hacer con Letea. Le faltaba el aire. El olor a sangre y semen.

Se volvió y nuevamente echo a correr; de vez en cuando, sus cuernos hendían la roca blanda y saltaba una estela brillante. Acaso lo imaginaba. No quiso tocarlos en la obscuridad, debían estar pringosos, sucios, pegajosos de sangre y de todos los humores que guarda el cuerpo humano. Sus cuernos donde se posan las manos de Agorácrito; los empuña como emblema y sostén. Había otro lugar donde podía estar acompañado.

Entró en el edículo de las ofrendas y se echó en el rincón: animal, toro, lebel. Necesitaba serlo. Tomó el ritón de Agorácrito y lo acercó a la boca:

—¡Agorácrito! No me abandones. ¡Ayúdame, respóndeme! ¡Ayúdame, te lo ruego! Sin ti, sólo soy un monstruo, cada vez más lejano de los hombres, más distinto de ellos en cada acto. ¡Mira lo que han hecho mis manos, mi cuerpo! ¡Huele mi olor! ¡Mi olor!

La voz se le cortó. El ánfora estuvo a punto de caérsele. Aterrorizado miró sus manos. Bajo los cuajarones de sangre reseca, las pezuñas se desprendían y se delineaban los dedos cartilaginosos, membranosos. Los dedos, las manos, los pies. Un grito tremendo, ronco cuerno de guerra, resonó en la habitación. Ningún eco le devolvió el ánfora.

IV

Nada, ni el más leve rastro sobre la piedra cristalina. De nuevo, el espejo estaba cubierto. Nada habría sucedido. Ariadna, Fedra o el hijo del rey ático tendrían que haberlo planeado todo. Los magos hititas, también y mucho antes los del sabio rey Hammurabi, hacían imaginar los hechos más tremendos y llenaban de angustia y desesperación.

Pasó las manos ante sus ojos. Las manos eran reales, ninguna duda. Las ocultó a sus espaldas; volvería a su cámara solitaria, no se cansaba de admirarlas, analizarlas, tocarlas entre sí, descubrir el roce. Llegarían a ser, exactamente, las de un hombre normal. El pecho le golpeaba desacompañadamente. Lo desesperante era la sensación de que desde todos los rincones lo estaban mirando. Los ojos ocultos y vigilantes. Tal vez Teseo vendría a estudiarlo, a incorporarlo a alguna ciencia que ellos habrían inventado o copiado del rey Hammurabi. Acostumbrados a tenerlas, los hombres no podían imaginar el significado de las manos. Ícaro apareció a su lado, o quizás estaba oculto en la sombra. Escondió sus manos; a la espalda se acariciaban entre ellas, independientes de su voluntad.

—Asterio, han hecho de ti lo que deseaban. De Letea, la bailarina, no queda más que un montón de miembros rotos, violados, sangrientos. Mañana los quemarán, de acuerdo con la costumbre del país de ella. Oleremos la carne quemada.

—¡No! ¡No quiero oír hablar de eso! No, el olor no podrá llegar hasta aquí.

—No conoces nada, mi pobre Asterio. Mi padre ha fabricado un corto ducto de cerámica y plomo, y el perfume de esa carne que has gozado brutalmente te llegará como si estuvieras junto a la hoguera. Además, esta habitación no está lejos de la pira del patio oriental.

—¿Y por qué tu padre?

—¿No lo imaginas?

No era necesario contestar, Ariadna se lo habría ordenado con un pedido.

—Ariadna es la que maneja Knosós, apoyada por todo ese mujerío poseído que son las sacerdotisas de Dictynna y Britomartis. Si puede, se hará proclamar la heredera del trono. No conoces a tu hermana. Nadie la conoce como yo. Me considera su inferior, entonces, no se preocupa de ocultar sus deseos y ambiciones. Si creyera que la deseo, se mostraría desnuda, nada más que mostrarse. ¿Quieres ver lo que hace ella, ahora mismo, con Teseo?

—¿Con Teseo? —no importó lo que preguntaba, tenía los ojos fijos en Ícaro; él, también, debía considerarlo su inferior, se mostraba impudicamente.

Ícaro adelantó la mano y tomó la suya, para guiarlo. La soltó con un grito de espanto:

—¿Cómo? —Calló. Agorácrito dice: cuídate de la gente que menos ames; ella descubre primero nuestros secretos; sin amor, nos ve como en realidad somos. Ícaro volvió a tomarlo de la mano; ahora en forma posesiva, conocía su secreto. Sin

embargo, su cara expresaba felicidad. Contuvo de nuevo la pregunta: ¿Qué buscas en mí? ¿Qué quieres? Ícaro Ocultó la cara, titubeó antes de decir:

—Ten cuidado con el gran espejo, entre el emblema de los cuernos sagrados tiene un visorio donde tus hermanas pueden mirar lo que haces; en la parte superior de aquella pared existe un pasillo subterráneo que comunica las dos alas del palacio.

Ícaro hablaba para ocultar lo que en verdad sentía, su mano temblaba al tocar la suya. Lo siguió dócilmente. No necesitaba asombrarse por lo del espejo. El diálogo real entre ellos nada tenía que ver con las palabras dichas. La primera piel que su mano tocaba, «tocaba, tocaba», repitió la palabra como si fuera imposible referida a sí mismo, era la piel de Ícaro. Su mano quedó sola. Aire fresco le rozó la cara; en la pared se había abierto una puerta. Se cerró a sus espaldas. El nuevo pasillo era más bajo, caminaban inclinados. Creyó girar alrededor de sus aposentos, Ícaro pretendería desorientarlo.

—Calla. Apoya la cabeza en esta placa de alabastro.

No le costó reconocer la voz de Ariadna:

—¡Pobre Teseo! ¡Te jactas con torpeza de campesino!

Contuvo el aliento, iba a escuchar la voz que correspondía a aquella mano que apuñaló su imagen en el navío.

—Sí, soy un campesino que no sabe comer y tiene el seso despierto para pensar; pero no olvides que mi padre también es rey. Y que tu padre, el de los innumerables navíos, nos teme y cada vez tendrá más motivo para temernos. No encuentra otro modo de someternos que por el terror de un monstruo que sobrepasa nuestra inteligencia.

—¡Basta con tu palabrerío! ¿A qué has venido, Teseo? La suerte no te señaló con el tejo negro; además, eres hijo del rey.

Apenas escuchó la voz de su hermana, presto a captar los matices, los tonos, de la de Teseo. Casi en secreto, dijo a Ícaro:

—Quiero verlo. —Ícaro lo miró seguro de sí; los hombres tampoco podían ocultar el orgullo de atrapar a un semejante—. ¿Qué precio debo pagar? —agregó. Ícaro sonrió irónico, volvió a tomarlo de la mano con dulzura, mostrándole que protegía la maravilla sucedida.

—¡Ay, Asterio, mi Asterio!... Te estás poniendo cínico y cargosamente sentencioso, como les sucede a las personas que aprenden a pensar, en particular a nosotros, que somos sentenciosos por naturaleza —lo arrastró por un pasillo aun más estrecho, debía ser un desagüe o respiradero. Ruido de agua en sus ductos de plomo—. Asterio, yo quiero las alas que me ha prometido mi padre. Yo quiero lo que no tienen, lo que no pueden tener los demás. Yo quisiera ser el Minotauro... ¡No siempre, no!, sólo durante unos días cada año. Tú sabes, cuando llegan... Como no puedo ser, podría en cambio ¡silencio! —bajó la voz al susurro—. ¿Has comprendido? —cuando el silencio se tornó incómodo agregó—: Además cuando tenga mis nuevas alas podré decir que también tuve, por primera vez, las nuevas

manos del Minotauro —se detuvo. Escuchó el susurro de Teseo, necesitaba ver la boca, la cara de donde surgía.

Abandonaron el desagüe y entraron a un pasillo de paredes que le parecieron onduladas; no eran otra cosa que continuadas filas de grandes tinajas donde se guaría daba aceite, granos, vino. Ícaro le presionó nuevamente las manos; le dolió, había perdido la costumbre del burdo tacto con las pezuñas sin lograr, todavía, la de los dedos. El dedo fino, arqueado hacia arriba como pistilo de una flor, de Ícaro, señaló una ranura. Se estremeció.

Ariadna estaba tendida en un camastro. Un muchacho rubio, de pelo corto y ensortijado, sentado apenas; en el borde de la banqueta que recorría toda la pared, conversaba con ella; sólo podía ver sus espaldas.

—Desde que llegaste no has hecho otra cosa que hablar del Minotauro. ¿Por qué has venido? Es la última vez que te lo pregunto. Si no contestas, nunca más volverás a verme. —Ninguno de los efebos había reído como Teseo, ni siquiera Agorácrito. Teseo era capaz de cosas que otros no podían. Las manos y la risa de los hombres era lo que más le atraía.

—Vendrás a verme, Ariadna, vendrás aunque yo no quiera que vengas. Y no tienes ningún derecho; le pediré al rey Minos que te prohíba la entrada. Cuando mi padre aceptó este tratado de terror, sólo se estipuló que veníamos para el Minotauro.

—¿No te gustan las mujeres? —conocía ese tono irónico, mordaz, de Ariadna, con el cual intentaba conseguir lo deseado.

—Nunca he tenido a una mujer. No la tendré hasta que cumpla mi misión —se volvió con gesto de rabia, como si se enfrentaran a través de la pared que los separaba—. ¡Sea, he venido para matar al Minotauro y lo mataré!

La luz que entraba por un alto ventanal en cruz le iluminó la cara; Asterio sólo alcanzó a escuchar el sonido de las palabras; lo almacenó para descubrir después el significado. Quedó pasmado ante esas facciones; en ninguno de los frescos del palacio, de los que había visto en su patio, en el anfiteatro, la galería de las procesiones o el teatro, habían pintado armonía semejante.

—Nadie logró ni lastimar siquiera al Minotauro, al menos, ninguno de tus efebos vírgenes —acentuaba el tono de burla mirándose en un espejo de cobre rojo— que enfrentaron a nuestro hermano; pero yo no creo que sea tarea muy difícil... si tienes ayuda.

Recién, en esa voz sibilina de su hermana, descubrió el significado de la amenaza de Teseo. Un bulto, que parecía abandonado entre los almohadones de púrpura y caparazones de tortugas y la alfombra, que adornaban un rincón del banquillo de marfil, se incorporó:

—Si uno cuenta con la doble ayuda de la mujer...

Fedra, su otra hermana. Tuvo vergüenza, no de lo que decían o planeaban, sino de la forma en que ambas miraban a Teseo. Contempló, como si formara parte de los frescos con delfines blancos sobre un mar azul, a las tres personas que estaban

reunidas allí por su causa.

—¿No tienes miedo de que te destroce, como a los rehenes, por mostrarme esto?

—No, Asterio. Me ha costado mucho organizar este espectáculo; yo mismo traje a Ariadna y Fedra para que visitaran a Teseo, las convencí que debían volver nuevamente. Luego te busqué... Además, aquí, harías mucho ruido y cesarías de estar entre Teseo y tus hermanas, de ser el eje de ellos, de todos nosotros.

—¡Alguien más habla en esta cámara; los atenienses no acostumbramos a espiar! —gritó Teseo. Cortaron la respiración, cesaron los movimientos. Ariadna rio, imitaba el modo de hablar de Teseo:

—Un bárbaro sabroso... Por esta pared pasan los ductos que llevan agua fría y caliente para el baño de la reina Pasifae. ¿Has visto a nuestra madre? No creo que puedas interesarla, aunque hayas venido para matar el fruto de sus pasiones religiosas.

—No me interesan esas historias de animales, por sagrados que sean.

—Tiempo al tiempo, ya serán tan vanidosos tú y los de tu familia, que se los endosarán como antepasados. Asterio es nuestro sello viviente del pacto. El culto del goce divino reencarnado.

—No vengo a gozar, vengo a matar al Minotauro.

—Si antes el Minotauro no te habla y convence.

—¿Cómo, el Minotauro razona?

—¡Desgraciadamente! Llegará un día en que todo su mito desaparecerá tras la lógica y, con él, nuestra Kreta. Lo desprecio por incapaz de cumplir su destino.

«No dejes, Agorácrito, que crea en estas palabras de Ariadna». La mente se le iba obscureciendo. En cuanto regresaron al patio cubierto, Ícaro lo miró irónico:

—¿Sabes cómo ganó Teseo la confianza de Minos? No, por supuesto. Teseo afirma ser descendiente de Poseidón, el dios del mar, en cierta forma tu pariente. Para probar su poderío, al día siguiente de desembarcar, Minos lo llevó de nuevo a la costa y le dijo: «Tiraré mi diadema al mar revuelto y tú, como protegido de Poseidón, me la recuperarás». Teseo dudó un instante, le brillaron de astucia los ojos verdes y contestó: «No puedo admitir que me trates como a un perro al que tiras algo para que te lo traiga. Bajaré al mar bravío y le pediré a mi padre Poseidón que me dé un presente digno de ser ofrecido a Ariadna y Fedra». Se quitó la clámide y el pétasos de los efebos áticos, y se envolvió la cintura con un chal que arrebató a Fedra con insolente risa.

—Nadie ríe como Teseo.

—Lo hizo muy rápido, pero yo, que estaba observándolos oculto tras de unas rocas, ¿dirás que me paso la vida espiando?

—Sigue, es un detalle que no me interesa.

—Vi que conservaba un angosto cinturón con un bolsillito. Se zambulló hasta ocultarse tras de una roca, casi a mi lado. Lo vi hurgar en su bolsita. Volvió radiante a la costa con dos gemas que obsequió a tus hermanas como presente de Poseidón —

rio estrepitosamente, como si forzara el tono de Teseo—. Minos lo creyó, porque, como todo buen príncipe sacerdote, necesita ser candoroso; y tal es el resultado de juntar la grandeza todopoderosa con la magia de la religión. Ellas sonrieron incrédulas, ¿pero dónde has visto mujeres capaces de rechazar unas piedras preciosas ofrecidas por un príncipe hermoso? Tendrían que ser amazonas para obrar de otra manera...

—¿Y tú piensas descubrirlo, decir lo que has visto? —se contuvo, ya le placía imaginar las respuestas de Ícaro.

—Mi amado Asterio, yo no sé si cuando vuele, con las alas que inventó mi padre, el viento me podrá arrojar en el Ática...

—Eres oportunista; Agorácrito te llamaba cínico.

—Prefiero oportunista. Mi padre y yo no somos hijos de dioses ni de reyes. Necesitamos vivir cerca de los poderosos, lo más cerca posible; son los únicos que pueden ayudarnos con dinero a realizar nuestras invenciones o ilusiones tan costosas. Pero no me desprecies. Los poderosos nos admiran mientras podemos serles útiles; en caso contrario descubren, con justa razón, un enemigo. No saben exactamente por qué, pero presienten que la inteligencia terminará destruyéndolos.

Fecundación artificial. Técnica operatoria. Preparadas previamente las hembras que estén en celo y convenientemente sujetas, se procede de la manera siguiente: En un extremo opuesto del local de cubrición o contiguo a este se hará que cubra el semental a una hembra cualquiera, pero antes de que se verifique el salto se colocará sobre la vulva y plegado el receptor mofado ya de antemano con leche templada, con el fin de que cuando el mamporrero dirija el viril al interior del órgano generador arrastre consigo el receptor y eyacule en su interior en lugar de hacerlo en la vagina. Satisfecho el placer genésico, se hace descender al macho, e inmediatamente se tira el receptor, y con gran rapidez se invierte y con la espátula se recoge el semen, el cual va depositándose en el termos que contenga glicerina o leche a la temperatura de 38 a 39 grados, teniendo presente que la espátula estará a la misma temperatura, pues el frío paraliza los movimientos vibrátiles de los espermatozoides. Inmediatamente de recogido el semen se transporta al local donde están las hembras preparadas y tomando de la mezcla contenida en la botella-termos los 5 g que puede contener el inyector, el cual habrase esterilizado con anterioridad y tenido sumergido en agua caliente, se dirige el operador a la primera hembra inyectándole por la vulva lo más profundamente posible la cantidad que contiene; seguidamente repite la operación con las restantes, y así en poco tiempo se fecundan muchas hembras. (Espasa-Calpe, tomo 23. Pág. 499.).

V

—¡Gilgamesh, hijo de un príncipe lutanu y de una helena originaria de Troya! ¡Qué imaginativos son ustedes! —rio y se contuvo; la risa de Teseo. Miró al efebo de tez morena. Nada de Teseo, salvó la manera de hablar, aunque la entonación era distinta —. ¡No, con ese estrígil no! —Le arrebató de las manos el instrumento de bronce, con el cual comenzaba a quitarse la arena y el aceite mezclado sobre la piel.

—Y, sin embargo, mi señor Asterio, es cierto. Yo puedo inventarte lindas formas pero tú tienes que darme el impulso, el contenido. Yo soy un poeta, un hacedor de formas que no todos los ojos ven.

—¿También has venido a matarme? —La sorpresa era verdadera.

—He venido obligado para que me enseñes la profesión o el arte del volatinero sagrado. No la de un bufón cortesano, esto se nace. Un noble señor pobre y sin tierras, como yo, necesita aprender algo digno, ser un demiurgo, o si no terminará como mendigo en la puerta de algún palacio, con un dueño generoso que ofrezca comidas todas las noches. He venido obligado, mi señor Asterio, porque yo era esclavo de guerra de los atenienses. Desconocieron la sangre de mi madre, hasta que les resultó útil para enviarme como rehén. Yo deseaba saber cómo era tu mundo, mi señor, luz de mis ojos. Era y es digno del de mis antepasados de Senaar y Karkemisch. Aprenderé, con mi cuerpo, lo que antes urdía con las palabras en mi lengua. Cuando aprenda el arte de brincar armoniosamente sobre los cuernos de los toros sagrados, sobre tus cuernos, tú mismo me matarás, para demostrar al mundo la inutilidad de todo arte.

—¿Qué has dicho? —Los ojos negros brillaban acariciantes, bajo los destellos azulados del pelo; no era un muchacho común.

—He dicho que todo arte es inútil. Que yo te escribiré un himno. No lo escribiré porque aquí tal arte, que inventaron hace miles de años mis antepasados los súmeros, es un oficio bajo, innoble. Y ustedes, los keftis, sólo saben escribir cuentas y repetidos inventarios de bienes fabulosos. No lo escribiré, pero cantaré un poema épico para que todos los tiempos nos recuerden hasta el fin de la memoria. Entonces ya podrás matarme. Ya podrán matarte, porque uno de nosotros ha venido para matarte.

—Lo sé, se llama Teseo y es el hijo de quien te esclaviza.

—Tú, también, eres el hijo de la reina que me esclaviza. Yo haré las más hermosas piruetas con palabras, te dejaré marcado con ellas. Tú me matarás, luego Teseo te matará. ¿Ya no ríes?

—No, Gilgamesh. Repítame eso de que Teseo ha de matarme, debo acostumbrarme a la idea.

—No inviertas los términos, Asterio, o desorganizarás mi rapsodia. Es el Minotauro quien matará a Teseo.

—¿No sabes que todo mito o epopeya necesita de un héroe?

—¿Qué heleno te enseñó eso, mi señor?

Dudó; a menudo entregaba su vida en espectáculo, más de lo debido. No podía evitarlo. Los hombres lo arreaban con palabras.

—Quien usa el instrumento que te arrebaté de la mano. Se llama Agorácrito —al fin, desafiar a la gente era la actitud que le cuadraba. Gilgamesh comprendió al instante, era capaz de todas las piruetas.

—¿Quieres que componga y cante una epopeya de Agorácrito?

—No quiero que vuelvas a nombrarlo. No necesito que nadie repita su nombre; nadie, salvo yo.

Gilgamesh terminó de quitarse el polvo y la arena mezclada al unguento. Lentamente se dirigió hacia el baño; en la piscina se reflejaban los pinos, los cipreses y hasta parte del rosedal de Pasifae. Se detuvo. Volvió la cara morena, la nariz aguileña, la crencha le partió en dos la frente.

—No te han engañado los atenienses, Asterio. Yo compongo versos, cantos. Tengo la belleza por el lado interior, ese lado que no puedes tocar en mi piel; ese lado que yo trato de darte en mi voz. El hombre no puede cambiar el tono de su piel, pero sí domar el de su voz —desnudo, comenzó a descender por las gradas de mármol, el agua le trepaba en círculos, una mancha morena sobre los reflejos verdes. Quizá Ariadna y Fedra los contemplaran desde algún pasillo oculto; debía comenzar a exagerar, el palacio se colmaba de ojos como la cola del pavo real, esa ave maravillosa que les había regalado el faraón Tutmés, el tercero. Ícaro debía ensayar las alas que su padre estaba fabricando. Ya no quedaban más que su boca y nariz a nivel del agua: un extraño pez, un extraño pájaro. Jamás conocería el mundo de Gilgamesh.

Desapareció del agua toda señal de vida. Se acercó de prisa, sorprendido; nunca había tenido necesidad de socorrer a un ser que podía morir, puesto que él mismo era la muerte. Gilgamesh emergió sonriente; la sonrisa triste, innecesaria, de la gente que venía del oriente. Habría de rebelarse por segunda vez en contra del mito y la ceremonia, antes de matar a Teseo. Pero esta vez su rebelión no sería vana. Gilgamesh podría escapar y cantar la muerte de su amigo. A Agorácrito le daría otro nombre, un nombre oriental. Cantaría con su voz hermosa. Lo decidió al instante.

—Vete a reposar, Gilgamesh. Haré de ti el mejor volatinero. Serás un pájaro sobrevolando los cuernos de los toros. Como dios, te daré la porción de vida que me toca.

—Y yo iré a cantar por el mundo la pena por la muerte de tu amigo. Y diré que fue un toro celeste, le llamaré Enkidú. Guárdalo en silencio, para nosotros dos, o tú y yo perderemos todo.

Gilgamesh volvió a la cámara, donde dormía con los otros cinco muchachos. Sólo quedaba vacío un lecho, el que correspondía a Teseo. En el otro extremo del patio cubierto estaba el gineceo de las doncellas; también un lecho vacío, el de Letea.

Asterio repasó distraídamente la tablilla encerada con los nombres de ellas; acaso

le importaba más comprobar cómo cambiaba el color de sus dedos, cómo se desprendían los cartílagos membranosos. A menudo se pasaba horas palpando objetos de diferentes texturas, preparándose para la tarea de las pieles humanas. Sólo le sorprendía que sus hermanas no hubieran bajado para comprobar el prodigio. La uña todavía roja del índice, Ícaro le había enseñado los nombres de los dedos, señaló: «Laódice, de las tribus hiperbóreas». El anular, aún le temblaba la pulpa: «Eglígida, de la tribu de Jacinto, su hermana fue inmolada en Atenas al propio rey Minos». ¿Cómo era posible que los helenos cometiesen tal crueldad? Repasó las tablillas. En la elección de los miembros de este grupo no había privado la suerte y sí otro elemento de mayor importancia; un misterio que iba descubriendo poco a poco. Los efebos y las doncellas habían sido escogidos como las piezas de ese juego sobre un tablero cuadriculado, que un embajador regaló a Licastro, el padre de Minos. Cada pieza tenía un fin y una utilidad exclusiva que hacía al conjunto: inmovilizar o matar al rey.

Gilgamesh tendría que conocer toda la historia, desde el primer día en que vio a Agorácrito. Tuvo vergüenza de recordarlo. ¿Por qué había deseado tan ardientemente a esa rubia chiquilla de Beoda? No recordaba haber sido tan torpe, ¿debía decir animal?, como aquel día del primer encuentro; no, había acciones que no merecían cantarse por labios de Gilgamesh. Ni estar en labios de nadie. No quiso buscar pretextos; los hombres no los buscarían para sus acciones innobles.

Se incorporo para interrogar a Eglígida. Los hombres tironearían de él en todas direcciones, como las velas en los navíos. Navegar junto a las costas, consultar los vientos en el Libro de los Navíos, buscar las suaves y arenosas playas, para de noche sacar el barco del agua, o las aguas más profundas para echar el ancla, de acuerdo con el calado y la seguridad: en la amistad y el amor tendría que suceder lo mismo.

Se detuvo ante el gran espejo; se acostumbraba a la idea de que sus hermanas podían espiar, hasta llegaría a desearlo como prueba de su existencia.

El reflejo de Teseo ocupó toda la altura de la bruñida superficie. Estaba desnudo, como los cretenses y los helenos en la palestra; la gente de oriente llamaba pudor al temor de estar desnudo y cómodo para practicar gimnasia. Los helenos desnudaban a sus dioses. Quiso demostrar que la belleza no paralizaba su lengua:

—Eres Teseo, hijo de Egeo, rey del Ática —el tono era impersonal, pero no dejaba de ser solemne. Había callado: matador del Minotauro.

—Eres Asterio —una pausa calculada—, hijo de la reina Pasifae y del Toro Sagrado de Poseidón —volvió a detenerse; se miraron como para descubrir lo que podrían tener de común a través del dios del mar—, Minotauro de Kreta, sus dominios e islas vasallas y aliados. Azote del Ática.

Se estremeció, los dedos le dolieron en el puño cerrado con rabia.

—No me temes, Teseo, ¿verdad?

—No temo a nadie. Soy libre hasta en la esclavitud, soy heleno.

—Puedes cubrirte, yo tampoco temo a la belleza.

—Si tú estás desnudo, si no temes estarlo, por qué habría de temerlo yo. Quiero ver, por mis propios ojos, qué diferencia existe entre mi cuerpo y tu cuerpo. Quiero ver cómo es el cuerpo en el cual han dejado de ser tantos efebos y doncellas helenos. Quiero saber qué es lo que los hombres llaman un monstruo, una quimera, un híbrido.

—Mírame, Teseo. Tócame, Teseo.

Quedaron mirándose, sin desafío, con serena curiosidad. Teseo tendió su mano, la misma que había visto apuñalando su imagen en el barco.

—Tu cabeza es distinta; tienes los mismos cuernos afilados de esa escultura de basalto del Toro Sagrado, que está en el corredor de las procesiones. Los ojos son humanos. Tu nuca, tus rulos son como los míos.

—La pelambre del Toro Sagrado, mi padre, era dorada.

—Tu grande y roja boca, ¿qué hacen las vírgenes en ella?

—La siembran con sus labios pequeños, como semillas en el surco, tal dice Gilgamesh —el dedo seguía recorriendo lo que nombraba.

—Lo comprendo, hubiera querido ser doncella para conocer tan extraño goce. Tus orejas, en la parte baja, son parecidas a las mías. Míralas. Tu cuello toruno y velludo es el doble del mío. Tu pecho y tus hombros; tu firme cintura, y el vientre con los músculos atléticos marcados, son semejantes a los míos. Tus piernas son columnas sagradas, tal diría nuestro amigo Gilgamesh.

—Aún no es mi amigo, no alcanzará a serlo.

—Tu sexo, símbolo de la fecundidad y de la fertilidad, escapa a toda comparación. ¿Y tus manos, qué sucede con ellas?

—Están mudándose, como mis pies. Déjame tocar tus manos, Teseo. Son tan delicadas y, sin embargo, tan recias —vigiló el que su voz no trepidara ni cambiara el tono—. Hoy no tienen el arma que empuñarán para herirme, ¿verdad Teseo? —Tembló apenas la piel más callosa de las palmas, la sonrosada de las yemas.

—El hombre debe saber qué hiere y por qué, ¿no lo crees. Asterio? Ahora ya no tengo ni rastros de miedo, puedes hacer de mí lo que te plazca. Podías haberlo hecho, hace un momento, cuando te aparecí inerme y de improviso, sin la pompa del rito y la ceremonia; pero ya hemos hablado. Has recorrido mi cuerpo con la mirada, aún temes el uso de tus manos nuevas. Yo he mirado y tocado todas las partes de tu cuerpo, he dejado de temerte.

Le asombró descubrir recién el angosto cinturón.

—¿Y ese cinturón, Teseo? —Se ruborizó; Ícaro no había mentido.

—Mi madre me pidió que jamás me lo quitara; guarda los amuletos que más temen y aman los hombres.

Se miraron con calma.

—Teseo, nuestro destino está jugado. Uno de los dos tendrá que morir. Te enseñaré a ser el volatinero que derrocha coraje entre los cuernos de los toros; te servirá para vivir entre los hombres.

—Tu mundo o mi mundo, Asterio. Cualquiera que muera debe dar antes a quien

sigue todo su conocimiento; dichoso si puede enseñarle, también, amor. Te enseñaré el uso de las manos y el juego de las palabras; el mundo de resortes que ellas desatan en las cosas y en los seres. Te enseñaré a interrogarte infatigablemente.

—Quién soy y qué es la vida. Ariadna dice que ustedes llaman a eso filosofía. En cambio, te enseñaré algo que sólo yo puedo ofrecer: cómo vemos los monstruos a los seres y las cosas. Puesto que hemos decidido no odiarnos, te enseñaré, Teseo, otra especie de coraje, el de los dolidos, de aquellos que están condenados desde el nacimiento.

—Piensas demasiado en tu monstruosidad.

—Ustedes me la señalan continuamente. —Cesó de hablar; la fatiga de pensar no debía marcar su relación con Teseo, en otra forma lo huiría. Las cosas no podían variar a tal extremo con su presencia, debían seguir como antes. Ariadna y Fedra continuarían observándolos desde el espejo—. Ven, cuando apareciste, yo iba camino del gineceo. Quería ver a Eglíida, te necesito.

Entró en el salón donde se alineaban los lechos de madera. Los helenos no tendrían una cárcel semejante, ni siquiera los ricos vivían con tal lujo. Cinco de las muchachas se agruparon asustadas en el rincón más lejano; en los movimientos y expresiones, había mucho de las cofradías que danzaban en el teatro del palacio. Se volvió para preguntar. Teseo, cubierta la cintura ¿cuándo se había ajustado el mandil?, lo miraba detenido ante el umbral. Una de las adolescentes había quedado en pie, junto al primer lecho; ni la menor expresión de terror, la serenidad de las imágenes sagradas.

—Teseo, ven. Necesito saber cómo miras a las mujeres. ¿Eglíida, verdad? —Teseo realizó un gesto afirmativo—. ¡Mírala! —Teseo levantó lentamente la mirada, estaba ruborizado. Él, jamás podría ruborizarse—. ¿Por qué te ruborizas y avergüenzas de sentir lo que es justo suceda? Todos pueden ver, en cambio, que me place esa virgen.

—¡Cúbrete, Asterio! El pudor es un homenaje del amor.

—¡Calla, Teseo! Para todo, ustedes tienen frases pensadas. Prefiero saber si ustedes son tan crueles como para llegar al extremo de enviarme la hermana de una mujer que ofrecieron al rey Minos.

—Señor: yo misma he elegido, rogué venir —la voz suave, medida, lo incomodó. Detestaba las formas dulces de imponerse.

—La vida de ustedes, los helenos, se rige por la venganza. ¿Has venido para matarme, también, como Teseo? —La muchacha bajó los párpados—. ¡Contéstame o te destrozo!

—Sí, Minotauro, hijo de Pasifae, venía para vengar a mi hermana mayor. Ahora —echó una mirada a Teseo—, ahora, no sé.

—Sólo tienes fuerzas para arañarme, Eglíida.

—Puedo envenenar mis uñas, Asterio.

—¡Dame tu mano! Tienes uñas largas —la primera piel de mujer que tocaban sus

manos, no había mucha diferencia con la de Teseo—, no has trabajado en el campo—con la otra mano tomó una de Teseo; le dolía la suya al apretar esa fuerte muñeca. ¡La hermosa piel de los seres humanos! Le tendió el dorso brillante y tostado—. ¡Rasguña la mano de Teseo! ¡Rasguña, te lo mando! ¡Va en ello tu vida y la de Teseo!

—Rasguña, Eglígida, te lo ordeno.

Lo miró, la voz de Teseo sonó distinta; le hubiera descuajado las mandíbulas, la boca entera, el pecho para saber de dónde surgía. Con expresión de pena, aceptación de un capricho, Eglígida adelantó la mano derecha; movimiento totalmente distinto e inesperado: un zarpazo de gato. Cuatro rayas de sangre entre la pelusilla dorada y las venas levemente azules; brotaban y crepitaban, relámpagos en una tormenta.

—¡Tienes una hermosa sangre roja, Teseo!

Eglígida inclinó la cabeza y con el pelo restañó la sangre mientras susurraba:

—He obedecido, señor Teseo, hijo de Egeo.

Los sintió lejos de sí, habían escapado a su dominio.

—Teseo, te regalo a Eglígida para que hagas de ella lo que desees, pero ya, ¡ya mismo y aquí! ¡Ante mi, ante sus compañeras, ante todos! ¡Cómo lo hizo mi madre, en la ceremonia sagrada, con el toro de Poseidón, nuestro padre común!

La muchacha soltó la mano de Teseo y retrocedió hasta el primitivo lugar. El silencio se le antojó demasiado largo, comenzaba la desobediencia. Apretó la muñeca de Teseo; le dolieron más sus dedos.

—Asterio: ya estás aprendiendo a usar tus manos despóticamente.

—¡Gózala, te he ordenado! —su voz retumbó. Continuó el silencio.

—¿No sabes otra cosa que ordenar el gozo?

—Sé ordenar la muerte, Teseo. Yo soy, también, la muerte.

—Aprieta más mi muñeca. Ya tienes fuerza suficiente. ¿Eres feliz matando? ¡Confiésalo al menos! ¡Mata! ¡Mátanos!

Angustia, desorientación; no sabía hacia dónde correr. Los hombres lo rodeaban con palabras. Desaparecer en corredores y galerías. Agorácrito. Soltó la muñeca, cesó el dolor en sus dedos. La voz de Teseo varió, ¡los fascinantes tonos de las voces humanas!

—Asterio, yo nunca he gozado a una mujer; otra es mi tarea y tú lo sabes. No eres el primero que en Kreta me pide y exige gozar, ustedes viven felices y para el gozo.

—¡Ya lo sé, Teseo! —le exasperaba que volviera a usar el tono con el cual se había dirigido a Eglígida—. ¡Guárdate de Ariadna y, sobre todo, de la ingenua Fedra! Te obligarán a hacer lo que deseen sin necesidad de tocarte la muñeca tan siquiera. Yo soy un monstruo, tú eres puro; no sé cuál es más peligroso.

¿Quién le había enseñado esas palabras? ¿Acaso sabía lo que era ser puro? La infinita ternura de la memoria. Lanzar un quejido que lo partiera en dos, que le dejara palpitando y al aire las entrañas, como una cornada de toro.

—¡Agorácrito, ya he vivido bastante, ya vienen los hermanos a reclamar venganza! ¡Venganza, y los padres salvan sus propias vidas enviándolos a ustedes!

¡Estrangúlame Teseo! ¡Aprieta, si puedes, mi cogote de toro! ¡Véngate de tu padre Egeo, que te manda para salvar su trono! Véngate en mí, grítame ¡monstruo! ¡Y todas ustedes hagan coro, en las lenguas de sus países originarios! ¡Griten, es la única forma que soy capaz de comprender!

El eco de su voz, casi mugido, se fue apagando. Los helenos manejaban el silencio y permanecían serenos. Un instante más y los destrozaría. Entremezclaría sus huesos, sus sangres, sus entrañas, las partes nobles y los excrementos. Buscaría los huesos, los músculos, la piel y el cabello de Teseo y los encontraría mezclados con los de Eglíida, según su mandato y brotaría el olor a sangre y semen.

—Yo vine a matar, Asterio; no para ayudarte en un suicidio. Soy hombre y no tengo fuerzas para apretar tu cogote, necesito una espada, un trozo de hierro y bronce.

—Alguien te la dará cuando llegue el día.

—Sí, Asterio, alguien. Pero no la aceptaré de tu mano.

VI

Le costó recuperar en el aire a Gilgamesh; elasticidad admirable en el brinco, pero no lograba calcular exactamente el cierre de la parábola, el punto de apoyo donde debía botar sobre la cruz del toro. Respiró, las botinas levantaron una brizna de arena en el suelo del anfiteatro. Unas manos se apoyaron por un instante en sus cuernos; Eglígida giró en la pirueta y tocó tierra. Era más de lo que podían exigirles después de veinte días de enseñanza. A veces, se distraía en los juegos. Eglígida con sus largas trenzas, los ajustados pantalones rituales en los cuales, y por tradición, las mujeres agregaban un relleno para simular el miembro viril, permanecía imperturbable, nunca había vuelto a dirigirle la palabra, como no fuere para un seco saludo.

Uno tras otro, alternándose hombres y mujeres, realizaron la prueba. El volteo más simple lo reservó para Laódice, la muchacha de las tribus hiperbóreas; la sola presencia de los toros la espantaba. Lo mismo sucedía con Galeos, que en todo parecía su hermano. El sol deslumbrante y el calor los enceguecía.

Galeos realizó un corto salto; en vano se inclinó para darle apoyo, escapó a su cuerno derecho. Tendió la mano para sostenerlo. Un grito de horror. La tela del calzón se desgarró. El líquido, untuoso y tibio le recorrió la frente y le llegó hasta un ojo. Un golpe seco sobre la arena. Se volvió, Galeos yacía en tierra; su calzón azul se teñía de rojo. La cara pálida, de ese color rosado tan tenue que daba a la piel transparencia incitante de porcelana, se volvía más blanca aun. Galeos torcía la cara con gesto de repugnancia. Se abalanzó y tomó la pierna temblorosa; de nuevo, sus manos con sangre; desgarró el calzón. Entre los pocos espectadores —algunas mujeres de la corte que obtenían el privilegio de presenciar estos ejercicios— se produjeron inquietos movimientos. Teseo, el jefe natural de los rehenes, no estaba en la arena; por orden de Minos, enseñaba a Ariadna a conducir un carro de guerra, ahora con tres caballos y pronto llegarían a la cuadriga. Como retribución, le enseñaban a Teseo los secretos de un buen navegante. Teseo no moriría en la arena.

Asterio espolvoreó sobre la herida el polvo de la piedra menfita, que le pasó un ayudante; la sangre cesó de brotar. Otras manos se apoderaron de esa pierna tan blanca, tan distinta de la piel de los keftis; eran las de Akashan el médico principal de palacio. Los ojos de Galeos continuaron mirándolo con mezcla de angustia y dulzura. No moriría de esta herida, no necesitó que el médico lo afirmara, pero más le hubiera valido que sí. Las sacerdotisas lo curarían, quedaría cojo. Conocía las heridas de los cuernos en la carne de los hombres, imposible recordar cuántas había visto. A él mismo lo habían herido los toros, sus hermanos; lo curaron los sacerdotes médicos de los toros sagrados, luego de larga discusión teológica. En la fiesta de la Fecundación, Galeos entraría en la arena, para que los toros lo despedazaran en medio de una zarabanda de gritos de espanto y de himnos sagrados.

Galeos debía saberlo, alguien se lo habría contado para sumirlo en mayor espanto; infinitos motivos: desde la envidia, al morboso placer de la muerte o el de ver un

cuerpo ensangrentado. Entre auxiliares, ayudantes, sacerdotes, sacerdotisas y esclavos, más de un centenar de personas estaba en contacto con ellos. Originario de Albaim, las islas brumosas y remotas que daban como fruto bellos esclavos, codiciados en todas las cortes desde Egipto hasta Babilonia, Senaar y Sumeria, Galeos vendría en lugar del hijo de algún señor de un clan heleno.

Asterio abandonó los ojos implorantes; dos centros de atracción atraparon su mirada cerca de esa cara dolida: las piernas azafranadas de Ícaro, que según la moda, reforzaba el color de su piel; luego, un triple collar de lirios de oro que se balanceaba sobre el color igual del pelo de Galeos. Los ojos irónicos de Fedra, los gozosos de Ícaro. Se estremeció, le faltaba el aire. Un resplandor sin tiempo perforaba los años; «ellos» le llamaban el Futuro. Fedra se enamoraba de Hipólito, su hijastro; se enamoraba perdidamente, como Pasifae del toro de Poseidón; apretó en los labios el grito: Hipólito era el hijo de Teseo. El brillo del triple collar real, las piernas azafranadas.

Unos dedos ansiosos palpaban su mano. La maravilla expresiva de los dedos. La mano de Galeos; encajó su mirada en la suya. Le secó el sudor de la frente.

—Te comprendo Galeos. Te llevarán donde yo disponga, me perteneces.

Apartó a Akashan, el médico. Ícaro y Fedra quedaron inmóviles, habrían satisfecho la curiosidad. Las restantes personas se alejaron temerosas. Lo cargó en brazos. La herida llegaba más hondo, hasta las ingles.

En el patio cubierto, cerca del lugar en que se vieron por primera vez, encontró a Teseo. Galeos le rogó.

—Déjame con el Minotauro, él ha comprendido —un quejido le cambió el aliento.

—Sí, Teseo. Lo llevare a mi cámara, cuyo camino no debes conocer todavía. Cuando llegue el tiempo, alguien te indicará.

Anduvo largo por las galerías. Arrebatava a alguien que, en un momento, por causa de una mirada muy honda y un implorante apretón de manos, se había transformado en uno de esos seres más importantes que su familia aparente; se los arrebatava a «ellos», sin pensar en lo que haría de él. Entró en su dormitorio, le pareció más iluminado; lo ubicó en la gruesa mesa de alabastro y mármol que, adosada a una especie de pilar sagrado, formaba un altar, sin duda, por un capricho irónico de Dédalo. Un altar para el hijo del Toro Sagrado dispensador de la abundancia y la fertilidad. Ícaro decía que su padre era ateo y se burlaba de los dioses. Miró un caballete de candiles, Ícaro lo habría traído, en lugar de la vieja lámpara y su largo ducto de aceite.

Un quejido, reclamo desesperado. El cuerpo de Galeos se adaptaba a las vetas del alabastro.

—¿Has comprendido, Asterio, mi señor? ¿Has comprendido?

—Sí, Galeos, no tienes necesidad de hablarme, ya me has hablado largamente con la mirada. No te llevarán, nunca más, a la arena del anfiteatro. No irás renqueando.

—Mira Asterio cómo me has dejado, cómo me he dejado yo mismo por miedo. Yo elegí tus cuernos, tenían que haberse hundido más arriba, en —la voz se le quebró en quejido.

—Sí, Galeos. Te veo, no es necesario que tú mires. Mis cuernos te han abierto desde el muslo a las ingles y el bajo vientre. Ya no sangras, pero tu pierna roma el color de las nuestras en los frescos del palacio, color canela y sangre de toro. ¿Las has visto?

Retorciéndose de dolor, intentó sentarse.

—Ayúdame, Asterio. Me queda poco tiempo. Debo tomar la posición número tres, que mis axilas se apoyen en tus cuernos. Te ruego que me ayudes o ¿no has entendido, entonces? Quítame antes las botinas keftis, desnúdame totalmente, debo volver a la tierra como vine a ella. Así es en mi país de los briths —el aliento se le acababa.

Realizó lo pedido. El muchacho debía delirar. Lo miró con ternura, ¿él mismo era un muchacho? Incluyó la cabeza, los cuernos ocuparon las axilas tibias, húmedas de transpiración: un sudor más fuerte que ese con olor de verijas, que, a menudo, exhalaban al salir de la arena o la palestra. Todos sudaban de manera distinta.

—Asterio, yo te he elegido entre los toros. Lo único que he podido elegir, desde que los piratas fenicios nos vendieron como esclavos a los atenienses —el pecho se le alzaba angustiosamente, los ojos celestes deslumbrados y aterrorizados, ¿cuántos adolescentes había destrozado sin mirarlos, sin darse cuenta de que el pecho les palpitaba así?—. Yo te elegí, Asterio —el corazón golpeteaba rítmicamente, llevó la mano al suyo; el compás era distinto; debía dejarlo hablar—, te elegí con la claridad del miedo, del espanto, del amor.

Un rápido, un brusco movimiento, que no le creyó capaz de realizar. Se ensartó en su cuerno derecho, se lo hundió bajo el esternón apuntado al corazón. Todos ellos, él mismo, aprendían, sabían, adivinaban en último caso dónde ocultaban los órganos mas débiles y sensibles.

—¡Empuja, Asterio! ¡Hunde!

Instintivamente, hundió el cuerno. Su frente rozó la tetilla, brutalidad y ternura. El chorro cálido y untuoso le cegaba los ojos. Empujó con desesperación, angustia, deseo. ¿Por qué habrían de elegirlo para matar, siempre para matar? Revolvió con furia ¿cómo harían los hombres para distinguir claramente el motivo de sus actos?

Su cabeza rodo a la par, al mismo ritmo del torso de Galeos. Inmóvil sobre el alabastro. El aliento de Agorácrito. La sangre se mezclaba con sus lágrimas. Las chicharras habían cesado el himno amoroso de Kreta. El cuerpo, el torso, blanco, cristalino, vetado de rojo, ya formaba parte del bloque de mármol y alabastro. Con lentitud, como si palpara y contara los músculos, los nervios, las venas, los huesos, todo lo oculto bajo la piel, retiró el cuerno. No quiso desprender su mano nueva de la antigua, eterna; mano transformada en garra por el horror o el amor. Descubrió que todo era igual en el momento del éxtasis final.

Se halló de rodillas ante un cuerpo, como los siervos de los dioses orientales: Agorácrito jamás se postraba para orar. Tres, cuatro, seis, ocho adolescentes se arrodillaban implorantes en el patio cubierto; tenían su misma actitud, y le rogaban por sus propias vidas. Inútil ruego. Los ojos celestes, espantosamente abiertos, la tronera por donde divisaba el cielo y el puerto y el mar, se entremezclaban con los que recuperaba su memoria; no había recuperación: esos muertos implorantes y arrodillados recién existían, los descubría, también, en su propia actitud. La boca descuajada de Galeos. Los helenos cerraban la boca de los muertos para que no les escapara la mariposa del alma. ¿Por qué no había dejado que esa boca hablará? La dejaría abierta; lo quemarían con la boca y los ojos abiertos, para que ellas pudieran hablarle mientras ardieran. ¿Por qué le había dicho que lo comprendía, si había pasado su vida detenido ante las miradas de angustia, terror y esperanza? Introdujo los dedos en la boca de Galeos, Su vida era un desierto solitario, salvo los días y las palabras de Agorácrito. Dentro de la boca de Galeos movió los dedos; la primera comprobación, el tacto de la muerte, la piel helada. Miró en derredor. Fuera de Ícaro, Dédalo, sus hermanas, nadie podría ver las yemas de sus dedos sobre el alabastro de los labios. Como él había mirado a sus hermanas y a Teseo, ellos podrían estarlo mirando; acaso, los nuevos candiles que ahora podía manejar, eran para verlo mejor. Ellos y cuántos que desconocía. Quizás, todos sus secretos, todo lo que él imaginaba suyo, era la comidilla de palacio, de toda Kreta. ¡Ojalá fuera así para reposar en paz!

Soltó un grito: morderse y destrozarse las inútiles manos nuevas. Los dedos dejaron la boca de Galeos. Con lentitud acercó la Cabeza al piso; los cuernos rozaban las vetas del yeso cristalino; corrió el cuerno izquierdo, siguió el trazo más oscuro, chirrió. Las chicharras machos chirriaban. Un rastro titubeante, como la pronunciación de sus primeras palabras, un rastro de sangre. Inclino la cabeza aun más, los dos cuernos rayaron el piso; un tintinear de polvo cristalino le llenó los ojos. Su madre, la reina Pasifae. La ancha boca, un reflejo untuoso; las doncellas la sembraban con sus labios. Las palabras se le escapaban huidizas; huían como los muchachitos aterrorizados. Su cara se iba repitiendo en el suelo con esa cosa roja y pegajosa. Olvidaba los nombres. Necesitaba escapar, la piel, la pelambre se le pegaba al yeso.

Comenzó a revolcarse, necesitaba los movimientos para respirar o el pecho, los brazos y las piernas se le paralizarían. Las manos y los cuernos; tendría que atravesar sus manos con los cuernos para saber. Giró aterrado, se retorció sobre sí mismo. Los cuernos producían rasguídos agudos. El espanto, el horror: a la sangre se mezcló el olor a semen.

VII

—Así murió Galeos. Tienes que creerlo, Gilgamesh, tienes que creerlo Teseo; tienes que creerlo Eglígida —no pedía ni imponía.

Nadie contestó. El silencio de los helenos, los miró beberse el semblante. Se consultaban, leían en sus rostros, como él había creído leer en el de Galeos. ¿Por qué explicarles a estos seres que, físicamente, eran algo menos que sus esclavos? Tuvo rabia, se imaginó extraviado en los corredores, como le sucedía al principio. Ese corrosivo veneno de los helenos que no entraba por el cuerpo y sí por la mente. Descubrir el mecanismo de ese silencio. Las caras nada traslucían, impasibles, vacías de emociones, salvo las frentes preñadas de ideas, artimañas, astucias. ¿Qué sucedía en la mente de Teseo? Teseo adivinaría que para el monstruo helenizado, el tiempo tendría otra velocidad. Sus manos reposaban inmóviles en los aros de bronce y marfil de su trípode. ¿Cómo podían permanecer inmóviles tan bellos instrumentos? Cedió al deseo imperioso de mirar las de Eglígida, cruzadas sobre el regazo. El regazo era lo más importante que debían poseer las mujeres, era justo que reposaran en él las manos. Sólo los sicanios e italiotas cuidaban con igual amor su sexo y en él reposaban la mano para demandarle suerte. Eglígida simulaba mirar algo en el espejo de Ariadna; sin embargo, bastaba un pestañeo del ateniense para que ella desviara la vista fija en el vacío.

Se estremeció al seguir la curva de la pantorrilla, gritar en señal de triunfo sería romper la serenidad helena: los músculos de la pantorrilla de Eglígida temblaban. Los dedos del pie se agitaban nerviosos; dedos infantiles, sonrosados, pequeños en comparación de las manos. Nunca los había observado con tal detalle. Esa dignidad del empeine, la forma en que se ceñía la piel para rodear el hueso del tobillo, la gracia con que se cerraba el talón y ese tendón que desgarraban en el combate para inmovilizar a todos los seres. Porque la belleza del pie debía ser total en el movimiento; un torso, quizá, podía admirarse inmóvil, las manos también, pero un pie necesitaba movimiento. Hasta los cordones de las sandalias áticas, que se ajustaban y trepaban como enredaderas, no interrumpían la belleza, parecían enmarcarla. Avergonzado, escondió sus pies. Acariciar esa piel, estrechar esa carne temblorosa, pero en ese mismo instante; La espera lo enloquecía, le irritaba los nervios. Cortó el grito de nuevo triunfo: el hueso de la rodilla de Teseo subió, tiritó un momento y volvió al lugar anterior. Los helenos tenían nervios como él. Le creció el asombro, las manos de Gilgamesh acariciaban con lentitud la tablilla encerada donde algo aparecía escrito. Su movimiento era tan calmo, tan medido y armonioso, tanto se repetía en la misma área que daba la sensación de estar inmóvil. Pero él no era un heleno total; no pertenecía a esos bárbaros que se jactaban de amoblar el espíritu antes que el cuerpo y sus casas. Teseo jamás se habría sentado en un trípode semejante, no obstante, lo estaba como si hubiera sido Construido para él.

El tufo de la carne quemada, entremezclado con el olor de la madera de pino,

llegó desde la improvisada pira de los sacrificios hasta el patio cubierto. Las manos se le apuñaron. Debían quemarlo para señalar la diferencia con los cretenses; además, quienes tenían la desgracia de morir antes de lo normal, por violencia, y de no dejar a nadie de su sangre para los honores póstumos, se transformaban en demonios malignos, en espectros temibles que era necesario reducir a la impotencia. Fedra y Ariadna habrían calculado el momento; mirarían los últimos y macabros movimientos del cuerpo de Galeos en el fuego. Ícaro las acompañaría.

Se quemaban los ojos celestes de Galeos, las miradas que no podría dirigirle; los labios y, con ellos, las palabras que ya nunca pronunciaría. El olor ácido de los huesos. La corriente cálida y perfumada a pino desapareció. De Galeos sólo quedaban las cenizas.

—De Galeos ya no queda más que ceniza —Gilgamesh habría leído sus pensamientos—, es decir: no hay forma de confirmar tus palabras, Asterio, sólo queda lugar para lo que suponemos. Los poetas imaginamos hasta la realidad, nos resulta imposible verla como los demás, porque así tampoco existe. Cuando yo componga tu himno, no sé cómo veré realmente la muerte de Galeos, atravesado el corazón por tu agudo cuerno.

¿Se detendría allí o revelaría lo que se había comprometido a callar?

—¿Quiere decir que de ti nunca podré esperar la verdad?

—La verdad, como el hierro en la fragua, no se empuña por el lado del rojo vivo. Todos los días, o casi todos, podrás tener una verdad, la que me parezca más asible, más hermosa. Otros poetas harán lo mismo, los hombres elegirán luego. La verdad más hermosa será tu historia. El mito.

—¿Te importa más la belleza que la equidad? —preguntó Teseo; no había podido contenerse—. Lo heleno es reunir ambas cosas.

Asterio sonrió, acababa de vencer el silencio de los helenos; el método consistía en incitarlos a discutir.

—La hermosura y su resultante la estética, siempre son injustas. Compara, Teseo, las caras y los cuerpos de todos nosotros, ¿y si fuera el Toro Sagrado quien realizara la comparación? —preguntó, a su vez, Gilgamesh.

Había llegado el momento de atrapar a Teseo.

—Y tú que crees en la belleza y la equidad, ¿cómo ves la muerte de Galeos?

Los ojos de Teseo no pudieron ocultar su asombro; tenía, en verdad, diecisiete años, se volvió en cachorro dé pantera:

—No puedo ver, Asterio, lo que mis ojos no han visto. Si creyera en lo que dices no sería equitativo, pues conoces cuál es mi misión. Comprender es una forma de la amistad, y yo no podría traicionar a un amigo.

—No temas, Teseo —contestó enseguida, para no dejar traslucir la admiración por la soltura del ateniense—, yo también experimento esa atracción por el adversario que nos da motivo para mostrar lo mejor de nosotros mismos —se inquietó al comprobar que sólo repetía palabras de Agorácrito. Se dirigió a la mujer:

—Eglígida, ya han hablado todos los hombres, ha llegado tu hora.

Eglígida se puso en pie, la túnica con sus rectos pliegues le marcaba una postura.

—Yo amaba a Letea. No puedo olvidar lo que hiciste con el cuerpo de ella... Aunque deseara otra cosa, sólo puedo ver en Galeos el cuerpo destrozado de Letea — una pausa desafiante—. Ella aprendió a bailar para dulcificarte, porque nos habían enseñado que la música y la danza aplacan a las fieras. Dos de las otras doncellas tocaban la lira de Apolo para que ella danzara. Sólo esperan de ti lo que hiciste con Letea. Yo no te creo. Galeos y Letea eran los seres más dulces entre nosotros. ¡Eres peor que las fieras!

La miró; esperaba esas palabras. Cuando les arrebataban algo, las mujeres se tornaban peores que los hombres.

—Peor que las fieras, puesto que soy mitad hombre —continuó su pensamiento en voz alta—. Por lo menos de ti, y de Samia y Mera, sé lo que debo esperar. ¿Quién era el amigo de Galeos?

—Nadie. Era reconcentrado y cobarde, inútil para los ejercicios de la palestra — se apresuró a contestar Teseo.

—Nunca se atrevió a narrar las prodigiosas historias de su tierra en tu presencia, Teseo. Los hijos de los reyes jamás recogen lo mejor de sus súbditos —Gilgamesh tomó fuerzas, aliento, para agregar—: Sabía urdir historias más bellas que las mías, algún día las escribiré y, sinceramente, creeré ser el autor.

—Tampoco se atrevió a cantar las tristes y lánguidas melodías de su país, con un río lleno de nieblas —dijo Eglígida, con voz opaca.

—¿Cantaba en mi nave? —la interrumpió Teseo.

—Cantó, junto a los remos del timón, la noche anterior a la llegada. Un canto de amor y muerte. Había sido demasiado hermoso como para que lo amaran, la gente se detenía en el deseo —agregó Gilgamesh.

Teseo se cubrió la cara con las manos.

—Yo creí que esa noche las sirenas del Mar de Myrto venían a darme coraje en mi tarea. Yo estaba atado al mástil para que ellas no me arrebataran. Yo no conocía su canto, no conocía su imaginación.

Asterio temió que cesaran de hablar. De nuevo, estaba de rodillas ante la gruesa mesa de mármol y alabastro. Los ojos celestes, que en la sombra se tornaban azules, seguían abiertos. La boca de alabastro continuaba diciendo palabras por los labios de quienes ahora lo rodeaban. Nada más recordaba. No podía ordenarles que siguieran hablando; callarían para herirlo, para devolverle por anticipado las heridas que habría de causarles.

Callaron; lo habían descubierto; ellos, los dueños de las palabras y los silencios, herían más hondo. Miró a Teseo, le temblaba la barbilla.

—Teseo, tú eres cómplice de lo que me acusa Eglígida —el muchacho se incorporó de un brinco, prieta la boca, temblorosas las rodillas—. ¡Siéntate, Teseo! Tus nervios son demasiado jóvenes.

—¡No me insultes, Asterio!, y deja que mis nervios tiemblen de coraje. ¿De qué me acusas en tu crimen? ¡Habla!

Había llegado la ocasión de aplicarle su canon de silencio, esperó hasta que el ático volvió a sentarse.

—Has dicho que Galeos era reconcentrado, cobarde e inútil para los ejercicios; muchas veces se lo habrás echado en cara. Gilgamesh confesó que tenía más imaginación que él. La imaginación le haría descubrir todos los peligros posibles, hasta los más ocultos y refinados, como sólo yo los conozco. Con tu desprecio aumentabas su incapacidad. Si a ti, que no tienes miedo, los nervios te traicionan y hacen variar tus movimientos, piensa lo que sucedería con los nervios de Galeos. En esta medida eres cómplice de lo que me acusan. En cuanto a mí, te acuso de ser el responsable. Y yo no necesito liberar eso que ustedes llaman conciencia: si yo hubiera muerto a Galeos habría cumplido con el papel que ustedes y el mundo organizado por nuestros padres me ha señalado. Pienso, ustedes me enseñaron a pensar para dominarme, lo que será de ustedes el día en que ya no tengan monstruos en los cuales descargar las culpas —tuvo deseos de gritar: por primera vez, daba formas nuevas a las ideas de Agorácrito.

Eglígida y Gilgamesh se incorporaron, como si no quisieran contemplar a Teseo en ese trance. Los atajó.

—Ustedes, también, tienen la culpa de no haber comunicado a Teseo lo que sabían. Antes de que se vayan, quiero decirles que compartir con ustedes la culpa en nada alivia mi pena. La aumenta, porque recién comprendo todo lo que Galeos me había dicho con la mirada, temeroso de que yo no fuera capaz de imaginar lo que era el miedo. Yo que debo temer a los humanos tanta como a los animales, a los hombres tanto como a las mujeres; porque yo no tengo semejantes. Y todos se horrorizan y me odian porque soy distinto —respiró, podía desahogarse por medio de las palabras. Sus manos habían quedado inmóviles sobre los brazos del sitial, con su alto respaldar de alabastro y lapislázuli, construido por irónico capricho de Ariadna o de Dédalo, o de Hatti, el bufón de Minos, pues decían que era semejante al de la sala de los embajadores. Sin desearlo, sus manos habían adquirido la posición de las de Teseo, al comienzo de la reunión. Gilgamesh miraba sus manos, como si esperara que continuaran transformándose, Teseo también las contemplaba; sólo Eglígida había vuelto a su expresión ausente, el labio inferior le temblaba apenas. Ninguno se atrevía a moverse; en el motivo percibía un matiz distinto, ya no era miedo o simple obediencia.

—¿Cuál es la verdad de hoy, de este instante, Gilgamesh?

—Imaginaba tus dedos, de este instante, sobre los labios de Galeos. Yo no quise enseñarle el ritmo de mis versos. Tuve envidia, le oculté que él poseía todo por instinto. Soy poeta, me costó llegar a serlo.

Lo miró con rencor, la furia se le anudaba en los canales de las venas. Antes de conocer a Agorácrito, hubiera hecho pedazos al caldeo. Nadie podía imaginar a quién

debía la vida, quién lo salvaba de perderla.

—¡Acércate Gilgamesh! —el grito retumbó en los pasillos—. ¿Qué es tu envidia? ¡Habla!

—Saber que otro hombre puede realizar algo mejor que yo; odiarlo por eso y porque yo no puedo. Eso era mi envidia, ya no existe.

—Yo no puedo tener envidia puesto que no tengo semejante —su voz había brotado sin darse cuenta.

—Puedes envidiar lo que no tienes: mi boca, mi poesía. —Miró esa boca tan pulposa como la de los egipcios—. Acércate más.

Gilgamesh avanzó inquieto, casi tembloroso. Con lentitud alzó la mano, la detuvo a punto de tocar los labios.

—¡Repite tu verdad sobre Galeos!

—Que imaginaba tus dedos sobre los...

—¡Basta! —Con lentitud, midiendo el movimiento, avanzó el índice hasta tocar la pulpa del labio inferior. Echó una furtiva mirada a Teseo: su índice volvía a recorrer, a tocar todo su cuerpo. Hurgó en su memoria, ahora descubría la sensación, hasta era la misma, que Teseo habría experimentado. Recorrió la piel húmeda, tibia, palpitante, llegó hasta la comisura derecha; tuvo necesidad de saltar hacia la izquierda, sonrió. Seguía descubriendo cosas con sus dedos de niño. El labio superior, las curvas de arco en tensión. Miró a Teseo: Ariadna se complacía en utilizar el arco, en cazar gacelas y liebres. Faltaba algo, la angustia del descubrimiento total lo urgía.

—¡Dí algo, Gilgamesh! ¡Algo hermoso, eso que llamas poesía! ¡Rápido! —calló el «o te destrozo la boca»; medía las palabras y hasta lograba dominar los tonos.

—Diré unos versos de la antigua epopeya de Gilgamesh, mi antepasado y omnipotente toro salvaje:

*«La vida que buscas, no la encontrarás jamás.
Pues cuando los dioses crearon el hombre,
le impartieron la muerte, y guardaron
la vida entre sus propias manos».*

El dedo seguía la tensión y distensión de los labios, pronto unió dos más. Le costaba prestar atención a las palabras; debía elegir, prefería la sensación en la pulpa de sus dedos. Temblaba el tacto: escozor dulce y leve, tocar en el aire la arenilla que levanta la brisa. Los labios de Galeos, alabastro sobre alabastro.

—¡Vete, Gilgamesh! ¡No quiero verte hasta que el tacto de tus labios gane tu perdón! Mañana harás la prueba más difícil. Has de ganar lo que desees. ¡Vete! —Teseo y Eglígida intentaron seguirlo—. ¡No, ustedes se quedan aquí, todavía! —Gilgamesh desapareció entre las columnas—. Ven Teseo, dame tu boca y responde: ¿Qué edad tengo yo, qué edad me acuerda la gente del Ática? —Apoyó los dedos; eran más suaves que los labios de Gilgamesh—. Tus labios tiemblan. Teseo.

—Nadie ha tocado mis labios. Nadie, Asterio, ni Pirítoo siquiera.

—Tus labios son más hermosos, suaves y tibios.

—Los labios de Gilgamesh han conocido otros labios han dejado algo en ellos, los míos no —cambio de tono, cesó de temblar la pulpa—. En cuanto a tu edad, para los helenos no tienes edad, estás en Zeus desde que el padre de los dioses se metamorfoseó en Toro. Existes desde el comienzo de los tiempos. Y yo soy el elegido, el que vendrá para señalar el nuevo tiempo.

—Tus labios vibran como una cigarra nueva, Teseo. No sé la verdad de lo que has dicho. Vuelve a tu trípode, quiero que presencias lo que voy a hacer con Eglígida; pues tus labios mienten por necesidad y no por placer, como los de Gilgamesh. —Se ruborizó aun más, en la rubia pelusilla sobre el labio brilló la cristalina transpiración, ¿pensaría en la trampa que en nombre de Poseidón hizo a Minos?— Eglígida, ocupa ante mí el lugar que tenía Teseo. Más cerca, ¡desnúdate! —Las manos de Teseo se aferraron al taburete, por el rabillo del ojo siguió los movimientos de las manos de la muchacha; obraban con solemnidad ritual. Agorácrito creía que las mujeres debían estar más acostumbradas al rito, a lo irremediable. Todo les era impuesto, desde la concepción al placer, todo era pasivo en ellas. Las mejillas de Teseo se arrebolaron. Cayó la túnica blanca, esa burda tela de lanilla que usaban las atenienses.

—¿Qué piensas, Eglígida? —la pregunta se le cortó; la garganta, esa ancha y húmeda garganta, gañote de hombretoro, se le estrechó; podrían estrangularlo por dentro. El índice le tiritó antes de tocar el labio inferior.

—En lo que hiciste de Letea y de Galeos —bajó con solemnidad las manos con que se cubría los pechos, las palmas vueltas hacia afuera—. Yo no tengo pudor ante el Minotauro, porque es incapaz de comprender el significado de la pureza.

—Tus labios son menos suaves que los de Teseo, acaso porque hablan con odio. No hables más.

Recorrió la nariz que se continuaba, casi en un mismo plano, con la frente. Descendió por la mejilla, apenas la rozaba. Las mariposas en las amapolas y lirios del valle de Lithia. La garganta, el cuello. Se detuvo un momento. Trepaba las suaves laderas de los montes que rodeaban el palacio: las mujeres de palacio llevaban los senos descubiertos. El pezón se endurecía cálido. Un temblor le agitó el cuerpo, el de Eglígida pareció acompañarle. El hueco del vientre antes de alzarse, un cuenco de leche se elevaba y descendía. Su dedo entró en el bosque rubio y enrulado. El corazón palpitaba en todos los canales. Dudó, su mano izquierda intentó alzarse para acompañar a la otra, la contuvo. Apretó los dientes, su índice continuó por la pierna. Un leve temblequeo bajo la piel tibia. Descubrió que estaba dibujando venas palpitantes, que se reproducían multiplicándose en su cuerpo. Los finos tobillos, el empeine.

—¡Llévatela, Teseo! Ahora podrás decir que conozco su cuerpo de la misma manera que tú conoces el mío —la voz se le apagó.

VIII

Bramaban los temeros, toritos y vaquillonas. Amanecía un sol rojizo, turbio, chorreante de humedad. Las carnes sudaban en hombres y animales. Los últimos mates amargos en el galpón de los peones. Cerca del corral, las llamas de las fogatas bajaban hasta el cuchicheo con las brasas, donde se calentaban los fierros de marcar. Una doble hacha formada con las iniciales del fundador de la estancia en tiempos de la colonia, cuando los vacunos se desgarraban ahí nomás, como se violaba a las mujeres a la orilla del camino o del arroyo, se los cuereaba a punta de facón y golpe de puño. Los cueros iban al saladero; luego, a una fragata inglesa que los llevaba a una ciudad remota, desdibujada por la niebla, junto al río Támesis.

Los gritos estirados de los arrieros y peones, las vueltas de un lazo alargándose y perdiéndose en la obscuridad, tanto al amanecer como al anochecer. Las panzas de los caballos hinchados con la alfalfa nueva, pedorreándose con la cincha recién ajustada. Las manos callosas, sarmentosas y ajustadizas como trabas de alambrado. Las riendas estiradas o recogidas, flojas, sueltas o solivadoras o alzadoras para los tropezones. Los mugidos alargados, bravos como champa de gordas raíces que el arado estirara en una guitarra con caja de tierra secona por la sequía. El mujerío oreando las polleras con olor a orina y sudor y cuis podrido; a según. Se atropellarían, se enastarían los toritos, los toros, todos los que habían nacido con él, en la misma parición. Un crujido de dolor, olor a carne quemada después del agrión de la pelambre.

Luego, nada, la pampa. Retozar, andar con sus bolsas haciendo crujir el pasto. Alzar las patas, montarlas en el lomo, las ancas, cuando les viniera el celo, el tiempo, las ganas.

Para los otros. Se remeció en el box. Le cambiarían la paja para dormir. Le abrirían el postigón si el día no estaba muy destemplado. Nunca lo marcarían en el anca con un hierro caliente. Era demasiado fino; tenía toda su ascendencia marcada y anotada, a la par de sus dueños, en un gran libro de la Sociedad Rural donde no era posible hacer agregados, como en el árbol genealógico de los dueños.

Gritos que se estiraban y enardecían agudizándose como un quejido. ¡Huijaaa! Gritos.

Los gritos llegaban desde el anfiteatro. Los esclavos, los auxiliares, los recios torcedores de cogotes de los toros, los estarían haciendo correr alrededor de la pista. Las sacerdotisas y sacerdotes de Dictynna y de su hijo Velchanos, dios de la Fertilidad, escogerían los nuevos toros entre los centenares traídos de las diferentes

regiones de la isla. En la fiesta de la primavera, los toros servirían para los juegos rituales.

Sonriente, Ícaro apareció a sus espaldas. Traía algo en las manos, cubierto con una tela de seda color canela adornada con lirios dorados; la tela que sólo podía usar la familia real. Ícaro se permitía libertades peligrosas. Con burlón gesto y ademán de prestidigitador oriental quitó la tela. Surgió una caja de lapislázuli con cierre y adornos de oro labrado.

—Esta urna la regaló el rey Minos a Ariadna, con ella tu hermana pagó servicios de mi padre Dédalo, y mi padre me la regaló, por mi ayuda en la fabricación de las alas. Yo te la regalo con algo que cada día, supongo, te ha de importar más: cenizas de Galeos, que recogí de la pira. Tu hermana Fedra ordenó que las arrojaran en el rosedal de la reina.

—Sin desearlo, Fedra ha realizado una bella acción. Una acción poética, diría Gilgamesh —las manos le temblaron al tocar el mineral precioso; el hombre podía reducirse a tan mínima cosa después de tanta lucha y dolor—. ¿Qué debo pagarte en cambio?

—Nada, Minotauro —brilló la chicharra de oro que llevaba sujeta en la raya de su peinado.

—¿Y si me engañaras y estas cenizas no fueran de Galeos?

Tardó en contestar, lo perforaba con su mirada sonrió tranquilo:

—¿Qué ganaría con ello? Sí, el placer de engañar a quien es dueño de la verdad y la vida de tantos adolescentes; sí, confieso que sería un placer mentirte, una forma de dominarte. Hay algo que tu desconfianza de hombre, muy razonable desconfianza, hará que tardes mucho en descubrir: la gente que te quiere de verdad, Minotauro. Vengo a comunicarte la prodigiosa nueva: con la próxima luna llena mi padre ensayará sus alas para volar. ¿Has comprendido, por fin, que él con su facultad inventiva y yo por conocer sus secretos somos tan prisioneros como tú? Si yo te miento y me miento a mí mismo, mi imaginación ensancha los límites de nuestra prisión.

—¿Sabe Dédalo que deseas llevarme?

—Pienso que sí, pues ha prometido darme otro par de alas y no ha preguntado para quién. No querrá comprometerse, será cortesano hasta el último instante, el de la rebelión. Iremos a Sicania, a la corte del rey Cócalo, un poderoso señor de origen heleno —desde el anfiteatro llegó de nuevo la grito azuzando a los toros—. La tanda de toros bravos, cría de los de Tartesos.

—Sabes todo lo que me ataño, ¿por qué, Ícaro?

—Por lo que tienes de monstruo; acaso yo pretenda ser un monstruo, también. ¿Aceptas ver el ensayo de las alas? Nada arriesgas.

—Sí, el que me hagas ser infiel a mi destino.

—Esa frase prueba que ya eres infiel, tu destino lo cambiaron las palabras de Agorácrito. No pienses más, no sirve para mucho. ¿Aceptas?

—Sí, pero vete, ya vendrán a buscarme los ayudantes del sacerdote mayor. No es prudente que te vean siempre conmigo, comenzarán a echarme mis culpas sin por eso quitármelas a mí —puso la caja en el trípode, junto al sitial de alabastro. Dudó, el espejo estaba cubierto. Se dirigió a la cámara de las ofrendas. Al regresó, Ícaro miraba sonriendo sus manos vacías.

—Hasta dirán que me has corrompido. Se equivocan, sólo un ser humano total puede corromper algo —soltó la risa contenida; por causa de esa risa jamás creería en él—. Te llevaré al anfiteatro por debajo del departamento de tu madre, por una parte del pasillo que ella utiliza para llegar a la arena, un corredor impregnado con el nuevo perfumé que Pasifae usa mezclando nuestra lavanda de Karfi con la esencia de las rosas de Babilonia y el de las flores del Nilo y la mirra de «vuestro hermano» el Faraón. Tus ojos brillan con mezcla de curiosidad y ternura, tus inmensos ojos tan semejantes a los de tu madre, ¡en tamaño, porque tú no puedes ocultar nada! ¿Cuánto hace que no la ves?

—En las grandes fiestas de la Fertilidad, durante las ceremonias religiosas; luego, la diviso en el anfiteatro.

Un metálico ruido de espadines. En lugar de ocultarse, Ícaro se adelantó hasta el patio cubierto. Volvió jugueteando con la tela de las insignias reales.

—Les he prometido que Dédalo te llevará, cuando termine algo que está preparando para tu seguridad. Nunca hay que dar explicaciones a los inferiores. Vamos, te haré ver a tu madre; te has alegrado como un campesino y eso me entenece. Dame tu mano, que ya ha rozado muchos labios y no los míos.

Caminaron por un oscuro pasillo. Un leve resplandor mostró un pilar votivo, se detuvieron. Era cierto, no había sentido la menor curiosidad por los labios de Ícaro, los temía. Apoyó en ellos el índice.

—Te voy a enseñar algo que desconocen tus hermanas.

Hablaba como si no experimentara la leve presión de su dedo; querría demostrar que no le importaba que, al fin, sucediera.

—Tus labios, Ícaro, son demasiado tensos, debe ser porque te burlas de todas las cosas —retiró la mano, cohibido.

—Ya he dejado de ser adolescente, y río de quienes, pese a la edad pasada, siguen siéndolo —el pilar giró sobre la pared a la cual estaba adosado, quedó una especie de camareta de madera—. Ocupa conmigo esta cavidad; empuja esa manija. Inclínate, eres demasiado alto con tu bella cornamenta de ámbar —con dulzura le hizo inclinar la cabeza.

—¿Por qué mientes, si sabes que no es de ámbar? —descubrió, en la igual dulzura de su voz, el temor de que Ícaro dejara de mentirle.

—Gilgamesh diría que el ámbar es más hermoso y por lo tanto verdadero. Acércate, debo pegarme a tu cuerpo. Si levantas la cabeza o sacas una de tus tiernas manos te las destrozarás contra las rocas, los ladrillos o los adobes, o la cuerda de cáñamo que nos sostiene y remolca —el vehículo se puso en marcha con suavidad—.

Mi padre lo ideó para recorrer los ductos sanitarios; es un montacarga con poleas, semejante a los utilizados en las construcciones —sólo se escuchaba el rozar de la madera contra la piedra—. En verdad, lo inventó para espiar lo que traman quienes mandan. Déjalo dudó, y sigue dudando, si el laberinto es para encerrarlo a él y no al Minotauro; esto explica tantas exquisiteces —la camareta se detuvo—. Silencio, llegamos. —A través de una pared de yeso cristalizado, penetraba bastante luz—. El patio privado de Pasifae —susurró—, cuando avancemos unos pasos, verás recortarse en el alabastro varios delfines pintados con azul cobalto sobre unas olas estilizadas en gris y negro, que decoran la antecámara. Los caños aseguran la ventilación y evacuación con un sistema de válvulas. Nada hay de semejante en ningún palacio del mundo —sonrió—. Ya dudas si te traje a ver a tu madre o, por orgullo, a mostrarte lo que inventa mi padre, para aumentar la tentación de las alas, ¿verdad? ¡Calla! —Escuchó unas voces femeninas; entre ellas estaría la de su madre. Las siluetas se recortaban sobre las placas de alabastro. Avanzaban dificultosamente, aumentaba la luz y el calor. Se acallaron las voces, sólo sombras que se acercaban y diluían en rápidos movimientos; debían ser las esclavas que ordenaban las habitaciones de su madre. Repitió la palabra madre, la paladeaba: agua luego de la sed de los ejercicios con los toros. Larga, interminable espera. Una voz; no le cupo dudas, era la de Ariadna. Otra silueta se recortó, la espalda casi apoyada en la losa, la voz le llegó plena. Un estremecimiento lo recorrió en el tiempo.

—No es lo que tú crees, Ariadna; la maternidad no tiene gran cosa que ver con el resultado de lo casual, si podemos llamarlo así, en un rito religioso. No me canso de repetirlo. Para demostrar sus derechos al trono, tu padre cuenta que le pidió a Poseidón que hiciera surgir del mar a un toro, para sacrificarlo en su honor. El dios accedió. Yo lo vi y, deslumbrada por la belleza del animal, hice que Minos lo escondiera entre sus rebaños, y Minos sacrificó otro animal. Lo encerramos en la dehesa del palacio y yo iba todos los días a verlo, luego, a comprobar que lo cuidaban.

—Y para castigarlos, Poseidón hizo que te enamoraras del toro, ¿verdad? Madre, ¿no te das cuenta de que esto lo repites continuamente y con cualquier pretexto; pero nada más que la venganza de Poseidón recuerdas? —la voz irónica de Ariadna cubrió la de Pasifae.

La imagen se diluyó. Su madre reía con la misma risa de Ícaro. Alguien imponía una forma de reír en este palacio.

—Ariadna, eres muy burlona, algún día tendrás que pagarlo... Ordena que pasen las jefas del taller de hilados. Cuando lo seas, y espero suceda así, verás que la reina de Kreta tiene muchas cosas que pensar, antes que en un toro.

—En todo caso, después de un toro...

El tono de la conversación de su madre y de su hermana lo asfixiaban, aun más que la estrechez del lugar. No pudo soportar más. Ícaro lo guio en la obscuridad, abrió un portillo. Quedaron inmóviles tras un cortinado de seda y lino. A sus

espaldas, la plancha de piedra volvió a cerrarse; no le importó cómo, jamás volvería a ese pasillo, jamás espiaría a Pasifae. Lo rodeaba el perfume de su madre, la voz se repetía. «Un toro», un toro.

—Apresúrate, nadie debe vernos en este corredor —la voz de Ícaro tenía mucho, en la manera, de las que acababa de escuchar. Necesitaba respirar otro perfume. Lo vio presionar una doble hacha tallada en piedra, y se abrió una puerta. Entraron, el perfume se trocó por el del aceite y el vino; de nuevo, estarían en los almacenes subterráneos. Todos estos pasillos debían de ser nada más que comunicaciones entre los diversos almacenes del palacio—. Tienes razón, Minotauro, mejor dicho, Agorácrito tenía razón, una vez dijo que me gustaba mezclarme con la gente socialmente superior, hasta me place espiarlos. Debe de ser porque soy hijo de una esclava. Pero no podrás negar que mientras atendía a mis placeres, es hermoso sentir como palpita la piel de un semidiós, tu piel, te hice cumplir con los necesarios y buenos sentimientos filiales...

—Me aterras, Ícaro; si fuera más animal, si fuera como al principio, te mataría aquí mismo.

—Te equivocas, si fueras más ser humano me matarías. Pero yo me protejo y gozo en lo que tienes de animal. Sígueme. No puedes matarme; un día me rogarás que te traiga para escuchar nuevamente la voz de tu madre, aunque diga las cosas más atroces, o casualmente, porque las dice. Entre los humanos, esto se llama evolucionar. Además, ya he sembrado en tu cabeza la idea de volar, como la mariposa del alma que escapa de un cuerpo muerto. Inclina la cabeza, eso es —los pasos sé deslizaban suavemente; no quería contestar—. Todavía no te has dado cuenta, pero esta noche, cuando tengas entre tus manos la urna de lapislázuli, y sigas dudando si las cenizas son de Galeos, y pienses, asombrado, que no tienes, que no se me ocurrió traerte las de Agorácrito, y a ti no se te ocurrió pedir las, comenzarás a considerar que debe de ser muy bello este mundo visto desde el cielo. Ya los helenos te han envenenado, mi semidiós, con el afán de ver, conocer y saber. Aunque pretendas no desearlo, estaré a tu lado, y permaneceré aun cuando tengas muy cerca a Eglígida y recorras con tu índice, mira tu hermoso dedo índice, todas las partes de ella que no te atreviste a tocar. Despreocúpate, vamos a salir directamente al túnel por donde entra al anfiteatro nuevo la familia real y, por descontado, los toros sagrados.

El resplandor que llegaba desde el extremo los detuvo. No se atrevía a respirar; estaba pendiente del sonido, del significado del sonido que brotaba de la boca de Ícaro. Lo embriagaba, como los helenos se embriagaban en las fiestas de Dionysos. Ícaro tenía los ojos húmedos; no lo entendía, no lo entendía; calló el deseo de gritárselo.

—No me odies, Minotauro, soy el único que te enseña a protegerte de los hombres. No me odies, porque...

Corrió. Los mugidos de los toros en la arena bajo el sol deslumbrante y el aire diáfano. Respiró con rabia, el hocico se le agrandaba. Chirriaban las chicharras. La

arena se deslizaba bajo sus pies dolidos, clara, amarillenta. El cielo muy azul, cobalto. Volvió la cara hacia Ícaro. Tuvo miedo.

Los toros giraban elevando espesas nubes de polvo. Corrió hacia ellos, se metió entre sus cuerpos. Al colgarse de los cuernos, apareó con fuerza a los dos más potentes. Se restregó contra el áspero, agrio olor a sudor y establo. Giraba colgado entre las cabezas. Desaparecía el perfume de su madre y el de Ícaro. Su cabeza pendía entre las de los toros, nadie lograría distinguirla desde las graderías. La pelambre de los toros, la paz, el sosiego.

IX

Eglígida lo miraba de distinta manera, distinta forma de rencor. Las mujeres tendrían una escala diversa en los sentimientos, más amplia que los hombres; en particular, en los matices del odio. Toda su relación con ella se iba marcando con los accidentes en la arena; los toros, la arena, la palestra era lo único que señalaba el paso del tiempo. Nada podía achacarle ni culparle en las heridas de Laódice. Cuando en el ejercicio más simple pasó sobre su cabeza, volvió a verla junto a Galeos, los dos temblorosos en el rincón del patio de ejercicios. Desde el primer día los vio retroceder, ceder una y otra vez el primer puesto de la fila a sus compañeros. Ellos, todos, se habían dado cuenta, sabían, que Laódice seguiría a Galeos. Sin embargo, cada vez que la prueba dependía de él, siempre había encontrado los ojos vigilantes de Eglígida.

Las manos y las pinzas del ayudante de Akashan revolvían en la herida del vientre. Uno de los grandes toros, ya viejo y manso, le había hundido un cuerno.

Laódice alzó los párpados.

—Mátame, Asterio, mátame... Yo sé que Galeos —se retorció. Eran las heridas más dolorosas. No quiso pensar en lo que deseaba decir de Galeos; todos habrían de apoyarse en él para lograr su protección—. Yo sé que Galeos te pidió que lo mataras. Yo sé, me había dicho que eras capaz de acortar nuestras desgracias, que eras capaz ¡Asterio! —el grito se le ahogó en un retorcimiento atroz. Galeos rogaba. La boca de alabastro volvía a tomar color y vida. El médico tendió el lienzo sobre la herida. Ya nadie le diría, como en las dulces despedidas: «Vuelve en el Otoño para beber el vino nuevo». El médico ayudante hizo un ademán de impotencia:

—Es tu esclava, tu propiedad, Asterio, hijo de Pasifae. Dispon. Igual ha de morir dentro de unas horas.

—¡Júralo por Velchanos!

Realizó el juramento. Los quejidos continuaban mezclándose con el nombre de Galeos. Teseo permanecía inmóvil sin atreverse a mirarlo. Debía presentir la idea que comenzaba a germinarle. Ordenó llamar a uno de los escribas de palacio. Cuando llegó el hombre con sus tabletas, Teseo lo miró, seguro de haber adivinado.

—Cedo la propiedad de Laódice a Teseo, hijo de Egeo, rey del Ática.

Teseo se volvió angustiado; de nuevo, Galeos pedía gracia. Temblaba el labio superior que había tocado con su índice. Cesó el temblor, Teseo habría encontrado una escapatoria, una nueva astucia oculta en su cinturón.

—Recuerda, Asterio, que yo no he venido aquí para ordenar la muerte de los míos. Además, las leyes de Kreta y de Atenas no permiten la donación de un esclavo a otro esclavo. Y yo aquí soy algo menos que un esclavo, soy un condenado a muerte. Pregúntalo a tu escriba.

Era innecesario, Teseo tenía razón. La voz firme de Eglígida:

—Asterio, yo me opongo a ser tenida como rehén de Atenas. Si necesitas a alguien para descargar tus culpas, yo ordenaré la muerte de Laódice.

La miro sorprendido, con un desafío extraño en los ojos. Un quejido quebró el silencio. Ordenó al escriba:

—Vete, ya no necesito de tus servicios. Y tú, Eglígida, incorpora el busto de Laódice, y la sostienes en la posición cuatro —cuando ella realizó lo que le había ordenado, tomó asiento sobre la mesa de mármol. Instintivamente, como imposible reminiscencia. Laódice le tomó la mano y volvió a susurrar el nombre de Galeos.

Era ineludible, debía repetir la escena. Las caras se transformaban, las facciones se confundían. Inclino la cabeza; alguien empuñaba su cuerno derecho, la mano firme y rosada de Eglígida; retiró la suya. Fue como la señal para el salto. Empujó con fuerza, la sangre tibia le salpicó el testuz. Todo era semejante, repetido, en la forma pero no en la esencia. Un quejido leve y alargado. Se incorporó brillando en sangre; la sangre ocultó a Eglígida. Un baño tibio, untuoso, irremediadamente sensual.

Alguien le estaba secando la cara y el testuz, cuando pudo ver, descubrió a Eglígida con su chal de lanilla blanca; terminó la tarea en silencio. Asterio se dirigió hacia su cámara. La mirada serena de Eglígida evitó que echara a correr. Ni ella ni nadie se atrevería a seguirlo.

Antes de abrir la última puerta, oyó ruido de agua, estaban llenando su tina de baño. Ninguno de los esclavos a su servicio, ¿o guardianes?, conocía estas habitaciones. Tenía que ser Ícaro.

—Preparaba tu baño, Asterio.

—¿Ya no tengo lugar donde pueda estar solo?

—Me iré cuando lo dispongas. Vi lo que sucedió con Laódice, desde el espejo; era una forma de evitar que miraran tus hermanas. Preparar tu baño se me ocurre que es una forma de decirte que no estás solo en el mundo. Ya está listo. No me agradezcas, hay algo tremendo que ya debo confesarte —señaló la urna de lapislázuli.

—¡No te autoricé a traerla!

—Todo lo que te dije de la urna es cierto, salvo el contenido. Mátame si quieres, pero ya tenía necesidad de confesártelo. Te lo dije, tuve miedo de Fedra —tomó la caja y vació el contenido en el excusado de agua corriente. Esperaba impasible, en el sometimiento debía experimentar placer. Avanzó hacia él, no podía creerlo. Adelantó las manos hasta rodearle la garganta, las miró, iban a hacer algo nunca imaginado, quebrar esa fuente de risa burlona—. Yo no sé, Asterio, por qué lo hice, tenía necesidad, no sé si de descubrirme o de hacer que te descubrieras. Aprieta y mátame si lo deseas, yo no sé lo —las palabras se cortaron, la respiración se volvía difícil, entrecortada; los ojos comenzaban a hincharse. Ni el menor ademán de defensa, ni el instintivo de arrancar esas tenazas que le impedían el paso del aire; debía ser la defensa de Ícaro, ni el mínimo choque que despertara su rabia y le hiciera perder todo control. Miró las manos sorprendido, estaba pensando; las abrió e Ícaro cayó sobre la cama.

Fue hasta el baño y se metió en la tina. El agua tibia, perfumada a pino, le fue relajando los nervios. Con paciente detalle lavó su cabeza, la sangre coagulada

flotaba unos momentos y desaparecía en el desagüe. Todo esto era obra del padre de ese hombre que había estado a punto de estrangular. Cesó el chapoteo para escuchar; ningún ruido. Quizás había asesinado a alguien que tuvo miedo de traerle las cenizas de quien murió de temor. No recordaba de qué manera había entrado su cuerpo en el seno de Laódice. En ciertos momentos recuperaba la costumbre, el deseo natural de matar, el oficio que le habían perfeccionado. Su oficio complementaba el del rey Minos. Un día iría a la sacristía del palacio, para revisar las estanterías de sándalo donde se guardaban las tablillas de terracota con la historia de cada toro sagrado. Tendría que averiguar la Fiesta de la Fecundación en la cual había sido concebido, y los años que había vivido. Dédalo podría contestar sus preguntas. Quizás hubiera guardado el mecanismo utilizado por Pasifae, al cual debía, en gran parte, su nacimiento. Si Dédalo no se atreviera, Ícaro era capaz de hacerlo; esto le interesaba más que las alas.

Salió de la tina. Ícaro había desaparecido; habría huido o alguien, Ariadna o Dédalo, habría llevado su cuerpo. Se contuvo para no llamarlo a gritos; había perdido toda posibilidad de conocer lo que deseaba, todas las claves misteriosas del palacio. Quedaba, como antes de Ícaro, en manos de quienes lo espiaban. Exhibirían el cuerpo; otro crimen suyo.

Había creído que Ícaro era indigno de ser su amigo; obraba como los demás con él. Solo; como lo había estado toda su vida, sin darse cuenta de ello, hasta que la muerte de Agorácrito le descubrió el significado de la palabra.

—¡Ícaro! —gritó, acaso con registro de mugido. Calló, prietos sus grandes, espesos, absurdos labios en su cuerpo de hombre. No debía gritar. Ariadna, Fedra, Dédalo gozarían su desesperación. Miró en derredor mientras secaba su cuerpo; apenas podía oír la gota de agua de la clepsidra. Ya faltaba poco para la hora de su comida en el salón; Ícaro le había hecho adquirir esta costumbre, la aceptó cómo una forma de evitar la soledad. La única diferencia era que las costumbres se explicaban, se volvían racionales. Abandonó la cámara, temía quedarse encerrado varios días, tirado en un rincón, como después de la muerte de Agorácrito. Los perros, que abundaban en la ciudad, se tiraban en los rincones para morir; buscarían la protección del ángulo de paredes y el piso. No entendía a Ariadna, era difícil de comprender, al menos para él. ¿Qué haría Ariadna con Teseo? Nada, aún, pero llegaría el momento en que lo dominaría. Teseo se jactaba de su pureza porque estaría a punto de perderla. No había entendido qué era la pureza, odiaba la palabra hasta que Agorácrito le gritó: «¡En tu charca de sangre, eres puro!». Cuando Eglígida se quitó el chal para enjugarle la sangre, quedó al aire ese pecho tibio que había recorrido con la yema del índice. Eglígida también era extraña, semejava la estatua de la diosa Atenea. Egeo envió la estatua a Minos para congraciarse, o para que Minos tuviera ante los ojos esta diosa guerrera y enemiga. La habían colocado a la entrada del nuevo anfiteatro.

Apretó el paso. ¿Qué habrían hecho de Laódice? Comenzó a escuchar las voces de un coro, cantaban melopeas desconocidas. De las ciudades de Kreta y las islas,

venía gente, peregrinos que, a la vez, comerciaban. También llegaban de otros países y entraban fácilmente en las ciudades, ahora sin murallas. Minos tenía las murallas de sus navíos para impedir cualquier ataque; además, él, los nobles y los comerciantes, eran ricos y los jefes de los ejércitos enemigos se vendían a precios aceptables. En los comienzos del otoño, con la vendimia, Knosós se llenaba de cantos en lenguas extrañas.

Crecía el sonido. Hasta el patio cubierto llegaba un coro denso; debían de cantar en las graderías del teatrillo, por cuyo camino de grandes losas irregulares entraban las procesiones hasta el patio central. Pero esto sucedía rara vez, en las grandes fiestas o en el caso de que los peregrinos fueran conducidos por un sacerdote o un gobernante de importancia. Áspero contracanto, lamentación y llanto fúnebre, surgía del gineceo y se entremezclaba con el que llegaba del exterior. Se acercó a la sala iluminada por numerosos candiles. En el centro, habían levantado un túmulo donde reposaba el cuerpo de Laódice, los pies hacia la puerta; el seno derecho desnudo, un hueco negro, sangre coagulada, por donde había entrado su cuerno. Eglígida guiaba el coro casi con su sola presencia. Contó las mujeres que restaban, no sabía los detalles pero todas morirían.

Encontró la mirada de Eglígida, le extrañó hallarla desprovista de rencor, hasta creyó descubrir algo de simpatía. Las voces se modulaban, en tono e intensidad, a la par de las llamas de los candiles, de las sombras que se estiraban o retorcían en las bóvedas o se multiplicaban en los cristales de las piedras. Los lamentos dominaban, ahora, al coro exterior. ¿Quién habría permitido esta desusada ceremonia?

Cruzó el patio y fue hasta el comedor. Ícaro tenía la imaginación, pero sólo Ariadna poseía el poder necesario. Recostados en los catres, que rodeaban la losa de mármol del altar llena de mariscos, ostras con huevos, peces sin espinas, pájaros, cabritillos, lechones y frutas alrededor de dos grandes ánforas de oro, estaban Ariadna y Teseo. El camastro y el sitial de la cabecera permanecían vacíos. Ansiosamente buscó a Ícaro; tampoco estaba Fedra, ni Pirítoo, el amigo de Teseo. Un esclavo cerró el cortinado que cubría la entrada.

—No me negarás, Asterio, que nunca has visto un servicio semejante, ni oído coros más dispares, unidos para formar este muy singular banquete fúnebre. La peregrinación de Samos trajo su tributo del vino más viejo y el nuevo; rebosaban sus «naves redondas» con los diez mil talentos de peso que pueden cargar... Teseo ama los detalles, le interesa todo cuanto se refiere a nuestros navíos. También, resolver adivinanzas...

—Prefiero vuestras «naves largas», las guerreras, con veinticinco aberturas para los remos y la roda protegida por el espolón...

—Lo sé, Teseo —miró en derredor simulando sorpresa—. Me asombra la ausencia de Ícaro, pues es conocida en todo Knosós la admiración apasionada que siente por Asterio. O, quizá, haya olvidado esta comida que él sugirió para hacerte gustar, al mismo tiempo, las exquisiteces de la mesa, la fúnebre lamentación y los

cantos dionisiacos, como una forma de endurecerte el corazón. Estos descuidos de detalle o groserías, si prefieres, prueban su condición de hijo de una esclava; también, explican su insistencia cargosa para que lo haga ingresar como funcionario de la corte —como si en verdad fuera lo único que le importaba, se entretenía en jugar con un tenedor de oro y marfil; habría traído parte de la vajilla del palacio. No adivinaba el motiva real de esta comida.

Se estremeció, al distinguir en el coro el tono tierno de la voz de Eglíida, ¿sería, en verdad, el de ella? Caminó hasta el sitial, necesitaba este tiempo para coordinar la, respuesta, una respuesta de Ícaro:

—Ariadna, sólo tú podrías organizar esta comida —dudó en recostarse, decidió tomar asiento—, tú o Ícaro cuya ausencia deploro —los ojos de Ariadna no mostraron el menor cambio, ni siquiera en el brillo—. Lo lamento, pues estos coros y manjares lo harían más feliz que a mí o a Teseo: sabe gustarlos, pese a ser hijo de una esclava y nosotros de dioses y reyes.

Teseo calló como si no fuera aludido.

—Tienes razón, pero aun falta algo para que puedas juzgar mi calidad de anfitriona —con el tenedor, golpeó la patera de bronce que pendía en un pie de coral negro; dos esclavos trajeron una gran tinaja sellada, colgante de parihuelas—: ¡el famoso vino de Samos! —Miró con aire de complicidad a Teseo.

Asterio comprobó, en esa mirada, que los ojos del muchacho ya no eran tan cristalinos. Los esclavos comenzaron a servir el vino.

—Tú sabes que nunca me han servido vino, aunque yo ignore la razón. Ni siquiera cerveza, que tanto beben los egipcios, nuestros primos.

—Minos cambia sus leyes a la par de tu apariencia y costumbres... Me ha autorizado a que te lo ofrezca en homenaje a Teseo, que hoy será el «árchoon téos póseos», director del banquete, y... como despedida por mi muy posible Viaje a Naxos...

El ateniense estaba tan sorprendido como él mismo.

—Ya que por primera vez alguien es considerado tal, aquí, te ruego Teseo que pruebes el vino, ordenes las mezclas y des tu opinión —levantó el tazón de cristal de roca con lirios tallados.

—Es la bebida creada por Dionysos, el más encantador de nuestros dioses, que se parece bastante a vuestro Velchanos. Camino de Nysa, Dionysos encontró una planta desconocida; para conservarla guardó el tallo dentro de un hueso de ave. Prosiguió el viaje, mientras tanto la planta crecía, entonces se vio obligado a cambiarla a un hueso de león; camino adelante tuvo que encerrarla en uno mayor, de asno. Llegado al término plantó el tallo, que ya era imposible separar de los huesos, y de él nació la vid. Por ello, su fruto alegra a los hombres como pájaros, su mosto los transforma en leones, pero si beben en demasía se tornan semejantes a los asnos. —Bebieron y agregó—: Pero Ariadna nos ha prometido otra sorpresa; al parecer, también otra costumbre egipcia, muy de acuerdo con este banquete.

—Si, Teseo, los pueblos cultos no temen imitar a los extranjeros —sonrió irónica y volvió a golpear la pátera de bronce.

Apareció un esclavo nubio vestido a la egipcia. Llevaba en las manos una caja alargada y abierta. Se acercó reverente y mostró el contenido, una pequeña momia, mientras susurraba:

—¿La ves? Mírala bien. Come, bebe, huelga ahora, que muerto no has de ser otra cosa que lo que ves —el esclavo repitió la escena ante cada comensal y salió. Ariadna permanecía con la mirada fija en Asterio; con algo de premonición agregó:

—Teseo lo dijo, es una costumbre de nuestros primos de Tebas durante los banquetes, y no sólo en los fúnebres o de despedida. Para las fiestas de la Fecundidad vendrá Amenhotep, el hijo del Faraón, y podrás comprobar todo lo que tenemos en común —ahora se dirigía a Teseo—. Los faraones tienen por costumbre elegir las hijas de reyes o emperadores poderosos para mujeres de sus herederos. Tutmés casó con Mutemaya, la hija del rey de Mitani —sonrió irónica—, resultamos más económicas que un ejército de ocupación... También, invitan a los hijos de reyes y a los de las familias principales, los educan a la egipcia y, luego, tienen cómodos aliados o involuntarios emisarios... Son los poseedores del hiq, ese cetro que el Faraón les obsequia como irónico cayado...

—En cambio, los helenos somos, o seremos, totalmente libres —levantó la copa—. ¡Por vuestro Velchanos, que un día será nuestro Dionysos!

Había desfilado la mayoría de los postres, los almendrados dulces de los lutanus y mitanios. Los esclavos retiraron las mesillas. Casi al mismo tiempo, cesaron los coros. Las luces de los lampadarios, con sus fustes de yeso cristalizado, disminuían. Sopor desconocido lo incitaba al sueño. El vino era delicia que perturbaba la visión y volvía amable las cosas, hasta la sonrisa de Ariadna se dulcificaba. La vio tender la mano, reptar entre los platillos y tazones de piedras duras, y cubiletes de esa cerámica de Kemarés que enorgullecía a Ícaro. Como para cubrir el movimiento de esa mano, levantó un cubilete, las paredes eran tan delgadas que parecían cáscara de huevo. Ícaro no volvería. Rompió el precioso objeto, los trozos golpearon sobre el mármol de la mesa, el licor de loto le bañó la mano. Brillaba dorada su mano, nunca la había visto así; infinidad de cosas que sus manos aun no habían realizado.

Imperiosamente, Ariadna tomó la mano de Teseo; se abalanzó sobre él y lo besó con ardor. Simuló dormir, o quizá esto fuera la ebriedad. Ariadna se incorporó, con un ademán despidió a los camareros y esclavos. Ningún testigo. Algo inesperado tenía que suceder, el motivo real de esta comida. Ariadna se pegó al oído de Teseo; sólo pudo escuchar:

—...mañana salen naves de guerra para Naxos, con soldados para las guarniciones de las islas, pueden llevarnos —perdió varias palabras, un susurro insinuante—, salir del palacio será muy fácil en mi compañía, imposible sin mí. Te espero en mi cámara. —Luego de comprobar que los esclavos se habían retirado, desapareció tras el cortinado.

Silencio pleno de minúsculos ruidos. Teseo quedó largo rato mirándolo; no se atrevía o, acaso, se hubiera dado cuenta de que simulaba dormir. El silencio y la soledad los ataba. Teseo tendió las manos, miró el adverso y las palmas; sus ojos verdes se volvían más Oscuros, lo observaba con indeciso movimiento de cabeza; llevó la derecha hasta la nariz, la apoyó en ella, aspiraba un perfume, la mano de Ariadna, el cuerpo de Ariadna; se mordió el índice, un rojo hilillo de sangre. Miró en derredor, ojos turbios de vergüenza y angustia. Se balanceaba, nave que al amanecer empujan al mar. Las manos buscaron bajo la colchoneta de pieles de lince y los cojines de plumas de papagayo del camastro.

Cerró aun más los ojos, Teseo vería sólo un línea de obscuras pestañas. Unes instantes, el ruido de las gotas de agua en la clepsidra. Choque de bronce contra el mármol; se estremeció, tendría que ser uno de los espadines de los oficiales de la guardia. Sólo un instante más, podría saltar y derribarlo empujando él catre. O quedarse inmóvil hasta que Teseo le hundiera la espada. Agorácrito. En alguna parte, en el reino de Hades, los hombres se encontraban con los dioses, una parte de su cuerpo tenía derecho a ello. Un brillo metálico en la mano apuñada de Teseo. Un calofrío le recorrió el cuerpo, su hermana lo había entregado a Teseo, a su amante. La traición burda le repugnaba inmovilizándolo. Su familia no existía; estaba dispuesta a entregarlo por el único motivo. La cabeza se le llenaba de objetos y nombres solitarios. Agorácrito. La soledad. Tal vez, Ariadna hubiera obrado con piedad. El expolio. Teseo se incorporó, la respiración ansiosa. Una mano firme, pero femenina, se apoyó en el hombro derecho, el del brazo que sostenía Ja espada.

—Teseo, no hemos venido para matar a traición a quien tienes como huésped, no es heleno. Jamás te lo perdonaría Dionysos, ni tú mismo cuando estés sobrio. ¡Vete a tu cámara, Teseo! —ordenó Eglígida, en tono apagado.

Teseo cruzó el patio con paso indeciso de borracho. Eglígida tomó el arma. Lo miró dormir; esa mirada en una mujer le era desconocida, no entendió qué significado podría tener. Escondió, la espada, con incrustaciones de oro en la hoja, entre los pliegues de su túnica. Desapareció mezclándose con las sombras que proyectaban los candiles de terracota, colgados en dos altos caballetes de madera. Contuvo los deseos de barrer lo que restaba en esa mesa, lo que representaba esa comida con Ariadna.

X

Le pesaba la cabeza. «Preparar tu baño es una de las formas de mostrarte que no estás solo en el mundo». El chorro de agua en la tina y, luego, esa voz llena de matices e insinuaciones. ¿De qué modo presentaría Ariadna la muerte de Ícaro? Hasta era probable que hubiera imaginado una lucha entre él e Ícaro; ambos morían y Teseo quedaba libre de toda sospecha. Cuando llegó a la parte pública de sus aposentos, hacía rato que le esperaban los guardias. El resplandor del sol entraba por troneras y respiraderos.

Los siguió de prisa. Antes que la actitud de Teseo, le importaba más ver a Eglíida. Nunca había tenido tiempo de agradecer a alguien; ver su cara, los ojos, esa mano posada sobre el hombro de Teseo para protegerlo. La primera vez que alguien interponía su mano para protegerlo.

Teseo esquivó su mirada, con Gilgamesh ayudaba a Pirítoo, en un ejercicio de volteo. Sus ojos siguieron buscando. En el gimnasio, Eglíida enseñaba a Samia y Mera ejercicios de caballete; sobre toros de madera con movimientos articulados, realizaban saltos y brincos bajo la dirección del jefe.

Aunque no era posible que hubiera escuchado sus pasos en la arena, Eglíida se volvió para saludarlo, la sonrisa, no conocía su sonrisa. Calló el deseo de agradecer, ya encontraría otra forma. Samia y Mera, las dos morenas originarias de Caria, que habían acompañado con la lira licia el baile de Letea, ocultaron la cara para no saludarlo. No lo perdonaban. Siguió, los ayudantes y las sacerdotisas le abrían paso. El hijo híbrido de Pasifae. Remeció la cabeza con rabia. «La maternidad no tiene gran cosa que ver con lo casual...». Sin embargo, debía haber apoyado su mano en la losa donde se perfilaba ella, nunca había tocado esa piel. No era posible que significara tan poco, tan nada, para esa mujer que cuando el toro de Maratón mató a Androgeo, su primogénito, había enternecido con llantos y lamentos a toda Kreta; tanta desesperación mostró por la muerte del famoso atleta, que Minos se vio obligado a reclamar esa venganza anual que eran los rehenes, esos adolescentes que lo rodeaban hasta la muerte. Sólo guardaban una esperanza, muy remota, de que Minos, en magnánimo gesto de admiración, les acordara la libertad. Sólo había sucedido una vez. Una mujer de Kíos arrancó el aplauso de los profesionales, hasta de las viejas y viejos que ya se contentaban con vestir los hábitos sacerdotales. Acaso les daba ánimo para sobrellevar la angustia, no sólo esta remota esperanza, sino que, salvo una cornada en el corazón, la agonía era muy dolorosa.

En la pausa larga del mediodía, Teseo lo miró por primera vez. Fue a sentarse a su lado.

—¿De qué te acusas, puesto que no te atreves a mirarme, luego de haber estado a mi mesa?

Dudó, por fin, lo miró abiertamente.

—De haber bebido en exceso, Asterio; de haber aceptado que Ariadna me llevara

a la mesa de alguien a quien debo matar —se contuvo, turbado por la amarga sonrisa de Asterio—. ¿Te ha dicho algo Eglígida?

—¿Qué podía decir? —exclamó Eglígida, que ayudaba con las otras mujeres a servir la mesa donde sólo se ubicaban los hombres, según la costumbre helena.

Teseo la miró indeciso, prefirió dar el golpe más audaz:

—Que ayer estuve a punto de traicionar las leyes de la hospitalidad y matarte, cuando estabas ebrio. Eglígida lo impidió, pues ella parece más dispuesta a entregarse al enemigo, por amor.

—¿A qué enemigo? —lo interrumpió Eglígida, fuera de sí—. ¿Te olvidas que Atenas esclavizó a toda mi familia, que mi hermana ya fue entregada a Minos, y que como botín de guerra formo parte de los rehenes? Y mi sangre es helena, de la Lacedemonia. Sólo ignoras una cosa, Teseo, si yo quise antes matar al Minotauro, era porque tú serías la próxima víctima. Algún día volverán a nuestra tierra mis hermanos menores. En cuanto al amor, si lo fuera, ¡deja en paz el mío, que es honrado, y avergüénzate del tuyo que ya bastante provecho le sacas!

Teseo se incorporó enfurecido:

—Asterio, ¡cómo príncipe de Atenas te reclamo la vida de esta mujer!

Le tomó por él puño la mano que había alzado amenazante y se la bajó.

—Teseo, no olvides que aquí no estás en calidad de príncipe, tú mismo lo afirmaste. ¡Guay de que levantes la mano contra Eglígida!

Terminaron la comida y el reposo de la siesta en silencio. Nada dijo a Teseo sobre su confesión, ya era un sobreentendido. Miró alejarse a los varones, escoltados por los guardias. Los precedía Teseo, la cabeza erguida, gallo de riña. Los atenienses habían apostado a su astucia y furor. Llevaba de la mano a Pirítoo, como si, por primera vez, quisiera hacer notar su amistad; les seguían Eleuterio, cuyo nombre, amante de la libertad, sonaba a irrisión: Plistenes, el silencioso, y Anteo, el libio de piel atezada pleno de fuerza y soberbia; todos pertenecían a esa gente aristocrática cuyo deber primero era luchar y morir en batalla. Gilgamesh caminaba como si no perteneciera al grupo, su destino era distinto.

Comprendió que este mirar y pensar en Teseo y los efebos que se alejaban, hacia la arena, era una forma de temor, dulce y diverso temor, de encarar la mirada de Eglígida. Lo hizo decidido. No quería preguntarse a qué amor se había referido Teseo y luego ella. No tenía nada que preguntar, la sola idea era absurda; sólo atinó a decir:

—Eglígida, puedes conservar la espada que guardaste anoche:

—Es igual que si estuviera en tu poder, Asterio —las manos le temblaron al cubrirse con el tocado de lanilla, que aún conservaba restos de sangre, manchas grisáceas que habían resistido el lavado. Le bastó un movimiento de cabeza para que la siguieran Samia y Mera, las dos chiquillas músicas, y Filobía y Lisímaca.

Echó a caminar tras el grupo de doncellas; con sus cuerpos cubrían el de Eglígida. Todos esos seres, que marchaban bajo el sol levantando leves porciones de arena con sus botinas negras, iguales para los dos sexos y que usaban por obligación técnica en

los ejercicios, todos le pertenecían. Por primera vez, su deseo se tornaba menos exigente, su instinto menos acuciante; entre los sexos y posibilidades de placer estaba Eglígida. No quiso pensar más; como antes por causa de Agorácrito, ahora descubría otra forma de clasificar, de dividir a los seres que le entregaban con la obligación de destruirlos. Aceleró el paso; al adelantarse a las muchachas sólo quiso ver las manos de Eglígida: se abrían y cerraban nerviosamente, las manos nerviosas de Galeos. Bastaba con que los nervios entorpecieran un movimiento para caer sobre los cuernos del toro, aunque este nada hiciera para hendir esa pesada mole de carne, huesos y músculos. La primera vez que un muchacho cayó ensartado en sus cuernos, el golpe estuvo a punto de torcerle el cogote. Se calmó al recordar la serenidad con que ella había enfrentado a Teseo.

Debía enseñarles el doble salto en el aire, partiendo de la cornamenta hasta caer en pie en la parte trasera del toro, el posterior salto a tierra carecía de importancia. Alguien resultaría herido, siempre había sucedido así.

En el palco real el único sector ocupado en las tribunas, debía estar un invitado de importancia; lo cubría del sol, aún cálido, el toldo adornado con flores de lirios. Le pareció que Ícaro se había ocultado tras uno de los sitiales. Se fastidió, veía a Ícaro por todas partes; necesitaba que él dijera cosas inesperadas o irónicas, que mintiera. Quizás fuera alguno de sus hermanos que gobernaban en las islas Cícladas, o el pariente de Pasifae, tirrante de Samos (de esa voz bereber que significa castillo, la gente había derivado «tirano». Ícaro se lo había dicho). ¿Cuándo volvería Catreo, el heredero del trono de Minos? Las mujeres, con el apoyo de Pasifae, terminarían por despojarlo. Quien fuera el visitante regresaría desilusionado al no ver terribles escenas de violación.

Uno de los profesionales se aprestó para realizar la prueba. Eglígida había recuperado la calma. Lo arriesgado era el comienzo. Un salto y apoyo con las axilas en los largos cuernos del toro, con el mismo impulso y la flexión de brazos brincar hacia arriba para la vuelta. Bastaría el mínimo error o que el toro moviera la cabeza, para que los cuernos, en lugar de servir de apoyo, se hundieran en el pecho del volatinero.

Los toros utilizados en la prueba eran los más mansos por viejos; ventaja que podría volverse desventaja: no tenían suficiente fuerza para soportar el peso y el empuje del cuerpo.

El jefe de los volatineros realizó la prueba con soltura y justeza; la repitió con diversas variaciones y entre repetidos aplausos del palco real.

Los muchachos se despojaron de sus clámides y quedaron con sólo los taparrabos. Se volvió hacia Teseo, la lógica y la costumbre establecían que fuera el primero; comprobó, con asombro, que aún estaba nervioso. Si resultaba herido, Eglígida pensaría que se había vengado. Miró como si buscara un voluntario. Las sacerdotisas y los ayudantes lo contemplaban sorprendidos: el Minotauro dudaba, el Minotauro escogía. Gilgamesh avanzó sonriente, como si se adelantara para cantar la

prueba. ¿Por qué la persona menos esperada salvaba, siempre y entre los hombres, las situaciones imprevistas?

Saltó; el viejo toro realizó un movimiento como para espantar un insecto que lo molestara. Algún grito sofocado. Con increíble rapidez, Gilgamesh transformó el salto en un pase lateral por elevación, apoyándose con la mano izquierda sobre la cruz del animal. Muchos se habían desgarrado el bajo vientre, en este salto simple en apariencia. Rebotó elásticamente en tierra. Se acercó, le brillaban los ojos:

—Lo haré bien y, al repetirlo, me heriré en la axila. Cuestión de sangre y poco peligro, ¡si tengo suerte! Necesito que me vean herido —sonriente, continuó en la tarea de restregarse las manos con piedra de talco.

Sólo realizó una vuelta sobre sí mismo en el aire, pero el salto tuvo elegancia superior a la del profesional. Daba la impresión de que improvisaba los movimientos, de que, en el último instante, se decidía por uno, desde luego, el más puro de línea y ritmo.

Terminados los aplausos, saludó como no era habitual lo hicieran ellos. Volvió a enfrentarse con el toro, sus movimientos carecían, ahora, de espontaneidad, todo estaba medido y calculado. Al cabo, de un momento, se escucharon gritos de horror. Lo había realizado. La gente del palco gritaba espantada, como parte de su placer.

XI

El asistente de Akashan revisaba la axila de Gilgamesh. Nada grave, pero por un tiempo tendría que reposar. Sonrió. Los instrumentos de la cauterización enrojecían al fuego. Le espolvoreó la herida con menfita. De vez en cuando, la voz se le entrecortaba; no querría soltar gemidos, más por amor al espectáculo que por coraje o entereza.

Con delicadeza semejante a la que Gilgamesh había empleado en el salto, el asistente cauterizó la herida con una varilla de oro. La vida de algunos hombres tenía un ritmo perfecto. La sonrisa de Gilgamesh se convirtió en mueca, la frente se le cubrió de Transpiración; se retorció con la elástica continuidad de las serpientes sagradas. La mano de Eglígida avanzó con un paño y le enjugó la frente; como si descontara su aprobación, había decidido acompañarlos. Debía ser muy femenino este afán de apegarse a las heridas, al sufrimiento. Ella lo miraría puesto que estaba en pie, a la cabecera de Gilgamesh; sus pestañas, como esos grandes abanicos de plumas de avestruz y garza que solían usar los faraones y los reyes de Babilonia, permanecieron bajas. Temía encontrar su mirada; le bastaría con ese homenaje callado, insinuado. Para Ícaro, las mujeres vivían más cómodas entre insinuaciones, las insinuaciones no tenían límite.

Cesó el leve olor a carne quemada. Sin esperar indicación, Eglígida volvió al anfiteatro, donde sus compañeras continuaban los ejercicios. El asistente terminó el vendaje, debía conservarlo por unos días. Cuando quedaron solos, Gilgamesh dijo forzando una sonrisa:

—Dentro de tres días, con la luna llena, regresa la peregrinación de Samos; conozco esa lengua, puedo huir con ellos. Cumplí lo prometido, ¿lo harás tú?

Asterio tendió la mano, jugueteó con los cabellos negros y ondulados, tan negros que parecían azules. Nunca había jugado con el cabello de alguien. Nunca había jugado. Era evidente, Ícaro estaba vivo pero se escondía para castigarlo, para que aprendiera a valorar su presencia. Vendría en el momento justo, cuando, con su inteligencia, dedujera que el Minotauro ya no podría estar sin él. Los hombres especulaban en todo: Ícaro tendría que explicarle las normas que guiaban la especulación. Miró en derredor, Gilgamesh solo pensaba en huir. Eglígida desconocía el mundo de los hombres, que era el mundo de Atenas, de Agorácrito; por el contrario, y esto lo percibía en la piel cuando ella se le acercaba, necesitaba que él la protegiera, con protección de palabras, de imágenes, de todo lo que era impalpable y carecía de cuerpo. Angustiado miró a Gilgamesh; desde la luna llena quedaría solo. Teseo giraba como la rueda de un carro en el eje de Ariadna y Fedra. Las alas de Ícaro. Todos los rehenes tendrían que morir; se aterró, entre ese «todos» estaba Eglígida. Era errado vivir entre condenados a muerte; por ello los dioses se apartaban de los hombres y sólo descendían para castigarlos o gozarlos. No quiso pensar más en Eglígida.

Gilgamesh se había dormido o, acaso, simulaba estarlo para descansar del papel heroico que representaba. Al imaginar tantos héroes, terminaría por creer que lo era, algún día sería el Minotauro y trataría de encontrar explicación para todas sus monstruosidades, y la gente que escuchara sus himnos terminaría por amarlo; en el peor de los casos, por tenerle compasión. Volvió a hundir su mano en el pelo ondeado. ¿Cómo era posible que todo estuviera en esa cabeza, en esa urna de hueso que él podía destruir a su capricho sin que nadie se lo reprochara?

—Sí, Gilgamesh, cumpliré lo prometido —susurró.

Al atardecer volvió del anfiteatro; escuchó voces en el improvisado dormitorio de Gilgamesh, una piecita vecina a la de las ofrendas. Una carcajada recorrió la galería. ¡Ícaro era amigo de Gilgamesh y lo visitaba en su ausencia! ¡En el fondo eran tan semejantes! Apretó el paso, casi corría.

Entró en el cuarto; Gilgamesh estaba solo, con sus tablillas de cera y un gran rollo que parecía papiro o pergamino sobre el camastro; como para ocultar algo, exclamó con ademán y tono excesivos:

—¡Mira, Asterio!, un rollo del nuevo papiro, veinte planchas unidas, de tus primos los egipcios. ¡Aquí escribiré el himno de Knosós, tu himno, tu epopeya!

Casi no escuchaba, ya no le importaba que su historia recorriera la tierra; había algo más perentorio:

—¿Quién te lo trajo?

Gilgamesh cesó de sonreír, de su respuesta dependía su libertad y su vida; de nuevo, tendría que saltar y encajar el pecho entre dos afilados cuernos.

—¿Quién crees que puede traer cosas inesperadas? Yo sólo traigo palabras, imágenes, ideas. Las cosas materiales nuevas, inventadas, sólo pueden llegarnos por manos de Dédalo o su hijo. Ícaro apareció tan de improviso cómo desapareció —sus labios permanecieron semiabiertos, como a la espera de la yema del índice.

—Sí, sólo Ícaro —lo esencial ya lo sabía. Ícaro estaba vivo. Comenzaría a rondarlo a través de la gente que lo rodeaba para que lo adivinara en el reflejo de los otros, para que ese reflejo hiciese más deseable la realidad. Teseo sería el próximo visitado, con Eglígida no se atrevería. Entre el mundo de los hombres y el de las mujeres, los helenos habían levantado un muro de venganzas—. ¿Te sientes mejor? No rías tan fuerte. Es necesario que la gente pueda creer, durante un tiempo al menos, que has muerto de tu herida. Dile a Ícaro que no cometa el error, también él, de reír con su risa tan peculiar que todos, hasta los esclavos, conocen en Knosós —tuvo deseos de golpearse la boca, no había resistido la tentación de enviarle ese mensaje simulado—. Aunque es mejor no le digas nada.

—No le diré nada, Asterio, todos saben que él ríe por cualquier cosa, aun por las que hacen llorar a los demás —respiró—. Yo pensaba utilizar parte de este papiro en enseñarte a escribir, a emplear tu mano como nosotros. Mejor que como la utilizan en mis antiguos países —sonrió seguro—. ¿Sabes cómo escribe uno de esos reyezuelos a tu primo el Faraón? Escucha pero no aprendas: «Al Rey mi señor, mi dios, mi sol,

digo lo siguiente: yo, Jazanu, tu servidor, polvo de tus pies, pezuña de tus caballos, me revuelco boca arriba y boca abajo siete veces en el polvo de los pies del Rey mi señor, sol del Cielo», y termina: «Soy servidor del Rey, perro de su casa y guarda de toda la tierra de... por el Rey mi señor».

—No tendrás tiempo de enseñarme, Gilgamesh, y alégrate de que en Kreta no amemos a los serviles. Y alégrate tú, y tu príncipe Teseo, de que no seamos como en Escitia, donde las mujeres revientan los ojos de sus prisioneros de guerra para disfrutarlos de una manera más libre y encubierta.

Despertó sobresaltado, miró la clepsidra y luego el ducto con el respiradero y juego de espejos. Medianoche, la luna iluminaría un calmo y frío paisaje. En la mesa de alabastro y mármol, junto al pilar votivo, divisó una bandeja dorada con las frutas y dulces que prefería, hasta una rosa que habría salido del jardín de la reina Pasifae. Creció su asombro: en el trípode cercano a la cama, una urna policromada con guardas y adornos egipcios. La abrió: un rollo de papiro semejante al de Gilgamesh, pinceles de pelambre muy fina y numerosos pots con tierras de colores diversos.

Se incorporó ansioso, agregó aceite a los candiles, encendió todos los del caballete de su cámara. Tomó uno de los pinceles, no sabía sostenerlo con la debida habilidad. Puso agua en un tiesto, destapó los pots, tenía que mezclar agua y color, como había visto hacera uno de los pintores en el patio cubierto. No sabía cuál elegir: ese color verde oscuro como los cedros o los cipreses, o ese rojo coral, los labios de Galeos sobre el mármol; el celeste azulado, los ojos de Eglígida; y ese dorado como el pelo de Teseo, no, como el de Agorácrito. Los colores del mar. Los colores de la piel de las personas. Los colores de las tierras rojas, pardas, amarillentas de Kreta. Los colores secretos y libres. Los colores de las llamas, el fuego y el humo. Los colores de los peces, del arco iris de Febo, de las quillas bajo él agua. Los colores de los sexos más sombríos o rosados y dichosos, y los senos. Los colores canelas, azules y pardos de las columnas del palacio. La mano le temblaba angustiada, indecisa, turbada, como la primera vez que la tendió para mirarla y descubrir que era una mano; ebrio como la noche del vino de Samos. Escoger un color, deseos de gritar, un alarido, escoger. Hundió como un cuerno el pincel mojado en el pote más cercano. Chorreó la sangre sobre el mármol. Desesperado, en un quejido mitad mugido, corrió hasta la pared blanca; todo ese espacio blanco lo incitaba, lo esperaba desde el tiempo de la cueva, anudado, acoquinado en un rincón. El tiempo le faltaba, le faltó. Las líneas de colores, las manchas, brotaban de su mano. A su voluntad el rojo y el azul, el sangre de toro y el canela. Las cosas, los mundos misteriosos que hacían los otros hombres con manos, en los talleres, en las paredes del palacio, de los palacios de las cien ciudades de Kreta. La superficie perdía su blancura, se tornaba colorida. Debía estar naciendo el sol. Se detuvo aterrado, ansiosa la respiración. No podía expresar con signos las palabras, como lo hacia Gilgamesh. Gritó espantado, un mugido de

auxilio. Estaba solo. Dejó caer los pinceles. Se arrojó de bruces en la cama, blanda, compasiva. No sabía, no podía; temblaba de furor, como solía temblar la tierra de Kreta, ella tampoco sabía expresarse por signos. Alzó la cabeza. Un tiritón le recorrió el cuerpo: de las rayas, líneas, rectas y curvas, de las manchas, voluntarias o involuntarias, que había trazado en la pared, surgía la cabeza de un toro.

Se incorporó muy despacio, tenía miedo de espantar a ese toro, que había brotado de su mano. Miró su mano. Los dedos amoratados le dolían. Tomó una de las lamparillas portátiles, la encendió.

Caminó de prisa, necesitaba ver, comprobar. Se acercó a la cama de Gilgamesh. Dormía o lo simulaba. Las sombras de los ojos le habían crecido, se desparramaban por sus mejillas. Ícaro podría haber escuchado el ruido de sus pasos. Necesitaba la prueba. En toda la sabiduría de los hombres siempre existía una zona imposible de alcanzar: la magia, su magia. Hundió los dedos, la mano dolida de los pinceles, entre el suave y negro cabello. Su lamparilla y el velador, que habían dejado encendido, mezclaban las sombras de su cuerpo. El signo, tendría que pasar a su mano; miró la derecha del durmiente. ¿Dormía, acaso? La piel, el cuero cabelludo, había temblado al contacto de la yema de sus dedos. Los dedos de Gilgamesh reposaban, pero no totalmente. Posó su mano en la de él; Gilgamesh simulaba dormir, no le cupo duda. Sólo importaba que pudiese obrar. Era dueño de ese cuerpo. Ellos mismos decían: «los bárbaros nacieron para esclavos; a los helenos debes tratarlos como capitán, a los bárbaros como amo; para aquellos la cortesía debida a los padres o amigos; para estos los métodos de aprovechamiento usados con plantas y bestias». Pero no podría arrancarle ese poder de escribir signos que significaban cosas.

Abandonó la pieza, escuchó un respiro de alivio: Su sombra variaba, crecía o se acortaba de acuerdo con las distancias. Dos guardias se ocultaron tras las columnas del patio. Alguna vez, les preguntaría que pensaban de él, qué decía la gente de la casta de ellos. No debían pensar, ¿y si fueran personas semejantes a los nobles, a los ricos, a quienes mandaban y eran poderosos? Un legislador heleno, que no recibía las tablas de la ley de Zeus, había pensado cosas muy extrañas, más que el rey Hammurabi y que el príncipe Amenhotep, de Egipto, había pensado que demos, el pueblo, podía gobernar. Minos y Egeo harían que lo exterminaran; era necesario matar a la gente que pensaba cosas insólitas.

La luz dio sobre la cara de Teseo, cubierto hasta el pecho con su capa invernal. Contuvo el deseo de introducir su mano entre los rulos rubios y cortos; no sabía lo que pensaba, lo que podría transmitir esa cabeza a su mano. Manejar una cuadriga. Los helenos dormían profundamente, agotados por los ejercicios y el miedo. Al lado de Teseo, puede que para protegerlo con su sombra, porque los cuerpos emanan un halo protector o destructor, dormía Pirítoo, el hijo de Ixión, el más joven de todos ellos.

De nuevo en el patío, dudó. Dos lámparas mortecinas, candiles de terracota, iluminaban el gineceo. Nadie podría interrogarlo sobre sus acciones, los helenos

mismos lo afirmaban.

Entró decidido, iluminó la cama de Eglígida. Dormía, toda esta gente tenía sueños más calmos que los suyos; como dormía antes de que Agorácrito comenzara a interrogarlo. Tendió su índice y repasó los labios. Ella tampoco debía morir; salvarla y salvarse. Podía, con las alas de Ícaro.

Regresó a su cuarto, todos los colores estaban en orden y los pinceles limpios; tomó uno de ellos, trazó unos signos en azul junto al toro multicolor. Abandonó el pincel con desaliento, no eran los signos, no existía esa especie de magia. Se tendió en la cama, una sombra, un halo protector lo rodeaba. Los ojos se le humedecían, no sabía si de pena, de alegría o de amor. La magia.

XII

—Ríe de nuevo, eres el único que lo haces con alegría. Ríe, ríe, aunque te duela la herida.

Gilgamesh rio dichoso.

—Aunque me doliera mil veces más, no habría de perder esta vida que me regalas. Tengo las monedas fenicias con que has pagado mi lección de escritura; tengo algo más importante, aquí —se golpeó la frente, luego el pecho—, más importante que mis monedas y que mi bártulo de peregrino: el himno que escribiré. Algún día he de volver, Asterio, porque sentí tu mano sobre mi mano, tu mano entre mi cabello.

—No me hallarás, Gilgamesh —el vocerío aumentaba—. Vamos, tienes que seguirme en silencio y obedecer. Pronto, los últimos peregrinos dejarán el palacio rumbo a Amnisós.

—Todo está previsto, Asterio, hasta el caballo que me llevará al puerto.

No quiso preguntarle de dónde surgía ese caballo que sólo poseían los nobles y los jefes militares. En los dos días transcurridos, Ícaro había estado presente, como el aire, pero sin dejarse ver de él.

Los guardias se alejaron en su ronda. Lo guio hasta el pasillo y abrió el pilar. Gilgamesh, con su bulto de viajero, se incrustó en su cuerpo, como Ícaro cuando le hizo conocer la camareta. Si no temiera lo que podría ver en las habitaciones de su madre, lo habría dejado ir solo. Las luces de las escaleras y las salas llegaron más rápido, hasta las imágenes de los delfines surgían más claras y nítidas a través de las losas.

Ninguna voz, nadie estaba en las cámaras. Empujó a Gilgamesh para apresurar la marcha. Con la misma prisa recorrieron el pasillo de la reina a la luz de los espaciados candiles. Se lo confesó: deseaba terminar con la huida para volver y escuchar la voz de su madre, aunque debiera esperar toda la noche; Ícaro lo había predicho. Gilgamesh accionó el resorte de la doble hacha en relieve, conocía el camino mejor que él mismo. Entraron en el pasillo de los almacenes. Los envolvió el olor a mosto y a, vino nuevo. La vendimia y las bacanales de Velchanos, el Dionysos de Teseo. El olor le produjo sensación de mareo. Un bulto surgió en la penumbra; Asterio cubrió con su cuerpo a Gilgamesh. La sombra alzó las manos en señal de reverencia e inclinó la cabeza.

—Asterio, mi señor, puedes hacer de mi lo que te plazca —Ícaro le tomó la mano y se la besó—. Señor, yo acompañare a Gilgamesh y luego volveré a buscarte. Hoy es noche de plenilunio y, de acuerdo con lo convenido, Dédalo te espera.

Se alejó sin aguardar respuesta, seguro de si como nunca. En silencio Gilgamesh le besó la mano. Los pasos de ambos se apagaron.

Quedó inmóvil entre el vaho del vino. Teseo podía avanzar en la sombra. Gilgamesh e Ícaro lo habían usado para sus fines; no podía luchar contra los hombres

de igual a igual. Se estremeció: los besos de Ícaro y Gilgamesh en la mano; con su boca jamás lograría un contacto semejante. Su boca, su hocico. Eglígida. Inmóvil, confundido, angustiado. La voz de Agorácrito le repite: «Piensa, Asterio, relaciona estas cosas y tus actos, tus acciones. ¿Por que deseas estar conmigo? Piensa». Había momentos en los cuales creía alcanzar la cima del Juktas y rodaba por la ladera, hasta lo más hondo. Agorácrito.

Ícaro ocupó el lugar, borró la imagen.

—¿Qué has hecho de Gilgamesh?

—Lo entregué a alguien de la nave que parte para el reino de Cócalo; viajará como sobrino de Dédalo, allá, donde yo quiero llevarte. Mi padre nos espera. Te ruego, mi señor, que cubras tu cabeza con esta mitra senaar y tu cuerpo con esta capa de magistrado, andaremos fuera de palacio.

Se dejó llevar en silencio. El toro castrado se vuelve buey manso y queda uncido al arado. Las primeras respuestas tras los pasos y las preguntas de Agorácrito. Tenía que seguirlos; el deseo de huir, por un sistema de contrapesas, como decía Ícaro, sólo conseguía someterlo.

Canciones de bacanales. Los últimos peregrinos se dirigían al puerto.

—Aunque sólo se emplee una hora de caminar normal, llegarán al amanecer.

La voz de Ícaro sonaba excesivamente amable, debía ser otra cosa lo que deseaba decir.

Atravesaron un portal de piedra y montaron en un coche, que cuidaba un esclavo; casi era un carro de guerra arrastrado por dos caballos. Ariadna y Teseo utilizarían uno semejante. El ruido de las llantas sobre las lajas cubría el de los cantos que se alejaban. Arrastrado por animales, estaba de lleno en el mundo de los hombres.

—Imagina, Asterio, mi señor, lo que sería volar —sonrió apenas, volvía a ser Ícaro.

En las faldas del monte Juktas, bajaron junto a un portal de columnas parecidas a las del palacio. Iluminados por la luna, pasaban entre ciruelos, membrillos e higueras que, a medida que trepaban en el cerro, se transformaban en pinar. Apareció una gran casa de extraña arquitectura. Visto desde allí, el palacio real cubría la meseta y los collados que la circundaban.

—Hacia el poniente, tienes el Pequeño Palacio, los caminos de acceso; del otro costado, la Villa Real, las villas de los señores con sus geométricas terrazas; el teatro y el anfiteatro con la arena, el bosque sagrado, la dehesa y los viñedos, extendiéndose como tentáculos de un pulpo. Más allá, el blanco caserío hasta el mar. Tu mundo y tu cárcel, mi señor Asterio. Yo te llevaré donde nadie podrá molestarte. Aprenderás a escribir, a pintar, podrás leer la biblioteca del rey Cócalo, que contiene pergaminos y papiros de más de mil años, toda la sabiduría de Egipto y Asia. Otro día verás mi colección de ánforas, vasos y ritones antiguos. Amo las cosas de cualquier tiempo que no sea el mío —a poco, se detuvo ante una piedra tallada—. Aquí tienes el polos, un ingenioso reloj de Senaar: la bóveda del cielo pero invertida, un hemisferio

excavado en esa piedra; en el centro tiene clavada la punta de un punzón, la sombra proyectada por este punto marca el curso y la posición del sol en la bóveda celeste. Lo novedoso fue graduar la circunferencia —evitaba mirarlo, hablaba casi continuamente como para no darle oportunidad de que lo interrogara.

Ante la puerta, los esperaba un hombre canoso, inquieto, diverso de Ícaro.

—Honras mi morada, hijo de Poseidón —susurró, mientras le indicaba el camino. A la luz de cirios de cera siguieron un largo pasillo. Lo miraba con la atención que podría acordar a un raro mecanismo.

—¿Estás comprobando la evolución de quien te debe la existencia?

—No puedo negarlo, mi señor. El hombre siempre se envanece de sus obras impares —el tono de la voz si era como el de su hijo: sedoso, envolvente, servicial.

—Deseo ver el aparato articulado que sirvió a mi madre.

—No lo tengo ya —dudó vacilante—. Pasifae lo mandó destruir, cuando alguien le dijo que yo lo conservaba —miró a Ícaro con fastidio y reproche—. Poca gente, nadie en verdad, ha comprendido que fue lo más importante realizado en la historia del hombre. Ni siquiera la reina lo comprendió. Las mujeres ven todo desde el punto de la honra o el deseo; lo demás no les alcanza —del tono de desprecio pasó a la suficiencia—. Al ofrecer una nueva visión y dimensión de lo monstruoso y su viabilidad, he dado a los humanos una nueva norma y pauta moral. Esto es lo que Ícaro y yo deseamos que comprendas. Por eso queremos, porque yo también lo deseo, llevarte con nosotros. Ya he mandado mis antiguas esculturas inmóviles a Sicania, no me satisfacen. En cierta manera eres, mi señor, una escultura móvil. Comienza a asfixiarme el rey Minos y sus estrategos. ¿Sabes qué hice antes de preparar los elementos técnicos y biológicos que permitieron tu nacimiento y que han guiado tu posterior desarrollo? Mientras Pasifae me rondaba instándome, durante un año medite la frase: «Se requiere decir y pensar que el ente es». Todos Los médicos de la corte y sus alumnos de entonces me ayudaron. Tú sabes que hasta los egipcios vienen a copiar algunos de nuestros conocimientos, tanto en medicina como en arte, y se llevan arquetas llenas de papiros —el aliento entrecortado volvía confusas sus explicaciones, no lograba asirlas totalmente; Ícaro le negaba el apoyo de su mirada—. Muéstrame tus manos, Asterio, mi señor. Sí, muy pronto, dos años, tus cuernos se transformarán en muñones, si antes no te dejas matar por Teseo. Sígueme. No te tortures, el pensar no descifra enigmas del mundo, antes bien los crea; ordenarlos es cuanto podemos lograr.

Corrió un cortinado que mostraba la figura de una cabra salvaje enlazada por dos cazadores; se encontraron ante una puerta de muy altas y anchas hojas de bronce. Empuño una llave. Un ruido metálico y la puerta se abrió en silencio, dando paso a un salón en el cual cabría el más grande de los barcos de Kreta, con sus dos puentes de remeros.

Los largos candiles se multiplicaban al reproducirse en los paneles bruñidos de las paredes. Lo poblaban centenares de pájaros inmóviles; no, sólo eran alas. Alas

fabricadas con los mas diversos materiales y a imitación de infinidad de pájaros que desconocía.

—Desde que comprobé qué el Minotauro podía vivir, olvide todo, hasta mi escultura, para dedicarme a estas alas. Serás la tercera persona en el mundo que las vea funcionar. No es la solución correcta —cuando se volvió para mirarlo y los candiles de un caballete le dieron de lleno, comprobó asombrado que tenía los ojos acuosos, vacíos, inquietantes—, si, la solución esencial sería anular la fuerza que nos ata a la tierra —se le cortaban las palabras, le resultaba fatigoso pronunciarlas—. Si yo tuviera la colaboración de los matemáticos egipcios e indios, ¡pero Minos se opone!

Pasaron a otro cobertizo aun mas grande, o lo parecía por la pronunciada pendiente del piso. Ícaro lo miró con mezcla de angustia y orgullo antes de subir a la plataforma, donde, posado en un caballete, aparecía un par de alas tendidas, muy rectas y de un material brillante como la seda. Tuvo miedo; como antes de Agorácrito, estaba rodeado de cosas cuyos nombres ignoraba. Ícaro subió despacio por la escalerilla. La voz fatigada de Dédalo agregó:

—Sólo he logrado utilizar corrientes de aire —hablaba para sí—, la tuerza necesaria esta en una materia que desconozco —soltó un grave quejido—. Yo también sufro, Asterio, yo también siento que la cabeza quiere reventarme, que casi no puedo respirar cuando me interrogo en vano y desesperadamente. Yo se que existe la solución y la encontraré, ¡la encontraré, si Minos y sus jefes me dejan en paz!

Ícaro había terminado de vestir una ajustada túnica color plata y se arreglaba el correa de las alas. Un inmenso pájaro; lo desconoció precisamente en lo que mas conocida de él: su cara.

—Debemos esperar el momento preciso en las corrientes; estoy comprobando el aire exterior —hundió más la cabeza en un cilindro de bronce, que descendía del techo y terminaba en una caja con espejos y un juego de pantallas movibles.

Un leve crujido y varió la posición de los paneles de reflexión, la luz disminuyó hasta casi extinguirse. Dédalo empuña una palanca.

—Ícaro, ¿recuerdas, exactamente, lo que debes hacer?

—Sí, padre. Si caigo con vida debo destruir las alas.

Los miró asombrado; la vida les importaba tan poco, como a él mismo ante el primer cargamento de rehenes.

—¡Prepárate! —Acciono otra palanca y parte de la pared del fondo se hundió en un foso. Las laderas del cerro aparecieron iluminadas por la luna—. ¡Listo!

Un largo chasquido acompañó el paso de Ícaro, ¿o debía decir vuelo?, lanzado por una especie de catapulta. Gritó algo, pero su voz fue cubierta por un ruido grave, como si se hubiera soltado la cuerda de un arco. El aire lo contuvo un instante al salir, corcovo de caballo, luego prosiguió el veloz deslizamiento.

Un ahogado sollozo de Dédalo. Tuvo miedo, estaban a oscuras, devorados por la luz lunar. Ícaro se disolvió en ella. Sólo en el palacio quedaban luces encendidas,

poseían aceite en exceso. Nadie lograría divisarlo, y, quienes pudieran descubrir el extraño reflejo lunar, jamás pensarían que se trataba de un hombre. Los dioses. Se repitió aterrado las frases; desde su propia imagen, había nacido para ver cosas increíbles. Dédalo corría de un aparato a otro.

—¡Triunfé! ¡Era así! Dentro de unos momentos regresará. ¡Sígueme!

Corrieron por un túnel iluminado apenas, y salieron a la otra vertiente de la estribación del Juktas; a gran parte de ella la cubría un colchón de pasto. Cuatro altos candiles marcaban el espacio, lo restante de la ladera estaba plantado con arbustos tiernos capaces de atenuar cualquier caída. Los sacerdotes y sacerdotisas debían protestar por el uso misterioso que Dédalo daba a esa porción del Monte Sagrado.

—¡Regresa! Ahora, todo depende de sus nervios. Se cuidará porque tú lo miras, Asterio —la voz se afirmaba y serenaba, lo restante del experimento no debía importarle—. ¡Llega; sígueme!

Corrió tras de él. Por un instante, la luna marcó la sombra de un águila inmensa. Zeus metamorfoseado en águila para raptar a Ganymedes. La sombra se posó con la delicadeza de la paloma de la diosa Dictynna.

—¡Habla! ¡Habla! —gritó repetidas veces, manteniendo la cabeza de su hijo entre las manos. Luego, con rapidez, desató las correas. El tintinear de los grillos—. ¡Habla! —gritó, remeciéndolo.

—¡He visto la tierra desde los aires, Dédalo! ¡Desde los aires, como Zeus! Como Zeus —la voz se le cortó. Cerró los ojos y respiró hondo.

—¡Más, más! ¡Quiero saber! ¿Pudiste respirar bien? —comenzó a masajearle la garganta, el pecho. Si hubiera intentado ayudarlo, Dédalo lo apartaría furioso.

—Al principio... fue difícil... ¡He visto tu palacio, Asterio! ¡Era Velchanos, te protegía desde lo alto! Muy alto... —volvió a tumbarse de espaldas, mirando al cielo. Quedó callado un rato, ausente, hasta que susurró, entre la respiración ansiosa de su padre—: Mira la luna, Asterio. Algún día llegaré a una altura que ni los dioses han alcanzado. Volaré hasta el sol.

—¡Basta, Ícaro! ¡Soy yo quien dispondrá hasta dónde debes volar! ¡Apresúrate, necesito revisar el aparato y, también, tu cuerpo! —Dédalo se alejó en dirección del túnel, caminaba como un ciego.

Ícaro se incorporó; lo miraba como si fuera un desconocido. Casi con furor lo abrazó estrechamente, intentaba ahogarlo.

—¡He volado como un pájaro! ¡Un pájaro! Soy mitad hombre y mitad pájaro. ¡Yo también soy un monstruo, un monstruo como tú, Asterio! ¡Un monstruo, Asterio! —Creyó abrazarse a sí mismo.

En silencio, la piel erizada, transportaron entre los dos las alas plegadas. Antes de entrar al túnel, divisó una larga y angosta cuadra para caballos; surgía de ella un gorgorear espeso, como el de una piara de cerdos.

—Por inteligente que sea Dédalo, no podría hacerlo todo con sólo mi ayuda. Es un medio centenar de esclavos, que mi padre eligió entre los más capaces de todos los

países —sonrió—; claro está, para que guardaran el secreto, se vio obligado a arrancarles la lengua. No te acerques, huelen demasiado, apestan. Ese que pende del plátano era demasiado inteligente y rebelde. Nada más cruel que el choque de dos inteligencias.

Atravesaron el túnel. Con los ojos casi pegados a los papiros, Dédalo revisaba una serie de dibujos; eligió y con un grafito obscureció uno de los trazos.

—Asterio: aquí tienes el recorrido de las corrientes de aire durante dieciocho años, tu edad exacta, en las noches de luna llena y en la zona de Knosós. En nada es posible improvisar. No es tan asombrosa mi obra, ya existe un tratado de diez libros con indicaciones sobre vientos, distancias y fondeaderos en nuestro Mar Verde.

Cerraron el gran salón del aire, tenían que darle nombre a cosas y acciones que no los poseían. En una salita, Ícaro se desnudó y tendió en la mesa. Por primera vez sus ojos se sentían obligados a contemplar un cuerpo humano que, como Zeus, volaba por el espacio. Tenía una rara y nueva seducción, belleza. Comprendió las miradas de la gente cuando lo exhibían en el patio cubierto.

En largo y paciente silencio, sólo interrumpido por su respiración y las anotaciones minuciosas en un papiro, Dédalo revisó a su hijo.

—¡Vete! ¡Llévate a Asterio! Lo restante de la noche lo dedicare a revisar las alas —dijo de pronto; luego, destapó una especie de columna trunca y escuchó—: Pueden ir tranquilos. El palacio está en calma. Perdona Asterio, pero la inteligencia debe protegerse de la fuerza, del poder. No me interesa lo que hacen los hombres con sus cuerpos; si como utilizan la inteligencia: el bien o el mal.

Cuando pasaron frente al reloj caldeo, se estremeció; «¡dieciocho años, tu edad exacta!». Luego, le brotó la imagen del rebelde colgado.

XIII

Se detuvo ante el espejo de Ariadna. A la luz del candil que permanecía encendido en el patio cubierto, durante la noche, no podía notar cambio alguno en sus cuernos. Solo, podría palparlos a gusto. ¿Era esto o conocer su edad o el vuelo de Ícaro, lo más prodigioso de la noche? Echó una mirada sobre la hermosa capa hilada en oro y seda por el taller del palacio y que le pendía de los hombros.

—Sigamos, Asterio, los guardias ya nos han visto levantados, tal cual era necesario.

—¿Necesario? —interrogó, sin cesar de contemplar esa espiral en forma de caracol, que significaba el infinito, y que en repetido festón adornaba la capa.

—Ya te explicaré —tuvo que seguirlo; le fastidió que, de nuevo, Ícaro recuperara su aire dominante, acaso más imperativo que nunca. Su hermano, el monstruo, mezcla de Zeus y la paloma de la gracia de Dictynna. La capa aleteó a sus espaldas y alzó la cabeza con orgullo; tenía derecho a usarla y, además, los tres collares de oro con flores de lirios.

Ícaro se dejó caer en la gran cama, tal si fuera la suya.

—Tengo el cuerpo deshecho. Nadie sabe lo que fue la tensión de ese vuelo, nadie puede imaginarlo, salvo los dioses. Los árboles, las rocas, los navíos, la gente como negros puntitos, pulgas, moscas. El silencio prodigioso, hubiera seguido horas, una especie de borrachera de serenidad, pero mi padre no se atreve. La gente de su tiempo no se atreve, inventa cosas pero le aterran los resultados. Somos distintos: rebelión y violencia. Verás cuando lleguen los aqueos ¿no me escuchas?

—Conservaré esta capa, me gusta.

—¡Por supuesto! —Se incorporó de un salto, presionó el marco de una de las placas de alabastro y apareció un arcón. Lo abrió con ademán ampuloso y tiró sobre la cama túnicas y capas. Su carcajada recorrió los pasillos—: ¡Sabía que terminarías por deseñarlas, pero no la primera vez que la usaras! —reía nerviosamente.

—¡Basta Ícaro! —Lo vio encogerse, algo de mecánico en el movimiento. Uno de los mecanismos de Dédalo. Ante su padre era un ser diferente, difuso, sometido.

—Existen muchas cosas que aún no conoces en tus habitaciones. Mi padre ha previsto el resultado de toda tu evolución —con ironía agregó—: Ha llegado la hora de que te preocupes, de que, al menos, recuerdes a Gilgamesh. Los poetas detestan ser olvidados. ¿Lo sabías? Tienen los defectos humanos multiplicados, ¡se imaginan sensibles! —Nuevamente soltó la risa; bastó una mirada para contenerlo—. Muy pronto, Teseo le preguntará a Ariadna y a Fedra.

—Pero Dédalo debe haberlo pensado todo ¿verdad? ¡Ícaro! ¡No eres más que un reflejo de tu padre, por eso lo desprecias! —había empleado el mismo tono burlón; fastidiado le volvió las espaldas, recuperó el suyo—. Pese a lo que dijo tu padre, eso de que el pensar no descifra enigmas... —se produjo un silencio.

—No escuche lo que dijiste de mí y de mi padre. Algún día lo escucharé. En

cuanto a tus hermanas, sí, habrá que explicarles cómo murió Gilgamesh... A las familias de los esclavos que trabajaron en estas habitaciones se les dijo que murieron aplastados por un derrumbe. No les importa mucho, pero a nosotros sí. Aunque el gobierno se apodere de los hijos, desde chicos, para enseñarlos y amaestrarlos, nosotros creemos en la familia —sonrió con distinta ironía—. Claro, nunca has escuchado a Minos en sus arengas políticas a los nobles y a sus hijos. Mi padre teme, que Minos resuelva «conservar» el secreto de las alas para él, ¿te imaginas un ejército de soldados con alas? Se apoderaría de Egipto y Babilonia, los sueños ocultos de Minos. Las naciones que odiamos son las que quisiéramos dominar. ¿Sabes cómo murió Gilgamesh? Nada de crear complicaciones, se cumplió su destino: el Minotauro lo mató por celos.

—¡No, por celos no! —El vuelo. La imagen dormida de Eglígida, su índice sobre los labios. El rebelde colgado del plátano. Ícaro se vengaba al instante, tenía que aprender a callar ante él.

—¡Sí, por celos! Ya se lo insinué a Fedra: «el Minotauro cela a Gilgamesh». Ella está dispuesta a creer todo lo que es amor. Lo mata y lo arroja a la gran cloaca, o si prefieres podemos quemar su cuerpo al amanecer, puede ser una costumbre hitita, ¡esto es lo mejor! Yo he guardado todas sus tablillas escritas en la biblioteca de mi padre, como precio del pasaje; baratísimo, es un barco ateniense y sólo cobra dos dracmas.

Estaba seguro, todo lo estaba inventando en ese momento. De nuevo, solo y abandonado. Con angustia, ¿cómo era posible que recién lo recordara?, se volvió hacia su pintura:

—¡Mi toro! —Era más verdadero de lo que recordaba. Tenía que someterse.

—Te llevaré a los talleres de pintura del palacio, mañana mismo.

—Gracias, por los colores.

—Tienes que agradecerlo a Dédalo, de él fue la idea.

Lo miró con atención, quería descubrir algo que no lograba. Dédalo, también, comenzaba a encerrarlo en una prisión sin murallas. Le creaba necesidades y deseos, más exigentes y seguros que las paredes del palacio.

—Sí, iré al taller, quiero aprender lo que allí hacen. Sí, este amanecer quemaremos a Gilgamesh. Tu padre nos facilitará un cuerpo, para que Fedra, Teseo y Ariadna vean los huesos calcinados en la pira de los extranjeros. ¿No es así?

—¡Ya comienzas a adivinar nuestras costumbres! Tenemos el cuerpo del esclavo que reparó los desperfectos en los ductos de tu baño. Es un nubio, pero la piel se carbonizará, y los huesos son todos del mismo color. Como tú te ablandas... Minos refuerza el misterio en tu derredor, el misterio es el gran forjador del miedo.

—Y tu padre quiere llevarme para no separarse de su obra maestra, para que el rey Cócalo vea la prueba de su genio.

Ícaro lo miró sorprendido, realmente.

—Todos amamos nuestras obras, nuestros hijos —tomó un pincel e hizo ademán

de borrar el toro.

—¡No, Ícaro, no lo toques!

—Ya lo ves, amas a tu obra —sonrió con desesperanza—; pero yo quiero que vengas por otros motivos. Todos los sentimientos de los hombres son interesantes, interesados, nacen de un interés, hasta el amor. Amar es la forma intuitiva e inteligente de disimular un interés —se tendió nuevamente—. Aún falta mucho para el alba. Necesito contar a alguien todo lo que sentí cuando estaba en el aire, alguien que me haga preguntas capaces de ayudarme a descubrir lo verdadero o seguiré haciendo frases por pura vanidad. Acuérdate que somos razas muy sentenciosas.

—¿Alguien como Agorácrito? —Demoraba la contestación por placer y rencor.

—Agorácrito me odiaba. Me apena la idea de que puedes llegar a odiarme, pues los dos nos necesitamos.

Había amanecido, se arrepintió de haberle prometido esperar. La gente rondaría cerca de la pira del sacrificio. Encapuchado a medias, Ícaro desparramaría palabras insinuantes. Los guardianes lo habían visto salir con una carga semejante a un muerto en su sudario.

Bastó una mirada para comprobar que todo había resultado bien. Temió verse reflejado en esa cara; por primera vez engañaba, se hacía cómplice de una farsa pública. Inquieto, dudó entre el camino del anfiteatro o el gimnasio y el de los talleres de pintura. Comprobar en la cara de Eglívida si creía en la historia de la muerte de Gilgamesh. No los vería hasta que el desconcierto de la noticia pasara, hasta que las rodillas de Teseo no temblaran, ni, tampoco, los músculos de las pantorrillas de Eglívida. No los vería hasta la noche, tendrían tiempo de comentar la verdad que se fabricarían.

El ala oriental del palacio era el mundo de las manos. Pasaron cerca de las mujeres que molían trigo en morteros, del taller de prensado de aceitunas; luego, el de cerámica, loza y escultura, al que seguían una serie de piezas divididas por mamparas. En las más amplias, dos o tres maestros realizaban sus obras asistidos por alumnos. En las estanterías, se alineaban calcos en yeso de las diversas partes del cuerpo humano.

—Este es el taller que realizó los frescos de la galería de las procesiones, en particular esa figura del joven príncipe-sacerdote, antecesor de Minos, ese del tocado de plumas de color y... Yo te hablo como si conocieras.

—Salvo las habitaciones reales, la escuela y sus dependencias, las viejas torres de guardia en las puertas y el cuartel militar, todo lo conozco —calló; la voz del monitor se elevaba monocorde, repetía una lección, para que los discípulos oyeran mientras pintaban:

—Color blanco para los frescos o enduidos, el mejor es el de Paretonium o la tierra blanca de las islas de Milos. El color negro elefantino se hace con marfil

quemado. El mejor azul cerúleo se trae de Egipto. El púrpura de la tierra argentaria, mezclada con las secreciones de moluscos. No copiar las figuras, sino la gracia, el movimiento, la alegría...

Miraba casi con el mismo temor que despertaba entre los aprendices su inesperada presencia. El maestro, ensimismado, dibujaba una escena de taurokathapsia; la que todos los días se repetía ante sus ojos o tomaba parte en ella como protagonista. No había advertido la presencia de extraños. Asterio seguía los movimientos de esa mano, de la cual iba surgiendo la figura de un volatinero con sus axilas apoyadas en los cuernos del toro, otro realizaba el salto vertical apoyado con las manos en el lomo del animal. La pintura servía de adorno a un gran catafalco. Dos discípulos coloreaban la guarda, de acuerdo con las indicaciones que, casi mecánicamente, les daba el maestro. Olvidó al escultor que había visto dar los últimos toques a una figurilla de marfil, un volatinero realizando el mismo salto: lo fascinaba el color. La mano, a menudo, cambiaba de instrumentos, ya sea para dibujar, raspar el material y borrar o para colocar el color. Cuando ubicó los de la cara, respiró satisfecho a la par del maestro, quien retrocedió unos pasos para contemplar la totalidad de la composición. Descubrió a sus visitantes, saludó entre asombrado y temeroso. Asterio rogó:

—Señor maestro, te pido me enseñes tu oficio.

Permaneció en el taller todo el día: nadie se atrevió a molestarlo; le servía el temor avivado por la muerte de Gilgamesh. Ícaro había dicho: «La única sorpresa de mi padre fue que no ce gustara la música, cuando a todos», sé había cortado. «Prosigue, Ícaro, no, te detengas, cuando es el arte que más llega a los irracionales, ¿verdad?».

Compartió el almuerzo de los aprendices, hasta posó para la cabeza del toro. «Nadie creerá, en el futuro, que esta es la cabeza del Minotauro. Nadie cree en lo asombroso cuando se descubre su lógica», dijo el maestro. Lo había mirado sorprendido, era la voz de Agorácrito; los artistas, los hombres de la inteligencia, tendrían un modo común de expresarse o repetirse. Un nuevo golpe en el testuz, ya no era la daga: la imagen del ahorcado.

Al atardecer, vino Ícaro a buscarlo; los dedos, la mano derecha íntegra, le dolían. Creía haber descubierto, también, una compañía íntima: hablaría con los colores. La mano y los colores.

—Cuántas veces pueda volveré. Sera difícil, los hombres aprovechan mí costado animal. —Tuvo la certeza de que no volvería más. Besó la mano del maestro, quien paralizado de estupor no atinó a retirarla; en todo quería ser un alumno común, que no significaba mucho en el mundo de Knosós.

Desde la puerta se volvió para el último saludo; lo miraron con mezcla de simpatía y alivio. La guardia se acercó a unos pasos de distancia, sabían que ya era lo suficientemente humano como para que bastara la presencia, la exhibición de las armas. Ícaro permanecía callado, su forma de señalarle que había cometido un nuevo

error. La voz monocorde de otro alumno que repetía la descripción de los colores se fue alejando. En la calzada de las procesiones, encontraron a una treintena de chicos que volvían cantando, guiados en ordenadas filas por el maestro. Las voces finas y, sin embargo, ricas en tonos, le produjeron un baño de alegría interior. Sería hermoso que cantaran en el patio cubierto; tuvo miedo de que estuvieran allí. Alguien le había dicho que los bárbaros lebu sacrificaban niños a los dioses, en hornallas de bronce con formas de toro y caldeadas al rojo vivo.

En el patio cubierto esperó el regreso de los helenos. Le bastaría mirar los ojos de Eglígida, para saber lo que pensaba. Escuchó las voces de los guardias, luego, los pasos del grupo; quería decir que no había sucedido accidentes. Según lo habitual, avanzó Teseo y los efebos, después, Eglígida y las doncellas. Al enfrentarse, el ateniense dijo, dominando a medias el tono de despecho y horror:

—Ariadna tiene razón, ¿cómo has podido matar así a quien admirabas, a quien tratabas todos los días, con quien dialogabas?, ¡y por el innoble motivo de los celos!

—Recuerda Teseo tus palabras, porque yo podre repetírtelas algún día. Hice lo que debía. Vete a comer con tu gente.

Eglígida inclinó la cabeza para saludarlo, no lo miró, había recuperado el aire ausente de la diosa Atenea. Las doncellas como un ídolo —falsa imagen del sol reflejándose en una nube— repetían la actitud de ella. Ni rencor ni dolor por la actitud, todas tendrían que morir el día de la primavera. Vendría otro cargamento de rehenes hasta que, algún día, él se entremezclaría con ellos y moriría entre los toros. Un adivino egipcio arrojó con espanto las entrañas de un cordero y, mesándose los cabellos, anunció que un día de primavera, cuando creciera el Nilo en el ajek, ardería el palacio de Knosós y los vientos etesios avivarían el fuego. Dédalo afirmó que esos vientos eran los aqueos, que arrasaban las ciudades de Kreta. Los helenos se rebelarían. Cometer horrores por sistema era un error como estilo de gobierno. Los nervios se fatigan. La voracidad sexual se agota. Alguien lo había dicho, ya comenzaba a no importarle quién decía las cosas que le interesaban. Ícaro sólo citaba el nombre de su padre. Dejaría de mencionar a Agorácrito, le debía demasiado.

Miró en derredor. Estaba solo, no recordaba en qué momento Ícaro se había alejado. Tocó sus cuernos, los observó detalladamente. Ninguna variante.

Ordenó a un guardia que trajera a Eglígida; recomenzaría las acciones. Quedaron solos. Ariadna o Fedra podrían vigilarlos desde el espejo. Miró hondamente sus ojos celestes, como si quisiera descubrir el material con que estaban contruidos; un fresco, un cuadro, una escultura. Ningún temor; o el hábito de vivir en el terror podría haberse transformado en lo normal, la paz y dulzura en lo anormal.

—Ven, Eglígida —la tomó de la mano. En la cámara de las ofrendas nadie los vería. Lo seguía impasible; los seres humanos poseían una forma de herir peor que la mirada de odio. Quedaron frente a frente. Tuvo necesidad de tomar en las manos el ánfora de Agorácrito; palparla; había pasado muchos días sin tocarla. Inclinó la cabeza y murmuró el nombre. Ninguna respuesta—. Dame tu mano, Eglígida, ponía

sobre mis anchos, insensibles y feos labios —obedeció. La mano temblaba, los dedos recorrían sus labios. El temblor del horror y el del amor podían ser semejantes—. Eglíida, un heleno me dijo que rara vez la realidad es igual que la apariencia — quedaron callados un rato. Los ojos se miraban y repetían en infinidad de espejos paralelos—. ¿Has comprendido?

El silencio. A medida que los ojos penetraban en los otros, menos sabían de color, material y expresión. Ya no importaba. La voz dulce, fina:

—He comprendido. Tú eres el Minotauro.

El ritón de Agorácrito se escurrió de sus manos. No escuchó el ruido que hizo al romperse en las planchas de piedra.

XIV

La lluvia invernal les obligaba a trabajar en el patio cubierto. Los accidentes habían disminuido. Todos los años sucedía igual: en los primeros meses morían los que estaban predestinados por la debilidad y el temor. Por momentos, la tarea le resultaba absurda, ridícula dados los fines; deseaba destrozarlos y terminar con todo.

—¿Hasta cuándo vas a pintar, Asterio? ¿No sientes que está terminando el invierno? —Ícaro, tendido en la cama, tenía la mirada fija en la bóveda de la pieza. Sólo debía escuchar el ruido del papiro y el golpecillo de los pinceles en las cubetas de cerámica.

—Cuando dejes de hablar de tu vuelo al sol.

—Entonces, pintarás muy poco tiempo. ¿Me escuchas, Asterio? ¡El Minotauro pintando! ¡Ni la imaginación de los atenienses podía suponerlo! Sólo Dédalo era capaz de imponerlo —rió sonoramente y se cortó—. Ya sé que no puedes soportar su risa. Yo no tengo medida como mi padre que todo lo calcula. No me importa hasta dónde pueden ir mis alas, sino hasta dónde quiero ir yo. Sé que él tiene razón, pero yo no represento la razón sino la insatisfacción. ¿Me escuchas?

—No, pinto; Dédalo lo había previsto. Sigue hablando, estoy presente, tu voz me toca.

—Quisiera que me acompañaras, que tuvieras deseos como yo de llegar al sol.

—Debo pintar para que Dédalo se burle sutilmente de Minos, por mi intermedio.

—La sutileza es la cobardía de los artistas.

—¡Basta de palabras, Ícaro! Habla de tu vuelo.

—Quisiera que me acompañaras, que tuvieras deseos de llegar al sol; pero tus deseos son más fáciles de satisfacer, más terrenos.

—¿Sabes que la tierra de Kreta es roja? Tendrás que traerme más color rojo.

—Algún día tendré que escapar de la medida de mi padre.

—¿Abandonar a Dédalo? —Había una palabra, un nombre, que siempre encontraba eco en su cabeza, como la llave en la cerradura que él había inventado.

—No, Asterio. Las obras maestras dependen del creador. No resistiría la necesidad de escuchar su voz que, sin embargo, me rebela; de saber lo que está creando. Es como una de esas drogas de los súmeros, que sorbes con el perfume y pueblan tu mente de imágenes más necesarias que las reales.

—¿La muerte, entonces?

Se miraron en silencio, no se atrevían.

—Yo no sé si Dédalo no ha descubierto los enigmas que existen más allá de la muerte; hace días, meses, que escribe interminablemente, como la lluvia, como tú pintas. Yo no puedo pintar, no creo en lo que hago como tú crees. No puedo escribir como Gilgamesh, me quedo mirando la forma de las letras, los viejos jeroglíficos, y me parecen cómicos. No puedo comerciar; comprar cosas para luego venderlas me parece una forma de locura o de inseguridad. ¿Sabes? No puedo inventar nada, ni

siquiera tengo gracia para danzar. No lo digas a nadie, Minotauro. Si hubiera sol, no te haría estas confesiones. No puedo construir navíos. Soy como el viento que pasa entre las cosas: las une o las disocia, a veces las impele y da fuerza como a las velas. Nada entre las manos.

—También eres un monstruo como yo: mitad pájaro, mitad hombre.

—Como tú, un objeto que prueba teorías. Soy un reflejo de mi padre; un día no quise oírtelo decir pero desde entonces me resuena —se incorporó, sus movimientos bajo la casulla de piel de leopardo habían tomado algo de las alas de un pájaro. Dédalo realizaría con él una prueba de involución—. Llegaré al carro de fuego de Febo y me sentaré cerca del dios. Veré lo que nadie ha visto.

—Tanto como poseer alguna de mis doncellas.

—Quizás, pero lo importante es saber cómo es el sol. ¿Las doncellas? Las he visto de tantas maneras. Los pasillos y corredores del palacio sirven más para perder a la gente que para salvarla de ataques. Ven. Te mostraré porqué mi padre piensa que las personas sólo son útiles como instrumento de sus invenciones. Ven, hoy, como todos los meses, se reúnen los jefes del ejército y las naves; te mostraré lo que hacen quienes mandan y tienen la fuerza. Y, luego, lo que hace Ariadna con Teseo. Es innoble espiar así a la gente, pero ¿quién dejaría de hacerlo, por simple curiosidad, si en ello no corriera peligro? Además, los dioses nos miran así, nos vigilan y pesan nuestras acciones más secretas. ¿Sabes, mi monstruo ingenuo, cuántas habitaciones hay en este palacio? ¡Mil cuatrocientas! ¡Sólo mi padre, el arquitecto, lo sabe! —reía como una forma de desesperación.

—Ícaro, llévame de tu mano. Te acompañaré, te enseñaré a bailar, a construir navíos, aunque yo no sepa, pero no rías así, me desesperas. Yo no te dije nada; tú no oíste nada.

Su mano lo siguió. Un largo pasillo donde se mezclaban los olores a pez, betún, cera y cuero surgidos de los almacenes.

—Primero te mostraré lo más importante: la guardia y el comando de los ejércitos y navíos. Olvida cuanto veas, este es el mayor secreto, sólo Minos lo conoce. —Se abrió un paño de pared con trabas de madera y entraron a un pasillo más estrecho, iluminado por el resplandor de las luces que llegaban a través de las losas. Escucharon voces:

—...90 bastidores y 478 ruedas, esto en cuanto a los carros de guerra, y 8640 flechas, en ambos depósitos del palacio... —se adelantaron, hasta escuchar otras:

—Como militar yo no puedo confiar en el poder político, ni en el religioso.

—¡Pero tenemos que servirnos de ellos! —corto otra voz.

—El navarca en jefe —susurró Ícaro.

—Siempre hemos sido nosotros, los ejércitos, quienes instalamos reinos y dioses; pero como la disciplina es sometimiento hecho costumbre, nos entregamos a los dioses y a los reyes que fabricamos. Tenemos un ejemplo muy cerca, ¡y nadie se anima a levantar un dedo!

—El hijo del navarca, que sólo aspira a casarse con Fedra y fundar una nueva dinastía —volvió a secretar Ícaro.

—Hay muchas formas de levantar dedos, mi bien amado, desde la mala costumbre del casamiento, donde necesitas unir tu pulgar al de la novia, hasta... ayudar a Amenhotep, el cuarto, para que llegue al poder cuando muera su padre, y con sus reformas termine por desintegrar los ejércitos egipcios...

—Tendremos, además, el apoyo de Micenas y Tirinto.

—¿Apoyo? ¡Vendrán para invadirnos!

—Ese general fue el favorito de tu hermano Catreo; ahora es el jefe de la conspiración. Cuando el complot se afirme, se lo regalaré en palma de manos a Minos —agregó Ícaro.

—Afortunadamente, la sensibilidad de la comunidad no ha encallecido: ha generado fuerzas y se defiende, aunque sin alegría, por supuesto, de ese permanente ataque a su fe y su espíritu, de esas formas enfermizas de la envidia, que es una de las más desdichadas constantes de la vida de nuestra patria. Necesitamos el apoyo del pueblo, de los que no tienen tierras ni oficios. Lograremos una fuerza que nadie supone, salvo Amenhotep, que no es tan estúpido como ustedes suponen. Y aun quedan los esclavos, esa masa.

—¡Calla, demagogo! ¡Si te oyera Minos, te enviaría a una guarnición de las Cicladas o como embajador ante Shubbiluliuma, el rey de los hititas!

En puntas de pie, intimidados por lo que acababan de oír, volvieron al largo pasillo. Ícaro rio.

—Por temor de que ellos descubran este pasillo, Minos no se atreve a espiarlos. Prefiere creer en la lealtad de quienes se supone que deben sostenerlo, es su forma ingenua de obligarlos. Cuando uno conoce los secretos de quienes mandan se aterra; yo era más dichoso cuando los ignoraba. Se aterra al comprobar que son nuestros mismos secretos. Pero ahora verás el otro poder de Knosós y sus dominios de ultramar —la voz volvía a tornarse amarga, quebrada, no sabía si por burla o certeza de impotencia.

Apagados, llegaban los ruidos de esa inmensa colmena que trabajaba en los talleres del palacio; ellos tampoco sabían cuál era su destino. La ciudad y la isla eran un laberinto donde todos caminaban a tientas, sin orientación precisa. Habían sido, eran, el pueblo más feliz del mundo civilizado. Tenían que pagarlo.

Ícaro le apretó la mano con ternura, la respiración se le tornaba acongojada.

Siguieron los corredores, cada vez le parecían más cortos y menos numerosos; debían de ser los mismos que, en la obscuridad, se le antojaban distintos. No recordaba haberse echado esa capa adornada con los signos del infinito. Los ademanes irracionales de los hombres.

Subieron una estrecha escalera. El candil iluminaba curvas, transformando sus cuernos en largas y huidizas formas.

—No te acerques demasiado —susurró Ícaro. Reconoció las dos voces a través

del ducto de ventilación, que traía, también, el perfume a nardo y mirra de los pebeteros.

—¡Qué torpe has sido, leseo! (Una fatigada exclamación de Ariadna).

—Es la primera vez que... —apenas se escuchó la voz masculina.

—Se supone que otro tanto sucede conmigo —Ariadna rio en forma tan absurda, que se vio obligado a mirar a Ícaro. Adivinó, lo sorprendió en su cara, que Ícaro volvería a utilizar sus alas antes de lo que sugería.

—En mi caso, es verdad.

—¿Recuerdas lo que decía Gilgamesh sobre la verdad? La virginidad es más hermosa, por lo tanto es la verdad. En esa urna de cristal de roca tienes todo lo que resta de Gilgamesh. Lo había destrozado de tal manera que Ícaro lo quemó, para que ni Fedra ni yo nos horrorizáramos. ¿Sabes que Fedra venía, para que Gilgamesh le recitara sus poemas, a esta misma habitación? Ni el Minotauro, ni Ícaro lo sabían.

—¿Qué insinúas, Ariadna?

—Nada, ¿por qué piensas que insinúo algo?

Una pausa cortó el diálogo, la voz de Teseo había cambiado, temía disgustarla:

—No me importa tu hermana. En cambio lo de Asterio, esa monstruosidad...

—Ya sabes lo que te espera, no hay elección posible. Tú podrías haber salvado a Gilgamesh, pero no te atreviste la noche del banquete.

Los labios de Ícaro se acercaron a su oreja, cuchicheó:

—Sí, Asterio, yo sabía. Yo mismo, antes de ir a tu cámara, le traje a Teseo. Necesito de ella para protegernos de Minos —contuvo la risa—. ¡Si Gilgamesh supiera que sus cenizas, conservadas por Fedra, presencian la pérdida de la doncella de Teseo! Y, sin embargo, el astuto Teseo está enamorado de Fedra, y ella terminará por derrotar a Ariadna. ¿Sabes quién lo descubrió? Por supuesto que Hatti, el bufón de la corte; no lo conoces —le hizo señal de callar.

—...puede ser, Teseo, la noche de la fiesta de la Fecundación. ¿Has entendido que escaparemos juntos? Ahora, después de esto..., ¡mi padre no te perdonaría!

—Sí, iremos a Naxos, en la nave que envió tu hermano Catreo. Allí cambiaré por mi nave ateniense, que tú harás llevar, e iré al encuentro de mi padre.

—Y yo seré la reina de Atenas —se produjo un silencio—. No contestas, Teseo.

—Mi padre Egeo es el rey, no yo —un nuevo silencio; crujió el camastro.

—Lo serás cuando llegues. ¡Los viajeros olvidan tantas cosas! Olvidarás cambiar las velas negras por las blancas, como le has prometido. Tu padre creerá que el barco sólo trae tu cadáver y morirá, quizás se arroje al mar ¡ustedes son muy espectaculares! —volvió el silencio—. ¿No me contestas?

—Mi padre dice que la civilización está entre lo que uno desearía hacer y lo que sólo se atreve a realizar. He olvidado tus palabras, Ariadna.

—¡Teseo, oh, Teseo, ateniense astuto! Ya las recordarás cuando te sean útiles. ¿Te ama tanto tu padre? ¿Hasta la desesperación? Contesta.

—Sí, Ariadna, me ama hasta la desesperación, pese a las murmuraciones que me

dan por hijo de Poseidón; de tal manera —rio apenas— que el Minotauro es mi pariente.

—¡Hijo de Poseidón o de Egeo!, tu cara es más hermosa que la del Minotauro... —rio, la voz se le tornó pastosa— pero en... —La risa se cortaba en besos— en lo demás, no hay comparación, eres un niño al lado de él.

Las palabras de su hermana lo arañaron, lo rasparon como si lo acariciaran en el sitio que ella comparaba.

—¡Vamos Ícaro! —exclamó ahogadamente. Los faraones solían casarse con sus hermanas, por razón de común y única divinidad.

Regresaron de prisa a su cámara. Tomó un pincel, lo dejó caer. Se tendió de espaldas en la cama.

—Ni filosofía, ni amor, ni amistad, ¡ya sé lo que la gente no puede olvidar de mí! ¡Me lo acaba de descubrir Ariadna! ¿Por qué callas? ¡Mañana harás que me traigan mandiles, taparrabos, eso que llevas puesto! ¡Quítatelo y déjame verlo, déjame verte! ¿Por qué tienen miedo? ¿No obedeces ya?

—No es necesario, Asterio. Todo está previsto por Dédalo; le asombraba que este ciclo tardara tanto en cerrarse; has perdido la pureza, Asterio. Ahora tendré más temor de abandonarte. Abre ese arcón que siempre has creído una banqueta; ahí los encontrarás a tu medida y de todas las modas, como corresponde a un cretense, hijo del pueblo más fino, sutil, civilizado y dichoso: a la egipcia, a la senaar, a la nubia, a la lebu, y hasta a la kefti. Ya no hay gente pura en el mundo, salvo unos enanos y unos, gigantes que viven donde nace el padre Nilo y termina la tierra.

Revolvió con furor. Las manos se le iban apaciguando a medida que los colores se tornaban más brillantes y extraños. No se atrevía, eligió uno cretense, color canela.

—Ícaro, ven. Quiero que me ayudes a calzarlos.

—Alguien habrá que recién se dé cuenta de tu antigua desnudez.

XV

Hubiera deseado tenderse en la cama vecina a la de Mera y dormir; ella musitó en un quejido gatuno:

—¿Samia?

—Sí, aquí está. No tienes nada Mera, es un simple rasguño —era asombroso que ese simple rasguño fuera el saldo de la mañana; se habían ensayado ejercicios y pruebas más difíciles. ¿Qué hacía entre las mujeres en lugar de reposar? Eglígida tardaba más de lo esperado. Estaba cansado, sería por causa del taparrabos que le incomodaba los movimientos. Teseo lo había mirado con asombro; Pirítoo, el más joven, le preguntó si era parte del uniforme para la fiesta de la Fecundidad. Las mujeres habían echado una rápida y sorprendida mirada. Eglígida, ninguna reacción, quizá no lo había visto. ¿Qué esperaba de ella? Sólo podía existir entre ambos una rápida y brutal relación; ninguno tenía más tiempo. El diálogo de Ariadna y Teseo. En cualquier momento podrían tenderle una trampa y matarlo. Si Teseo casaba con Ariadna y ella se transformaba en reina del Ática, otro de los deseos de Minos se cumpliría. Cesarían los rehenes y la utilidad del Minotauro. Ícaro y Dédalo esperaban que lo dedujera personalmente, debía figurar entre las previsiones de su evolución. Algo diverso tenía que suceder, Ícaro no había aparecido en toda la mañana.

Al incorporarse desparramó parte de la infusión que traía Eglígida.

—¡Mi señor Asterio, que torpe soy! He manchado tu capa —quedó asombrada mirando el mandil—, ¡qué lindo color, el mismo de las columnas! —Nerviosa entrego el recipiente a Samia y limpió la mancha.

¿Qué haría con Eglígida? Matarla él mismo o continuar esa familia monstruosa. La reina Pasifae no lo permitiría; ella, la única capaz de dar la orden de que lo destruyeran. ¿Acaso no tenían derecho de abandonar o matar a los hijos defectuosos? La ley lo acordaba a los ciudadanos.

—Señor, ¿es verdad que descienes de Poseidón y del Toro Sagrado? —la vocecita de Mera lo trajo a la realidad, ¿a cuál?

—Todos lo dicen y tú lo puedes ver.

—¿Puede haber muerte más bella que la nuestra, que morir en manos de su dios?

—No digas eso, Mera —rogó Samia.

—Todas, todos, tenemos que pensar la mejor manera de morir —intercedió Eglígida, mirándolo con calma—, encontrar un motivo digno.

—Entre el amor y la libertad, ¿qué motivo elegirías, Eglígida? —no sabía por qué había hecho esa pregunta, de las que utilizaba Ícaro engolando la voz. Ninguna de ambas cosas podía ofrecer. Brillaron los ojos de ella por un momento, como si cediera al absurdo.

—Cuando llegué a Knosós, sólo tenía una idea...

—La de matarme —la palabra tenía sabor distinto, formaba parte de un diálogo que desconocía. Quizá Agorácrito le había hecho vislumbrar lo que ahora sentía.

Escapar y encerrarse en una cueva primitiva. Nada de lo inventado por Dédalo. Rumiar sus sensaciones, como antes había analizado las diferencias de sus cuerpos.

—Sí, pero no te conocía, señor. Nadie de nosotros te conocía.

—Mera y yo creíamos que habrías de violarnos y destrozarnos el primer día. Cuando nos eligieron en Atenas, tuvimos tanto miedo, tanto horror, que nos abrazamos angustiadas y descubrimos en que forma nos amábamos. Sin vos, señor, no lo hubiéramos sabido nunca.

—Sí, ya no tenemos miedo —dijo Mera, entregando la taza que había contenido la infusión. Se incorporó apoyándose en los codos. Un tajo superficial le surcaba el pecho, como si señalara una división entre los senos menudos y blancos. Los miró con atención; la costumbre de que las mujeres cretenses llevaran los pechos desnudos, especialmente en las ceremonias religiosas, levantados en una suerte de cesta frutal, le había satisfecho la curiosidad de contemplar esa parte de la mujer cuya atracción no comprendía ni sentía claramente. El viboreante rasguño y la sombra que la túnica marcaba, daban, sin embargo, a esos pechos un misterio distinto que le angustiaba, le recorría el interior del torso y bajaba hasta el estómago y las ingles.

—Sólo quisiéramos pedirte, señor, que nos mates a las dos juntas —rogó Samia, como si deseara arrancar o desviar su mirada—. Pedirte, señor, que no permitas que otro toro nos hiera. Tú puedes mandar sobre ellos.

Cesó de contemplar los tiernos senos y se encontró con la mirada de Eglígida. Un choque. Por una razón desconocida, lo razonable continuaba siendo algo molesto para él, no debía hacer esto en presencia de Eglígida. En las acciones de los seres humanos, de las mujeres sobre todo, existía una realidad completamente distinta de la aparente; ella lo había comprendido, cuando creyó en la muerte de Gilgamesh.

—Yo no puedo mandar a los toros ni a los hombres —su voz le sonó fuera de quicio, casi con rabia. Le faltaba el aire; ellas tenían que leer en sus ojos todo lo que no sabía ocultar—; pero sí, algún día, algún día, tiene que ser muy pronto, haré lo que me piden Samia y Mera. Lo que me piden ustedes y los demás. Lo que todos esperan de mí.

Abandonó el gineceo; otra vez deseaba destrozarse esos colores, esas pinturas enduidas. ¿Por qué no había vuelto al taller? Una especie de hilo muy fino, invisible, lo retenía y tironeaba hacia atrás. Volvió la cara; su mirada se hundió en la de Eglígida. Su cuerno derecho se había ensartado en el espanto de un ojo femenino, implorante; no recordaba cuándo. Ahora, escapaba, por primera vez, a la mirada de una mujer. Atarantado recorría galerías y pasillos, las piernas se le entrechocaban. Deseo absurdo de volver y destrozarse a todas las mujeres; pero sería necesario que Eglígida no lo mirara o todas sus acciones se paralizarían.

Se detuvo sofocado ante la puerta de su cámara, había alguien en ella. Teseo y Ariadna podrían herirlo desde cualquier rincón. Abrió con cautela.

—Has demorado mucho en el gineceo —Ícaro aban donó la cama—. Tengo necesidad de verte. Ha llegado el momento —no le conocía esa expresión de

gravedad.

—¿Qué momento, el tuyo o el mío?

Arregló su ropa con lentitud, debía ocultar con movimientos lo que pensaba:

—El nuestro, Asterio. Necesito que me ayudes. Mi padre está en Isopata, vigilando la terminación de la gran tumba que Minos ha construido en una colina frente al mar. Todos los cortesanos construirán las de ellos rodeándolo, menos mi padre, que allí o aquí, a tu lado, tendrá su prisión. Necesito tu compañía —lo cubrió con la mitra y salió sin esperar respuesta, seguro de que lo seguiría. Ícaro se alejaba, se perdía en la obscuridad de los pasillos. Tuvo la certeza, algo fundamental ocurriría. Abandonó el corredor que le servía de entrada. El sol lo deslumbró, se cubrió la cara con la capa. Nadie lo reconoció en el breve paso por las calles angostas. Los esclavos esperaban en el mismo sitio, con una litera cerrada. Se dirigieron directamente al cobertizo donde Ícaro había iniciado su vuelo.

La plataforma principal sostenía un par de alas mayor que el usado la vez anterior; en la plataforma vecina, vio otro par.

—De acuerdo con los estudios de mi padre, las corrientes de aire removidas por la cercanía de la primavera son propicias para realizar, por primera vez, un vuelo a la luz del sol.

—Sí, pero yo no puedo.

—¡No te he traído para eso! Según los astrónomos egipcios, se debería en parte, a la coincidencia de la aparición del sol con la estrella Sirio, circunstancia que sucede cada mil cuatrocientos sesenta años. No dejaré perder la posibilidad de que sea cierto. Yo haré la prueba. Subiré más alto de lo que él proyectó. ¿Has comprendido, Asterio? —Su mirada tenía mucho de alocado e incontrolable; cuando los hombres deseaban ansiosamente se transformaban. ¿Comprendes que te abandono?, era su pregunta. Necesitó decir, entrar en ese campo que le marcaba Ícaro con el tono:

—¿Puedes llevarme? —Galeos debió sentir pavor semejante. Sin embargo, no iría, aunque Ícaro le rogara.

—No, Asterio. Te llevaremos a Sicania, con mi padre. Al carro de Febo debo subir yo antes que nadie. Además, necesito de tu ayuda y rápido, la hora se acerca.

Vistió un raro traje más abrigado, color celeste. Agrego una máscara, las facciones se mezclaban con las de un pájaro. Su expresión cortaba todo contacto entre ambos. Lo trataba como a desconocido, un instrumento que pudiera serle útil.

—Ícaro, necesito que me expliques el sacrilegio.

—¡¿No comprendes que no puedo explicar nada?! Debo cometer sacrilegios, hacer cosas inexplicables. Como tú, soy un monstruo; no dejes que te expliquen, no tienen derecho. Subiré más alto que el monte Dikte, donde nació Zeus. Miraré como nunca jamás osaron mirar los hombres, como tú que miras con ojos de toro —terminó de ajustarse el traje; el movimiento esfumaba las líneas y hacía cabrillar los colores —. Asterio, cuando esté dentro de las alas, con el mecanismo ajustado al cuerpo, yo lanzaré un grito y tú empujarás esta palanca, nada más que esta palanca. Cuando yo

salga volando, escucha atento esta palabra, soy el primer hombre que puede pronunciarla; cuando yo vuele y desaparezca tras el monte Juktas, accionarás esta otra que, por un complicado sistema de poleas y balancines, hará subir la pared que cierra el salón —se volvió para trepar en la escala. Ni un abrazo. Algo dentro de los hombres, una idea, una razón, un plan, anulaba y hacía olvidar las cosas restantes.

—¡Ícaro! —corrió y lo abrazó; ese uniforme extraño estaba vacío, como la cobertura de un muerto egipcio—. ¡No eres sólo el reflejo de tu padre!

—¡Déjame, Asterio, déjame! ¿No entiendes que nadie puede tocarme ahora ni siquiera mi padre? Voy a encontrarme con Febo —se deshizo del abrazo y trepó; a medida que subía, disminuía la rapidez. Andar solemne de sacerdote. Esperó en vano una mirada, mientras Ícaro se ajustaba las alas. No sabía mirar, como al comienzo él mismo no sabía mirar a los hombres. La pared del fondo se hundió en el foso. El chirrido de las chicharras cubrió todo sonido; anunciaban la primavera en ese día que el sol tornaba de verano. No llegaba la voz de Ícaro. Accionó con fuerza la palanca de hierro y bronce. No lo había notado, la vara de hierro terminaba en una cabeza de toro en bronce. Dédalo no creía en los toros sagrados, debía ser una idea de Ícaro; él se ocuparía de lo superfluo y Dédalo de lo fundamental. No lo miraba. Comenzaba a descubrir lo superfluo. Los hombres se complacían en quitarle cada uno de los seres que le abrían e incitaban la inteligencia.

—¡Asterio! ¡A lo infinito! ¡Infinito! —el grito llegó en una de esas pausas en que se acuerdan las chicharras. Voz entrecortada, distinta, mezclada a la forma de la máscara. El grito lo acicateó, por fin. Se emblanquecían los nudillos de la mano. Se apoyó en la palanca, cedió aceitosa. Hundía sus cuernos en las partes blandas, el estómago.

Un chasquido. La voz de Ícaro se distorsionaba, se deshilachaba en una tela mal urdida. Un estallido de luz recortándose sobre el cobalto. Ningún cuerpo humano debía contener ya ese inmenso pájaro que se alejaba. El pájaro se detuvo un instante en el mismo sitio; el cruce de las corrientes de aire. Se iba. El viento lo alzó en recto empuje. Los niños jugaban así con unos cuadrados de tela multicolores armados con varillas y sujetos a un largo cordón, que el viento alzaba. Brincaba, cabeceaba, la boca de los niños repetía los mismos movimientos. Corrió pendiente de ese juguete que jamás había poseído; no tenía manos para sostener el cordón. Corrió tras el inmenso pájaro de Ícaro, el brillo del sol dificultaba la visión. Tuvo miedo, quiso gritar; en un instante cualquiera la imagen del pájaro desaparecería. Trastabilló. Una mujer lo miraba, inmóvil como una estatua. El inmenso pájaro se cortajeaba entre las ramas de pinos, álamos y cedros. Mirar lo uno o lo otro. La mujer tenía la cara de Ícaro, pero surcada de arrugas. Debía mirarlo asustada. Siguió corriendo por la abrupta ladera. Nausicrata, la antigua esclava del rey, que Dédalo y su hijo ocultaban. Ya no estaba seguro del resplandor sobre el mar de amatista, el mar de lapislázuli. Ícaro rara vez mencionaba a su madre; se avergonzaría, como Pasifae se avergonzaba de él. Rodó entre el pedregullo. No tenía tiempo para mirar la tierra. El rebrillo del

mar, del sol o de Ícaro. ¿Y si Febo fuera en verdad Ra, el dios sol de «sus primos» los señores egipcios? Se arrastraba, los yuyos ásperos y duros le dificultaban la mirada y los movimientos. La capa de magistrado, Minos era el supremo magistrado, habría quedado enganchada en las hojas espinosas de algún agave; ya no la vislumbraba sobre sus hombros; los esclavos o los pobres lucharían por ella. No tenía tiempo. Unos pinchazos muy agudos, algo penetraba en sus carnes, deseos de gritar. Resollaba. Las sacerdotisas vendrían a arrojarlo del Monte Sagrado; o vendrían a reverenciarlo. No podía desaparecer totalmente la imagen del pájaro humano. Le ardían los ojos. Sí, había pasado a su lado la esfera cóncava del reloj de Dédalo. «Dieciocho años», un adolescente. Ícaro tenía el carácter necesario para borrar a los seres, hasta a su madre.

Nada. Un brillo, un resplandor del sol y una placa azul y verde. El sol le quemaba las pupilas. Las espinas de las algarrobas; el cuerpo se rasgaba en un ardor difuso. Nada o quizás Ícaro ya hubiera llegado al sol; compartiría el carro de Febo. En la deslumbrante placa azul aparecían siluetas sombrías, retortuños de plantas fantasmas de cosas vivas. Dieciocho años, se tocó las manos, viró la mirada, le costaba distinguir. Los dedos: un líquido tibio y untuoso los cubría. La sangre. La sangre suya y no la ajena. No, la sangre de Letea y Galeos. Un cosquilleo entre los dedos, debía ser una lagartija.

El sol bajaba lentamente. Se hundía en el agua violeta. Ícaro había desaparecido. Debía regresar. Se volvió de espaldas, los cuernos se le habían enganchado en algo, no distinguía nada. Recorrió el cuerpo con las manos, un dolor compartido. Estaba desnudo; la ropa que Ícaro le enseñó a necesitar había quedado en jirones, en las rocas y las espinas. Desnudo y solo. Eglígida. No tenía a quien llamar; los helenos no llamaban a las mujeres, menos aun los cretenses. Las mujeres, creían, eran la blandura. Ícaro no volvería, no podría explicarle nada más. Quien toca a un dios jamás vuelve. Sed, espantosa sed. Los camaleones en las hojas de los cactus.

—¡Infinito! —la voz recorrió la ladera de la montaña, no tuvo eco—. ¡Infinito, definitivo! —repitió el grito hasta que la voz se le tornó grave, toruna. El ruido de las chicharras se apagaba lentamente.

XVI

«Infinito». La palabra le causaba comezón en la cabeza. Se incorporó dificultosamente en la obscuridad. El viento fresco de la noche, con olor a menta y tomillo, le erizaba la piel, le ardía el cuerpo. No sabía cuanto tiempo había transcurrido. La noche, aún, se le poblaba de minúsculos y brillantes soles. Tendría que encontrar el camino; Ícaro no regresaría para guiarlo en sus pasos y pensamientos. Luces en el puerto de Amnisós. A medida que los soles, el ardor y el lagrimeo fueron disminuyendo, comenzó a notar la vislumbre de las estrellas.

Había encontrado un sendero, pues marchaba con menores tropezones. Rodeó una saliente y surgieron los centenares de luces del pequeño y del gran palacio. Si fuera el costado del anfiteatro o por el albañal que desaguaba en el río, podría entrar sin llamar la atención. ¿Por qué ocultarse? Los pastos y las plantas cesaron de rasparlo, de avivar las llagas y lastimaduras. Ladraban los perros. La luz de las chozas, un hachón humeante o el fogón. El chillido agudo de un chico; el ruido sordo de los pies desnudos en la tierra suelta. Un chico o un perro, voces que se estiraban, en este barrio que había nacido como una pústula. Resplandor de los hornos donde se cocían los ataúdes de arcilla. Pronto comenzarían las calles enlosadas o adoquinadas. Tenía frío en la cintura y el bajo vientre, ¿se habría acostumbrado tan pronto al mandil? Un grito de mujer y una carrera espantada. Debía ser esa multitud de personas, de la más variada condición, que no tenían tierra ni oficio calificado y que había rodeado a la ciudad con un cinturón de pobreza y miseria. ¿Y si le azuzaban los perros, esos lebreles de caza, esbeltos, piernas largas y orejas puntiagudas? ¿Cuántos de entre ellos la habían visto en el anfiteatro? Los nobles y los ricos que podían asistir eran, según Ícaro, unos doce mil, en esa ciudad de cien mil o más, acaso la más importante del mundo. Su nombre, la historia del Minotauro, correría entre ellos como una misteriosa leyenda; aterraría a los niños. Podrían tomarlo, horripilados por un espíritu maligno. Lo maldecirían; la maldición era una forma de la envidia. Ícaro no le daría más definiciones de las actitudes y modos de los hombres. A la luz de los hachones, su sombra bailaba estirándose y retorciéndose en las paredes encaladas.

Crecía el murmullo de las voces opacas, las voces del miedo. Otras sombras se mezclaban a la suya. Caminaba sobre grandes e irregulares losas; el barrio de los artesanos, carpinteros en madera y piedra, bataneros y teneros, herreros y alfareros. Los trabajadores que se alquilaban a sueldo y, por todas partes, los mendigos. La tela burda de una túnica servil lo rozó. Esclavos con cestos en la cabeza. Alientos tibios en la pelambre de la oreja. Ya no vería más a Ícaro. Crecían las luces de las antorchas y hachones, de los grandes candiles y lampadarios en las casas. Adivinó, a lo lejos, las columnas rojas y azules que sostenían los techos de las escalinatas que descendían a través de los jardines y las macetas floridas del palacio.

El barrio comercial, los mercados; las casas de los médicos, adivinos, hechiceros y cantores. Los nobles y los más ricos imitaban la arquitectura del palacio y

edificaban casas hasta de cuatro o cinco plantas, imitaban para halagar a Minos. La ronda se fue haciendo más densa, el murmullo crecía en su derredor. Un rapsoda narraba historias bajo un plátano, la gente lo escuchaba fascinada. Otros, jugaban a la taba las placas de plata de sus collares.

Una casa muy grande e iluminada. Los hombres dejaban los borricos o las carretas a la puerta y entraban con su carga a las espaldas. Unos extranjeros discutían, luego, el intérprete, con un papagayo tatuado en el pecho, leyó solemne: «Sello de Zihilu, sello de Ashurdan, en testimonio de la deuda de Daknish y Huruta, a saber, seis minas de plata pura. A partir del quinto de Gasum ellos añadirán dos ciclos, por mina, de interés mensual. No restituirán el dinero antes de tres meses». Todos sellan con la gema que les sirve de sello y firma. Se matarían por esos minas y ciclos, monedas que él desconoce. Cuando terminan, recién lo miran entre asombrados y temerosos. Se descubren mutuamente. Alrededor de Kreta y sus naves gira el comercio del mundo.

Una masa de telas blancas lo circunda. Alguien se inclina, roca su sexo e implora fecundidad para sus tierras de labrantío. Las manos comienzan a tenderse como tentáculos. Triple hilera de candiles iluminan los cobertizos y las paredes de cerámica del mercado. Gritos, exclamaciones, todas las lenguas. Un hombre vocifera que es necesario fijar los precios, para que los pobres puedan vivir. Los tentáculos de las manos. Permanecer inmóvil y que esa gente lo acaricie devotamente. Las manos sobre su piel podían negar la soledad. Los dioses permanecían solos en sus altares. Los miró; los ojos de ellos ya estaban bastante cerca; las luces de las antorchas se reflejaban en las pupilas negras, el humo les lloriqueaba los ojos.

—¡Sí, soy el Minotauro!

El grito hendió la gente: la placenta de una vaca que deja libre a su ternero. Un tiritón, podía ser frío y sed. Alguien le tendió un cuerno de beber. Agorácrito dice que nunca la gente reconoce a sus dioses cuando andan por las calles. Como Dédalo, la gente del pueblo sabía descubrir necesidades y agrandarlas y explotarlas, pero los poderosos eran los únicos capaces de inventar necesidades; atarían con ellas a esta gente. ¡No, no, no mencionaría más a Agorácrito, ni a Ícaro!

Muchos de los extranjeros olían mal, como los establos vecinos al anfiteatro, luego de los juegos. Le tendieron un ánfora muy hermosa; el vino de Samos. Ariadna le daría de beber nuevamente, con Teseo, Fedra y Pirítoo. Eglígida estaría en silencio. Minos y Pasifae se pondrían de acuerdo para matarlo, ¿sería bondad amar a un monstruo? Eglígida permanecería hierática hasta que la mataran.

Las sombras se renovaban; aguadores regaban, aún, las losas de las calles. Los cántaros, copones y cálices se tornaban más hermosos a medida que la calle se cubría de suaves piedras y las casas se levantaban en varias plantas con terrazas. Una mujer extranjera se prosternó y bebió ansiosamente lo que restaba del copón que le había ofrecido. Sedas y perfume de Egipto o de los hicsos; los nobles se humillaban con mayor facilidad: tenían más que perder. Las casas de baño con sus columnas y sus

cerámicas multicolores, sus piscinas y sus termas; en las puertas, los jóvenes agitaban campanillas y gritaban para atraer clientes. Los vendedores de daucos, la planta medicinal para adelgazar la cintura. Las sombras se acercaban más, lo rozaban. El vino se le escurría por la ancha boca, rebalsaba la pelambre del cogote y se extendía en infinitas y húmedas caricias. La piel del pecho, la del vientre, la de las nalgas y pantorrillas cesó de irritarse, el escozor se transformó en paliativo. El placer viboreaba como una roja chispa en la ceniza del hogar o como desagüe en las escalinatas inmensas del palacio de Knosós. Las manos lo acariciaban; muchas se detenían para demandar fecundidad y fertilidad. Una mano muy blanca, muy suave pasó desde su boca al testuz, reptó entre la pelambre, se enroscó en un cuerno; un leve golpecillo le retumbó en la cabeza con ruido semejante al rasgar de una tela; un quejido voluptuoso y la mano bajó, con la palma herida y destilando sangre, hasta un collar de ámbar con dientes de delfín para ahuyentar los «terrores».

Una casa muy iluminada, los hombres bebían y cantaban. Salió un grupo de mujeres danzando; los pies se despegaban de las losas, el torso muy recto y los brazos tendidos a la altura de los hombros mientras las manos se torcían en rítmicas castañetas. Un grupo de efebos, acaso eunucos para Egipto, les acompañaba en las figuras. Ícaro no sabía danzar. Teseo aprendería de Ariadna el geranos, la danza del laberinto. Febo le enseñaría a Ícaro todos los secretos de los dioses, y en el Himno a Apolo dirían: «se puso al frente de sus sacerdotes knosios, con una lira en las manos; tocaba y los tonos eran suaves, bellos y majestuosos los pasos. Los cretenses lo seguían golpeando el suelo con los pies, cantando el Io-Pean».

Un aro de mujeres se fue formando en su derredor; las sombras volvían prominentes los vientres, no era posible que todas estuvieran encinta; si danzaran hubiera sido repugnante. Bebió en el ritón que le tendían. Un perfumado y blancuzco licor oriental. Gilgamesh sabría cuanto se refiriera a mujeres. Gilgamesh rodaría borracho por las tabernas de Sicania; se había dejado engañar. «Ilitia, Ilitia», gritaron en coro, agitando sus collares de ópalos que impedían los abortos. En la primera luna nueva marchaban hasta la cueva de Ilitia, ese agujero negro en una ladera desnuda a bastantes estadios al naciente de Amnisós. Allí habitaba la ninfa Ilitia protectora de los partos.

La cabeza le pesaba; las bailarinas y los bailarines, cada vez más desnudos, apartaron a las mujeres embarazadas. El baile se tornaba lento y lascivo. No llevaban el cabello en grandes y delgadas trenzas que se balanceaban acariciando los senos como las keftis, serían egipcias. En la elección del dios-toro, en el Nilo, las bailarinas sagradas danzaban desnudas para excitarlo.

Trastabilló. Innumerables Ariadnas lo incitaban a beber, licores de loto, cinamono y azufaita; Ariadnas con infinitos pechos como la diosa de la Fecundidad. Crecían las luces y el vocerío, voces más rudas. Las manos que acariciaban su cuerpo se apartaban. Alguien había colocado en su mano derecha un ornamentado y alto bastón: el tirso que traía fertilidad a los hombres y a la tierra. Algún sacerdote del culto

heleno de Dionysos se lo habría ofrecido. Los dioses de ellos los invadían lenta e insidiosamente. Con el bastón apartó la mano y brazo, vendados como una momia, de un leproso, que le ofrecía su tisana de cenizas de comadreja y espárragos hervidos en vinagre.

Brillaron los coloridos escudos y las espadas, las voces se tornaban imperiosas. La oposición y la fuerza lo incitaban, quiso embestir, perdía el equilibrio, un bamboleo desorientado. Los escudos de cuero y bronce lo cubrían. Las voces elevaban el tono, repetían su nombre con algo de rugido, lo reclamaban. Exigían que los soldados de la improvisada escolta abrieran la barrera de escudos y dejaran tocar su cuerpo.

La grita llegaría hasta los apartamentos del rey Minos y de la reina Pasifae. El palacio ya no estaba rodeado de murallas; Minos, el legislador que recibía la aquiescencia de Zeus cada nueve años, no temía la rebelión del pueblo.

—¡Infinito! —el grito ronco se escapó de su garganta. Los guardias se miraron sorprendidos, la gente se apartó cohibida. Una palabra mágica. Nadie comprendía la palabra de Ícaro. No, la guardia, la fuerza, no podía ceder ante palabras que ignoraba. Las hojas de la puerta de cedro, bronce, y de esa plata de las minas del Laurión cerca de Atenas, se abrieron. Las imágenes en altorrelieve de los toros sagrados (alguno de ellos era su padre) cedieron girando desde la claridad que producían los humeantes hachones a la sombra del portal encolumnado.

La última gritería, las hojas volvieron a cerrarse. Los lebreles de caza del rey, ladraron desde sus perreras. Se apoyó en el muro de piedra del pasillo, reconoció al que comunicaba su patio cubierto con el anfiteatro. Aire cálido y tibio, susurro de voces. Pasifae tendría que escuchar las voces que llegaban de la calle, entrarían en el patio de columnas rojas y azules, atravesarían la sala de recepciones y la del trono. Los guardias se apartaron presurosos. Ariadna, la de las hermosas trenzas, lo haría matar con su diosa de las serpientes. Arrojó el largo bastón. La cabeza le giraba o planeaba como las alas de Ícaro. Calor y asco; el cuerpo le ardía. Echarse en las bocas redondas y negras de las cisternas donde se recogía el agua de lluvia de la techumbre.

Avanzó hasta que la luz del patio cubierto le dio en los ojos, los entrecerró. En el caballete estaban encendidos todos los redondos candiles de barro cocido; el aceite les sobraba, lo despilfarraban. Las luces, el sol, Ícaro. Se detuvo.

Samia y Mera danzaban abrazadas entre las columnas del pasillo, se tornaban columnas movibles, ágiles, espigadas. Se multiplicaban y confundían como si se reunieran en un solo haz para sostener una cúpula. ¿De dónde habrían sacado esas largas túnicas almidonadas? Debía de ser el peplo con que adornaban a Palas Atenea. Se transparentaban los cuerpos, brillaban los menudos senos.

Lo miraron sin miedo. Acaso lo estaban esperando; como los perros, olerían las caricias perfumadas que le habían dejado las mujeres y los hombres. Las túnicas almidonadas y el largo pliegue en el centro. No veía el rojo rasguño de ¿quién de las dos era la herida? Los colores azafranados del peplo. Ellas dos, las más jóvenes;

Eglígida dormiría. Tendría que comer tendido en su camastro y entre almohadillas.

Un baile cretense. Bailaban en silencio o él imaginaba. Descorrió el cortinado del espejo de Ariadna: se reflejaban, un color distinto, se alejaban como en un sueño. Se acercó asombrado a la pared del naciente, en un panel habían colocado un fresco que le hacía musarañas: un mono azul, entre rocas rosadas y pájaros desconocidos. Los monos eran astutos, libidinosos y estaban consagrados al culto de la luna.

Danzaban cada vez más cerca, lo envolvían. El mono azul debía venir del taller del maestro a quien había besado la mano. Besar, besar con su inmensa boca, luego de rasgar la túnica azafranada y tiesa. En el taller, en el palacio, había pocos frescos, ánforas o ritones que representaran escenas guerreras o combates. Eran felices, sonreían, gozaban.

Se miró al espejo, estaba desnudo. Los cuernos alargaban su figura, la estilizaban en cierta dignidad.

De un manotón desgarró la tela de la muchacha más cercana. Viboreó el rojo rasguño; los pezones como una frutita castaña pegada a la rama; había visto las frutas mientras tendido en el suelo esperaba a Ícaro. No se espantaron, estaba calculado. Nadie aparecería hasta que todo estuviese concluido. Salvo que fuera una trampa de Ariadna y Teseo.

La respiración se le agitaba al ritmo de las bailarinas. La que no estaba herida, ¿Samia o Mera?, se acercó hasta rozar su mano con el hombro. El crujido del almidón en oposición a la tibia suavidad de la piel.

Dio el zarpazo, la tela se rasgó en toda la extensión: un fruto que escapa de la vaina. Se abrazaban angustiadas, intentaban encastrarse como bloques de piedra sin argamasa, ajustarse porque han sido tallados para tal fin.

Giraban unidas: las dos leonas que sostenían la Columna Sagrada; tendrían que formar parte de la cofradía de danzantes sagrados. Todos tendrían que estar mirándolo. Faltaría muy poco para el momento en que ya no le importara nada. Era inútil que intentara pensar cosas distintas. Lo haría aunque fuese en la arena del anfiteatro, ante los espectadores ansiosos. Pasifae habría llegado a un instante en que nada, ni siquiera el rito, le importó. Tendió los brazos. Giraban como el huso de las hilanderas, en el ala oriental del palacio. Los brazos se le cerraban lentamente. Las dos ¿lo eran?, no intentaban alejarse, las caras atrozmente lejanas e inexpresivas, el éxtasis. Ya no conocía esas facciones. En el espejo, él era uno de esos Hermes que los helenos colocaban en los caminos. Agorácrito ¡Agorácrito! Las facciones diversas, inmóviles, heladas, Galeos la boca de yeso cristalizado, figuras talladas, hendidas, tajeadas en las amatistas, jaspes y cornalinas de los sellos de identidad.

Imposible. Tenía que llegar, el más leve tacto y los brazos se apretarían como garfios. Las caras, las facciones las había visto en otra parte. La misma expresión ausente, tremenda. Cerró los brazos con furia.

Las carnes se conformaban a sus formas. Ese monstruoso olor a sangre y semen que le brotaba de su propia piel.

XVII

—No quiero estar solo, Eglígida. Quiero que tu imagen borre la de Samia y Mera. Te llevaré a mi cámara, ya da lo mismo quien deba matarme. ¿Por que no hablas? ¿Piensas en los cuerpos de ellas? ¿No hueles mi olor de bestia que me borra toda la mente? ¿No me hueles?

—Te sigo; desde hace tiempo, ya no puedo matarte, menos después de lo que vi y sentí.

Empuñó el candil. No quería pensar; todo debía continuar como hasta el instante en que apretó ese solo cuerpo de las dos niñas. La mano de Eglígida se encerraba en la suya, redescubrió ese largo e intrincado sistema de pasillos y corredores. Cuando cesaran de temerlo, cualquiera lo recorrería sin perderse; sólo el miedo los extraviaba.

Entraron al dormitorio. Eglígida miró apenas, no debía importarle el lugar, sino las acciones que podrían suceder. Abrió la llave del agua traída del monte Juktas. Necesitaba borrar ese olor, limpiarse con las esponjas todo rastro de sangre y esperma. El ruido del agua cayendo en la tina de arcilla cocida fue el único sonido. Le bastaba la presencia de Eglígida en la cámara vecina. Confortaba la constancia tonal; todo era semejante, lo anterior y lo posterior al hecho. Borrar los tiernos frutos destrozados en el goce. Ícaro tendría que volver, habría estado con Febo, Ra, Apolo, o como le llamaran al sol; no, debía ser Horus, el sol naciente con su bella flor de loto, Horus el niño desnudo. Creer en eso era estúpido, pero no lo podía evitar. Los cuerpos sangrientos sobre las losas de yeso cristalizado. Eglígida estaría sentada en el arcón que servía de banqueta, inmóvil, sin atreverse a tocar nada. ¿Cómo había logrado separarlas en la medida necesaria? El grito de cada una de las chiquillas. Los verdaderos, los simples seres humanos tenían un registro tonal mucho más amplio y variado. Agorácrito, la voz de Agorácrito ya no respondería jamás en el ritón. Nunca pintaría en el taller del maestro la imagen de las dos niñas, tan íntimamente ligadas que parecían un solo cuerpo. ¡No! Tendría que ser una figura de oro o marfil hueca que se abriera y en cuyo interior apareciera su propia imagen. En el taller un aprendiz lo señalaría con el dedo. El dedo del adolescente crecía a medida que lo señalaba. La voz que los adolescentes tienen para el amor susurró «¡El Monstruo!». Las demás caras lo descubrían. Hundió su cuerpo en él agua fría. El espanto de los ojos odiadores de los hombres.

No había ojos de bestia alguna que supieran expresar el desprecio, el odio; sólo los ojos inteligentes de los hombres. Sus ojos, ahora lo sabía, no eran, en lo esencial, semejantes a los de su madre. Las voces crecieron. El aprendiz giró con lentitud, tal si meditara un paso de baile ritual, la cara se le fue iluminando: había cumplido la acción capital de su vida, denunciar al Monstruo. Lo lógico, lo humano, hubiera sido reírse del Minotauro cuando el pobre monstruo pintara; los animales carecían también del sentido del ridículo. Dédalo tendría que haberlo transformado en «El Guerrero». Restregó con fuerza su cuerpo, las lastimaduras volvían a abrirse.

¿Dónde estaba la acción, el objeto, que designaba la palabra ternura? ¡Agorácrito! El mundo vislumbrado, señalado y perdido en la otra ribera de un ancho río. Una brasa, un aire cálido que le rasgaba las entrañas.

Ya había luchado demasiado con ellos por haber nacido así. Ya ellos se habían servido de él: necesitaban ejemplos para justificarse. El murmullo llegaba muy lejano; ellos no podían cesar de hablar de él. El Monstruo crecía día a día. La ciudad, Kreta toda, era la tierra del Minotauro. Ya no hablaban, por temor sólo murmuraban. Si pudiera no pensar, como antes.

Escurrió el agua y secó su cuerpo. Se rodeó la cintura con un mandil.

Eglígida, inmóvil cerca del trípode, no lo oyó entrar. Contemplaba su dibujo del toro.

—¿Qué miras Eglígida?

Tardó un momento en contestar; de alguna parte regresaba su voz nostálgica:

—Un rectángulo muy largo, cercado por una muralla. La parte delantera es la más amplia, la usan como redil. Franqueando el portón de dos batientes se ve, a ambos lados, un cobijo para que pernocten los forasteros. En frente, el patio, en medio de él, el ara levantada a Zeus, protector de la morada y una cisterna para recoger el agua de la lluvia, también, un pozo para abastecer de agua potable a la finca. Lateralmente, las barracas para los establos, aperos, almacenes y los tugurios de la servidumbre. Atravesando el patio aparece la vivienda. Se entra por el peristilo, dos columnas para sostener las salientes de la pared. Una puerta de dos hojas y un grueso umbral da acceso a la gran sala de los hombres, resguardada de los ardores del sol. Altos postes sostienen la techumbre, con una abertura en el centro para que entre la luz y salga el humo del fogón. Contigua a la estancia principal está la sala de las mujeres, el gineceo, pero no como el tuyo, Asterio, donde con las esclavas se realizan las tareas de la casa. Luego, más atrás, la alcoba y el lecho matrimonial, la cámara de las armas y los pobres tesoros y, por fin, el cuarto de baño; todo en un campo de 40 estadios, que producía mil medimnos de cereales; pero nada es tan hermoso como en tu casa. Esta es la descripción que un rapsoda ciego hizo de mi casa, la casa de mi infancia que nunca volveré a ver. Relato que, antes de partir, mi padre me hizo aprender de memoria para que siempre lo llevara conmigo. Miraba todo a través de ese toro pintado.

Ballrich zamarreó el martillito de plata en un juego nervioso.

—¿No es, acaso, una pintura este toro? Nadie, o pocos, tienen idea de cuántos siglos, milenios, han sido necesarios para pintar esta imagen de carne que les estoy ofreciendo. Sí, algunos pocos saben; es a ellos a quienes me dirijo. A ellos les contaría, más allá de las cabañas escocesas de donde vinieron los abuelos de este toro Minotaurus VII, la historia fabulosa que recuerda este nombre. Pero no tenemos tiempo para mitos —sonrió irónico, un leve golpe con el martillito en la ménsula del palco—, salvo los mitos

políticos y logísticos que son nuestra única forma de gobernar y criar toros... —se cortó, había olvidado «la presencia» del Ministro de Agricultura, y que un rematador jamás tiene ideas políticas en su palquito. Los vendedores tienen las ideas políticas de los compradores—. ¿Medio millón más? ¡Ciertamente veintiún millones no es un precio justo para esta pintura! La carne no admite mitos.

La miró casi aterrado, en el toro privaban los colores rojos. La carne y la sangre abierta. El horror, pintado, serían las cálidas piernas con tenues sombras, destrozadas, ensangrentadas. Carnes en brillante color de esmalte tibio, recién surgido del horno. El agua no podía lavar.

—Lo pinté yo —señaló el cofre de los colores; debía desviar la mirada de ella. Volvió el silencio; sólo el agua escurriéndose en el desagüe. Su pasillo atravesaba esa ancha canaleta colectora que recorría todo el palacio.

—Ven, Asterio, acuéstate, curaré tus lastimaduras, he traído el unguento. —Se acostó con docilidad, necesitaba esa voz. En sucesión de relámpagos cruzaron todas las voces que había necesitado—. No temas, todas sabíamos lo que iba a suceder. Estaba acordado tácitamente, después de lo que conversamos en el gineceo. Comprendimos que elegían con justicia. Creían en el rito religioso o se hendían en el horror y la desesperación. Eras el dios. Han muerto religiosamente.

—¡Yo las vi! ¡Las vi sólo un instante, sólo un instante tuve seguridad de que veía! Lo demás yo era —dudo— el Monstruo. Yo las vi, en lo más tremendo; cuando todo parecía estallar o hundirse, se escurrieron. Un raro quejido, se ensartaron cada una en un cuerno, y yo caí hacia adelante. Lo tendrían calculado, las habíamos enseñado en la arena.

—Hablaban interminablemente, hasta cuando dormíamos; como si usaran un idioma sólo conocido por ellas.

—Se ensartaron y saltaron los dos chijetes de sangre tibia. ¡Es espantoso, Eglígida!, porque, en ese momento del baño viscoso de la sangre, las entrañas se me vaciaron por el sexo. ¡Soy un monstruo! —no pudo conservar la rigidez de la cama, gritó—: ¿Hasta cuándo van a servirse de mí?

La mano de ella subió muy lenta hasta el hombro; una voz que lo llamaba y protegía. Pocas veces habían tocado sus hombros con igual suavidad.

—Hasta que mueras, hasta que muramos. Duerme, yo estaré a tu lado, todavía no tendrás que matarme ni —dudó, el pudor le incitaría a elegir la palabra— amarme.

Se tendió con docilidad. La mano de ella desanudaba el cordón del mandil. Si lo tocara, como los demás —la sangre le borboteó—, tendría que matarla. Matarla por causa del desencanto. Cerro los ojos. La vista no le anticiparía los movimientos. Un aire leve, como si agitara una tela. Lo había cubierto con esa ancha tela de lino que separaba los almohadones de su cuerpo y las mantas. Con movimiento apenas perceptible desparramó algo fresco en su hombro, le aliviaba el escozor. La mano con

el ungüento recorrió el antebrazo, luego el brazo, en un juego tierno saltó al pecho, a las tetillas con los músculos tan desarrollados por los ejercicios. La mano llegó al vientre, el bálsamo lo calmaba. ¿Por qué decían ellos que lo animal era la preeminencia del sexo? Suave, como si temiera despertarlo, la mano bajó a la pierna. La rodilla le ardió, había rodado varias veces en la noche. Intentó quitar, esconder los pies a las manos de ella; nadie se había ocupado jamás de sus pies tan toscos. Angustia dulce se le anudaba en el pescuezo.

—¿Duermes, Asterio?

—No podría, Eglígida.

—Entonces, vuélvete boca abajo, tienes muy lastimada la espalda —la obedeció. Tuvo vergüenza, era absurdo, ridículo, que un ser como él experimentara esas sensaciones. Hacía falta que retumbaran las carcajadas de Ícaro y Gilgamesh—. Cuando tú no estabas Asterio, un maestro del taller trajo ese cuadro del mono azul, como regalo y para decirte que te esperan siempre. Contó, también, que ahora le llaman el Maestro de la mano que besó el Minotauro. Samia y Mera bailaron imitando al mono azul.

—Ya no tendré tiempo de volver al taller. Es necesario que llegue mi hora. Ustedes me han vencido, nos han vencido. Mi hora, Eglígida.

—Nuestra hora, Asterio —la miró; estaba en todos los rincones donde su alma azorada intentaba dirigirse—. Duerme, Asterio. Pasado mañana, cuando nazca el sol, comenzarán las fiestas de la Fecundidad. Pero antes sucederá algo, debo decírtelo. Dos oficiales de la guardia real vinieron hoy a buscar a Teseo; volvió después de largo rato. Pirítoo me confesó que había hablado con Minos, el Sacerdote Mayor, el Estratego Mayor y Ariadna. Ella lo puede todo en este palacio, en este país donde mandan las mujeres. En mi casa, las mujeres tenían su lugar y jamás invadían el de los hombres.

La voz de Eglígida comenzó a apagarse, entraba suavemente, dulcemente y le producía sensación de amorosa paz y confianza. La ternura. La guardia con sus lanzas de tres púas, los dos soldados y el oficial que los apostaba con su espada en la mano izquierda y en la mano derecha el simbólico bastón de mando, se borroneaba, Teseo lo...

XVIII

La voz retumbó en la cámara, una voz agria, ahogada y desesperada.

—¡Ícaro! ¡Asterio!

Se incorporó. Eglígida se despertó azorada; había dormido tendida a su lado. Entre el marco y la hoja de la puerta, como si se sostuviera en ellos, los ojos abiertos, estaqueados por la angustia, aparecía Dédalo.

—¿No está aquí? ¿Tampoco está aquí? Entonces... —la desesperación le dificultaba aun más, las palabras. Dédalo avanzó tambaleante y se dejó caer en la banqueta. Gritó, los ojos ensangrentados—: ¡Ícaro! ¡Ícaro maldito! ¡Te lo había prohibido! ¡Mis mejores alas, treinta años para pensarlas y construirlas! —la voz se le volvió lamentosa—. Las has destrozado y perdido. No has sabido esperar... Ya no las veré más.

—¡No, Dédalo! ¡Dijo que volvería! Volverá al amanecer —no podía creer lo oído—. Volverá, ¡tiene que volver!

—Amaneció hace horas. No puede volver ya —casi arrastrando los pies se dirigió hacia la puerta—; no entendía que las cosas tienen una medida, ¡que hasta yo mismo tengo esa medida! —Le clavó la mirada posesivamente—. Quieren destruir todo lo que yo realizo, todos se unen para hacerlo. ¡Te destruirán a ti, Asterio! ¡Me quedaré sin mis alas y sin mi Minotauro y me encerrarán en tu laberinto! Te destruirán los que más debían quererte, los de tu sangre, a la inversa de lo que sucede entre los animales, en ese mundo del que te arranqué para situarte en el límite. Y mi otro motivo de vivir lo ha destruido quien debía quererme más que ninguno, ¡mi propio hijo! ¡Si yo pudiera hacer todas las cosas solo, absolutamente solo! —Se enfureció—. ¡Necesitaría hombres que obedecieran sin pensar, un ejército de hombres mecánicos! ¡Tú me fallaste en lo esencial, yo creí que me descubrirías el razonar de la bestia!

Desapareció en el pasillo. Por el ducto de aereación llegaba el mortecino claror, tendría que estar alto el sol.

—Llévame, Asterio, no he cumplido con las honras fúnebres a Samia y Mera. Tendremos que ponerles unas estatuillas de bailarinas en sus tumbas, para que sigan bailando en el más allá. Llévame, debo ayudar a mis compañeras. —Salieron de prisa, tomados de la mano.

—O creerán que has sufrido la misma suerte de Samia y Mera.

—No, Asterio, ya hemos terminado por conocerte.

—Agorácrito dice, ¿dice?, dijo: La certeza de la muerte afina los sentidos, gastamos todas las reservas. Todos moriremos, pero ustedes son los únicos que saben la fecha —Eglígida debía mirarlo dolida, no lo podía comprobar; en la obscuridad del pasillo las palabras se volvían más cálidas y sensibles; no sólo en el sonido sino en la piel de las manos unidas—. Esto me ha permitido dormir a tu lado sin tocarte.

—Nunca he estado al lado de un hombre, en el mismo lecho. Sólo quiero que no dejes que otro toro o persona me mate. Yo no sé danzar como Mera y Samia.

—Así será, pero antes sabrás que nunca me sucedió —se detuvo, la abrazó, intentó besarla pero volvieron a florecerle en los gruesos labios las bocas de Samia y Mera. Aceleró el paso.

Al desembocar en el salón del espejo, se detuvo en seco. Divisó a Ariadna, en la sala vecina tirada en uno de los camastros que utilizaban para comer.

—Te esperaba. Tuve el placer de acompañar a Dédalo; no lo *seguí* hasta tu cámara porque interrumpir el amor me parece de excesivo mal gusto, casi tanto como espiarlo desde un pasillo más o menos secreto.

—Eglígida, sigue tu camino, te esperan —dijo Asterio, cortándole el tono burlón.

—Una sacerdotisa de Dictynna les entregará los adornos rituales para la fiesta —miró alejarse a Eglígida, rio—. La cara desesperada de Dédalo por causa de las alas de Ícaro, bien valía la espera. Aunque ahora te hayas vuelto demasiado racional, este tu mundo subterráneo tiene un fascinante y atractivo olor a sexo.

La miró detallándola, usaba el atavío de gran sacerdotisa: guirnaldas de perlas y esmeraldas, el rico corsé de oro que exaltaba con insolencia los senos desnudos; aros con un balancín de esmeralda sosteniendo una perla hueca llena de perfume líquido, que de tanto en tanto dejaba caer una gota sobre su hombro; jugaba entre los dedos con una menuda doble hacha de amatista.

—¿Te extraña que haya venido con este hábito? Piensas que molestarme por la cara de Dédalo es pobre motivo. Sabes, además, ¿lo hueles?, que ya no están aquí ni Teseo ni Pirítoo, que los hemos llevado a la Villa Real, ¡oh, pero te los devolveremos para la fiesta! Entonces, pensarás, mi querido hermano, por qué habré venido yo, tan luego yo con mi traje ritual. Quizás para anunciarte los concursos musicales y poéticos, los premios de canto sagrado y cítara, pero no tendrás posibilidad ninguna, se presentan Taletas, de Gortyne, y Crisotemis, ¡pero qué necia soy, si tú prefieres la pintura, como la prefiere nuestra madre! Ella se ha quedado pasmada de asombro al saber tu visita al taller, ¡la sangre!

—¡Basta, Ariadna! ¿Qué desgracia vienes a anunciarme? Es mi cara lo que deseas ver, ya estás harta de la desesperación que causas en las caras humanas.

—Razonas demasiado, Asterio. Nuestro «primo» Amenhotep, el hijo del Faraón, se negará a creer que eres el Minotauro; esto preocupa mucho a nuestra madre.

—¡Basta, habla de lo que traes!

Se incorporó, tal si estuviera dispuesta a dar movimiento a las víboras de oro y marfil que cerraban su corsé.

—Pasifae ha ordenado, como gran sacerdotisa de Dictynna, y Minos, como supremo sacerdote, que mates al Toro Sagrado. Le ha llegado el tiempo, los nueve años.

—¡Y luego me harán un juicio por matar a alguien de mi sangre!

—Supones demasiadas cosas. Agorácrito te llenó la cabeza de sospechas contra tu propia gente, eres un extranjerizante. Un juicio no arreglaría nada, ni siquiera en este país del formulismo y la ceremonia. Sin Ícaro, careces de sutileza; Eglígida es una

campesina torpe. Además, Minos ha resuelto verte de cerca, hablar contigo, comprobar.

—¡Que Dédalo se equivocó en la evolución!

Ariadna caminó en dirección de la galería de donde surgían los dos pasillos secretos. Las trenzas negras, entretejidas con anillos y flores de lirios en oro y perlas, le pendían casi inmóviles a la espalda. Sabía deslizarse con majestad; entre ambos tobillos, una cadenilla de oro regulaba sus pasos, según la moda senaar para las vírgenes.

—El jefe de la guardia real vendrá a buscarte, luego de la comida del mediodía.

Lo siguió con docilidad, creyó ser uno de los rehenes camino del anfiteatro. El pomo de cristal del espadín del jefe de la escolta brillaba a la luz de las ventanas que daban al gran patio interior del palacio. En el antiguo altar, un grupo de viajeros realizaba las libaciones con los ritones triples: agua, vino e hidromiel. Las sacerdotisas bendecían con los brazos alzados a la altura de los hombros, las manos abiertas y los dedos separados. En el peristilo del cuerpo de guardia, los escudos colgaban de la pared; los soldados saludaron apartando de sus torsos y hacia adelante la lanza de tres púas. Divisó, al poniente, la torre cuadrada que dominaba esa entrada y servía para albergar la guarnición, y el comando, con sus carros de guerra y armas. Los había escuchado. Gilgamesh se burlaba del afán kefti de anotar todo. Descendieron por una de esas sabias escaleras cuyas canaletas serpenteantes recogían y evitaban las filtraciones.

Atravesaron el gran patio central en dirección a los apartamentos privados.

No lo llevaban al salón del trono; Minos no querría exhibirlo a los vasallos, gobernantes y embajadores que atosigaban la estrecha sala de espera con su fuente de abluciones, y hasta los peristilos. Sólo los prisioneros pueden conocer tan bien el mundo inaccesible que los rodea: El color rojo canela, con que estaba pintado el fuste de las columnas, cambió por un azul marino que incitaba a tocarlas, acariciarlas. Debían llevarlo al departamento privado del rey. Un patio de grandes lajas, las columnas de nuevo. Desde el vestíbulo, tenían la apariencia de un bosque de gruesos y desnudos troncos. Le asombró: su patio cubierto y sus cámaras públicas eran mucho más grandes que los del rey.

En un rincón del patio dos chiquillos jugaban a la taba, otros, a la rayuela; alguno podría ser su hermano. Tembló, tuvo la certeza de que, por fin, vería a su madre, hablaría con ella. Varios guardias apartaron sus lanzas como saludo. El oficial pasó tras un gran cortinado; un cuchicheo.

Se levantó un extremo de la cortina, una figura simiesca, el mono azul que le habían regalado, saltó sobre un trípode y quedó contemplándolo. Estaba rica y excesivamente vestido; los dedos cubiertos de anillos y las trenzas con abejas de oro. No era un mono, en la semipenumbra se iban delineando las facciones.

—Sí, soy yo Hatti —soltó una carcajada, creyó reconocer la de Ícaro; la gente de las cortes aprendería a reír de los bufones—. ¡Al fin nos conocemos, mi caro

hermano! ¡Oh, no te asustes, en esta corte tan zoológica los monos no tuvieron suerte! Déjame mirarte hermano monstruo —saltó del trípode y comenzó a rondarlo con sus piernas en arco—, sí, hermano monstruo, desde chico me torcieron las piernas y los brazos. Exageraron las líneas y curvas del cuerpo humano porque parece que esto es lo que más gracia les causa a ellos. Déjame ver —con impertinencia le alzó el mandil—, ¡claro, ahora me explico todo! ¡Qué hermoso eres! ¿Si yo te hablara de filosofía, me llevarías a tus cámaras misteriosas? ¡Pero tú pintas, yo hago poemas, sí, versos, cosas de monstruos! ¿Has visto al hermoso general que te trajo? Es el favorito... el favorito de... no te cuento cosas que no te interesan, pero nadie le habla de filosofía, ni de pintura, ni de epopeyas, son cosas para degenerados, él piensa así, degenerados extranjerizantes... No lo sabes, mi hermano monstruo, pero vives en un hormiguero... Ellos se ríen de mis uniformes y colgajos. Otro, el navarca máximo, complota en contra de tu padre putativo, se entiende con los aqueos... ¿Verdad que tú sabes todo lo que te hablo? —Tenía la cara de una gran araña de mar—. De tanto mirarme, cuando vuelvas a tus espejos te encontrarás que posees una hermosa cara, para eso me tiene el rey —la risa de Ícaro—. Yo soy el único que digo la verdad en la corte, tengo el derecho de los monstruos, entonces, todos creen que digo cosas cómicas, ridículas, absurdas. Y tienen razón, porque así es la verdad.

Parte de la cortina se corrió, el bosque, los toros pintados o bordados, uno cazado en red blanca, se plegaron formando extrañas figuras en la tela. El jefe de la guardia le abrió paso, luego de soltarle despectivamente al bufón:

—Minos ordena que te retires a tu cámara.

—Dile a tu amo que ordene mientras pueda, puesto que ya no sabe en nombre de quién manda —inclinándose, zamarreó su mitra emplumada ante Asterio.

—Adiós, hermano monstruo, me temo que no tendrás tiempo para aprender a pintar. La vida de los príncipes suele acabarse de improviso —cuando el cortinado lo ocultó al caer a sus espaldas, descubrió que el asombro le había impedido contestar.

Un aire más fresco. La luz, que entraba por la abertura, iluminaba a las pocas personas en el ancho y bajo salón, como si estuvieran recitando en el teatro que Dédalo había construido en el ángulo del poniente. En las paredes, pinturas con delfines y leones marinos símbolos del poderío naval. En el piso hachas de nácar sobre planchas de alabastro. Se estremeció, las palabras del bufón se repetían en su memoria. Sentado ante un trípode de patas cortas, Teseo jugaba al «ajedrez real» con alguien del cual sólo veía la espalda y esa cintura de avispa que tenían los cretenses, debía ser Minos. La mirada le quedó fija en el tablero de bronce y piedras duras azules y blancas. Con una figurilla de lapislázuli y oro en la mano, se volvió; la mano le quedó inmóvil por la sorpresa.

—Sed bienvenido, Asterio —dejó la pieza del juego y alzó los brazos en cruz, a la altura de los hombros, flexionados en los codos y las manos abiertas. Minos no podía olvidar que era el Supremo Sacerdote, tenía que bendecirlo o protegerse del mal de ojos. Contestó el saludo levantando la mano hasta cubrirse los ojos, tal si la majestad

lo deslumbrara. Teseo se puso en pie. La vista se le acostumbraba a la luz tamizada, descubriría detalles. Salvo Akashan, el médico principal, desconocía a los restantes.

—Ya lo ves, Teseo, es un juego complicado pero no para nuestra inteligencia.

—Lo veo, Señor del Cielo y del Averno, espero me daréis tiempo para aprender a jugarlo bien...

La voz era sonriente; Teseo tenía la suficiente confianza como para permitirse bromas e indirectas. Estaba condenado, infinito cansancio lo abrumó. Teseo desapareció tras la otra cortina, una más pequeña, con altos lirios blancos y azules sobrevolados por pájaros rituales, que debía comunicar con las cámaras del rey. Creyó oír la voz de Ariadna y hasta su risa.

Minos dudaba, con movimiento inquieto llevó la mano derecha hasta el triple collar de oro que, sobre la camisolina de lino azul, le recorría el pecho desde un hombro al otro.

Soltó el collar en un brusco ademán.

Salvo el médico los demás abandonaron la sala. Los ojillos grises lo observaban con atención; dijo con tono casi insolente:

—Asterio, deseó saber lo que tú conoces sobre las alas de Dédalo y el vuelo de Ícaro.

Nada podía perder o ganar con su respuesta, el tono de su voz se tornó seguro.

—De las alas, de su mecanismo, nada sé, Señor. Esto resulta fácil comprenderlo, no tengo capacidad. En cuanto a Ícaro, yo lo vi remontarse hacia el sol y no regresar, Y me duele porque era mi único amigo, si es que yo puedo tener amigos.

Minos lo miró con fijeza de hombre acostumbrado a juzgar, a acordar la vida o la muerte. Se imaginó su par: él, también, acordaba la muerte. Las facciones de Minos se distendieron.

—Seremos huéspedes de ilustres personajes para las fiestas de la Fecundidad. El hijo de nuestro «hermano» Amenhotep, el tercero, y sus médicos vendrán a consultar a Akashan y aprender sus lecciones de trepanación. ¿Sabes que nuestros médicos son los mejores, que hasta de Babilonia vienen a consultarlos?

—Sí, Señor, lo sé. También sé que en Faros hemos construido el puerto más grande que se conozca, para Egipto —contestó secamente, no era para esto que lo había llamado.

—Es así, el mar es nuestra vida. ¿Te molestaría que Akashan te revisara? —la sorpresa le impidió contestar.

—Queremos saber si tu edad se rige por tu costado humano... Y, también, conocer tu estado de salud, ya que debes realizar tareas tan arduas.

—Matar al Toro Sagrado, por ejemplo. Puede revisarme, no será la primera vez.

Minos lo miró con dureza; no le estaban permitidas las ironías de Teseo. Se sometió. El médico comenzó a palparlo, mientras recitaba en tono monocorde:

—Contiene la cabeza veintidós navíos que conducen los espíritus por ella y los envían desde allí a todas partes. Hay dos navíos para los riñones, que comunican el

calor hasta el fundamento. Hay dos navíos para las caderas; dos para el cuello; dos para el occipucio; dos navíos para la frente y dos para los ojos, dos para los párpados, dos para el oído derecho con los cuales penetran los alientos o soplos deliciosos de la vida, dos para el oído izquierdo con los cuales penetran los soplos o alientos de la muerte —calló para escuchar los ruidos del pecho y luego en la espalda—. En cualquier parte que coloque mi mano cae en el corazón, «laíti» le llaman mis colegas egipcios, que es el comienzo de todos los miembros. Asterio, hijo de Pasifae, está pleno de los alientos deliciosos del Norte, como corresponde a su adolescencia de hombre.

Los lirios blancos se movieron, alguien estaba escuchando tras el cortinado; debía estar cómodamente sentado, pues se notaba el bulto de las rodillas. Un rápido brillo de botinas doradas y correhuelas con perlas bajo un pliegue de la cortina. No le cupo duda, su madre la reina Pasifae.

—Minos, Señor, yo estoy acostumbrado a que me espíen y vigilen, ¡pero el rey y supremo sacerdote! Alguien escucha tras la cortina a vuestras espaldas; si no tiene derecho debe ser castigado, en caso contrario invitarlo a...

La cortina se abrió corrida por dos de los pajes, hijos de grandes señores vasallos que servían en palacio. Los ojos negros y rasgados como los suyos. Debía lucir uno de los trajes de gran aparato que estaban probándose. Tremendo deseo de acercarse a esa imagen policroma y deslumbrante de joyas, de randas de las tres especies de rubíes, de las doce de esmeraldas, y las calcedonias que curaban venenos; inmóvil, lo contemplaba ocultando la más leve curiosidad. Su madre fingía, nadie podía mirarlo con esa actitud. Abrazarla y quebrar su impasibilidad. La ternura/Eglígida/en su cara de toro debía resultar monstruosa o ridícula. Al menos, inclinarse, besar la mano. La risa, la burla de los humanos. Tocar a su madre. Llevó la mano hasta la altura de los ojos deslumbrados; el saludo tenía ahora sentido. Tan remota como en el palco real del anfiteatro. Las camareras que ensartaban anillos de oro labrado en las delgadas y numerosas trenzas, se alejaron a una señal.

—Si no me sobrara con el derecho de reina y sacerdotisa, me alcanzaría con el de madre —un tono inseguro al pronunciar la palabra.

Tras una reverencia, Akashan se retiró. Estaban solos, pero Ariadna y Teseo debían escuchar.

—Hace años que no le oigo mencionar esa palabra, es probable que nunca la haya oído o comprendido.

—Tengo otras obligaciones, vigilar los talleres de hilados y tejidos, no he nacido sólo para cuidar hijos de hombres o de dioses —los labios y los ojos parecían tener vida—. Queríamos verte de cerca.

—¿La atracción del monstruo o la del condenado?

Las palabras debían tocar su sistema nervioso, las manos de Pasifae se le cerraron y volvieron a aferrarse al apoyabrazos del sillón.

—Como monstruo te he llevado en las entrañas. Te jactas y envanece de serlo.

—Ustedes me obligan, es mi única defensa.

—En cuanto a la condena, soy yo quien dicta justicia en Knosós y toda Kreta — interrumpió Minos.

—He visto aquí a quien vino a Knosós con el solo fin de matarme. Más aun, Ariadna está dispuesta a dejarse raptar por Teseo.

Volvió a producirse una pausa incómoda.

—Este es un problema de gobierno que no te concierne.

—Me concierne, en cuanto Teseo se ha comprometido a matarme y regresar a su país transformado en héroe.

Pasifae abandonó su posición arrogante:

—Los helenos son bárbaros, todavía creen en los héroes y los necesitan.

—Y ustedes están dispuestos a permitirle que se convierta en héroe.

—¡Te vuelves demasiado sutil por no decir insolente! Nada ha variado, en apariencia, todos los efebos lucharon contigo defendiéndose —dijo Minos en tono airado—. Salvo que si Ariadna se casa.

—Cesarán los rehenes y mi utilidad.

Pasifae y Minos respiraron aliviados. Estaba dicho.

—Utilidad es una fea palabra, que ya usan demasiado los intendentes de palacio. Como suprema sacerdotisa deseo saber si estás dispuesto a matar al Toro Sagrado.

La miró con asombro, era increíble que esa mujer lo hubiera llevado en sus entrañas. Los descendientes de Teseo, en el correr de los milenios, dirían que era un mito. Ya no valía interrogarla. El Toro Sagrado debía ser de la misma sangre de su padre, o toda Kreta pensaría que lo era, que mataba a su propio hermano. La miró, quiso penetrar hondo en sus ojos, escarbar hasta que encontrara el menor rastro de amor. Los ojos de su madre. La voz continuó helada, para un desconocido. Odiaba en él su acto ya lejano, él se lo traía y renovaba.

—¿Te has vuelto tan heleno, tan extranjero, que me miras así porque te pido que sigas nuestras tradiciones? Tu madre no te enseñó eso, tú has elegido otro camino. No necesito haberte visto o criado, entre nosotros la sangre enseña.

—Sí, por ello mataré al Toro Sagrado que es de mi sangre mezclada con la vuestra, Señora.

XIX

Los largos cuernos, transformados en instrumentos musicales, los «mugidores», lanzaban su llamado desde lo alto del monte Juktas. La multitud comenzaría a reunirse en la inmensa explanada que se abría entre jardines y escalinatas cubiertas, en el costado del poniente.

—Nos llaman, Asterio —Eglígida lo miró apenada por cuanto aún quedaba sin ordenar ni arreglar en la cámara; echó una última mirada al toro pintado.

—Ya no podré pintar más. Me han enseñado todas las cosas para que supiera bien lo que he de perder. Esto es la ciencia humana —Eglígida parecía disminuirse a medida que escuchaba sus palabras, como si aceptara la responsabilidad de todos. ¿Podría amarlo como a un hombre normal? La gente normal deseaba poseer cosas únicas, distintas, para despertar envidias—. Hoy mataré al Toro Sagrado y Minos se transformará en el Supremo Juez. Pediré, a cambio, tu vida, la exigiré.

—Mi vida tiene la medida de tu vida, Asterio. Cuando era una chica feliz y me sentía alegre, siempre guardaba un rincón triste en mi alma para esconderme en él si me alcanzaba la desgracia; ahora todo se entremezcla y esto puede ser la felicidad.

—No tomarás parte total en el juego con los toros. Esta noche serás la mujer del Minotauro —no quiso mirar su cara, ni el posible rubor o el espanto o el amor, simuló ordenar la urna de los colores; realizaba con aparente calma acciones contrarias a sus sentimientos, como los hombres—. Mañana debe ser el día que mi madre ha consagrado a Terco, el Héroe, o pueda que ella piense solo en el destino de su hija Ariadna, ya que nada puede variar en el mío. Todavía no hemos terminado, nunca terminaremos, con el rito brutal de dar los hijos en sacrificio a las divinidades.

El bramido de los «mugidores» creció. De toda la isla habrían llegado peregrinos en largos y difíciles viajes, acamparían en las inmediaciones del bosque sagrado. La gente del campo amaba el sonido de esos instrumentos de tres brazas de largo que se apoyaban en el suelo.

Se ajustó el mandil, Eglígida le ayudó a colocar la mitra. En el edículo del santuario le darían los trajes femeninos rituales, que los hombres endosaban durante las ceremonias religiosas.

Los dos grupos se reunieron en el patio cubierto: tres mujeres y cinco varones. No los veía más en tal sitio. Se miraron entre sí; descubrir algo más allá de esos trajes rituales que les habían obligado a vestir. Teseo se adelantó con seguridad que sólo compartía Pirítoo:

—Sólo puedo prometerles, en nombre de Minos, que nuestros cuerpos serán quemados, según nuestra antigua tradición, cuando se muere en combate.

Caminaron por el pasillo subterráneo hasta salir al gran patio central. Su mirada saltaba intermitentemente de Eglígida que, con las doncellas, encabezaba la marcha, a Teseo. En manos de ambos estaba su destino, por primera vez experimentaba esta certeza. Matarlo durante los ejercicios y huir. ¿Huir dónde? ¿En dónde podría

ocultarse?

—Mira, Teseo, contempla con los ojos bien abiertos, todo lo que suceda en este día enriquecerá la tradición de tu pueblo.

—Salvo que el Minotauro quiebre mi destino —lo, miró sereno, de nuevo se medían y descubrían ante el espejo de Ariadna; la expresión se tornó, angustiada, era demasiado joven para sentirse cómodo en la traición; eran demasiado jóvenes—. Asterio, te aplicarán un juicio inventado por Pasifae, luego que mates al Toro Sagrado —¿o pudiera ser que Teseo deseara ganarse su buena voluntad?

—Lo sé, Teseo. Mi propia madre no lo ha negado. Tú y yo, los de nuestra edad, hemos sido sacrificados al mundo de nuestros padres. Lo importante, si eres sincero y no sirves a tu fama de astuto, es que no hayas podido callar. Ya no somos enemigos sino adversarios —las columnas rojas se recortaban sobre el verde de los jardines en terraza; ¿cómo podía la gente pasar entre los colores sin sentirlos?—. Esta es nuestra última conversación. Volveremos a enfrentarnos como el destino.

Al llegar cerca del altar, la guardia se detuvo. Asterio avanzó hasta Eglígida, no necesitó rozar su mano. Las sacerdotisas se adelantaban para demostrar que él poseía la dosis de divinidad que reclamaba el ritual, cesaría de ser el Monstruo para transformarse en el hijo del Toro Sagrado y de la Suprema Sacerdotisa Madre. Tenía que ser su mano la que lo hiriera; la potencia viril y fecundante señalaba lo sagrado. Ícaro habría soltado una carcajada. Ícaro y su padre tenían la religión de lo que creaban ellos mismos. Necesitó mirarla, transmitirle la certeza de que nada le sucedería hasta la noche. La justicia podía alcanzarlo como un nuevo acto ritual. Pasifae, Minos, las sacerdotisas y sacerdotes se reunían para variar el culto, asombrar a los fieles con nuevos ritos e invenciones. La imaginación ayudaba a la fe. Eglígida tenía confianza, creía en él.

Las sacerdotisas se inclinaron reverentes, dos acólitos lo acompañaban para guiarlos. Antes de alejarse con el nuevo cortejo, se volvió para mirarla: seguían erectos, silenciosos.

La gente cubría el temor con la solemnidad.

Lo desnudaron con parsimonia junto al recipiente de piedra que, como una piscina menuda, ocupaba parte de la sala de lustración. Cuatro acólitos trajeron unas jarras de largo pico marcadas con el emblema de la doble hacha. Lo lavaron casi sin tocarlo, mientras una de las sacerdotisas pronunciaba palabras herméticas o en un dialecto que desconocía. Luego de secarlo, la sacerdotisa hundió los dedos en un alabastrón y le ungió el testuz y el sexo con unguento perfumado. Volvieron a rodearle la cintura con el mandil. Desde la gran explanada frente al palacio llegaba el murmullo del gentío.

La procesión crecía en la medida que se cumplían ceremonias; le acompañó a la cámara sagrada donde el rey ejercía las funciones sacerdotales. Dos salas separadas por dos gruesos pilares sagrados que tenían grabadas muchas veces el signo de la doble hacha.

Un grupo de sacerdotisas aguardaba junto a dos arcones de piedra ubicados en el suelo. Dos acólitos inciensaban los cofres abiertos para apartar los demonios. Uno contenía imágenes y símbolos religiosos antiguos, las reliquias del palacio: estatuillas de cerámica de la diosa Dictynna con sus serpientes, vasos de diferentes formas, conchas y peces voladores, una cruz de mármol con brazos del mismo tamaño, e infinidad de piedras preciosas. Sobre este cofre y en una ménsula aparecía un ánfora de alabastro, con la cartela de oro, que había enviado Amenhotep, el ten ero, por intermedio de su hijo. Del otro arcón sacaron el traje sacerdotal, le ajustaron la falda calzón moteada, que conservaba la forma de la piel de leopardo usada antiguamente, hasta con un principio de rabo. Los acólitos le colocaron el cinturón votivo con placas de oro. La sacristía de Knosós tenía fama de ser la más rica de los palacios reales.

Por la escalera que comunicaba con los apartamentos reales, aparecieron Pasifae y Minos, con cetro, corona y traje de ceremonia. De un cofre más pequeño, la sacerdotisa sacó dos cinturones de piedras preciosas y oro, luego de una reverencia se los ajustó. Con las manos en actitud de veneración recibieron a la sacerdotisa mayor cuyos acólitos traían devotamente un largo estuche de plata y oro con relieves, escenas de juegos táuricos. Debía ser el cuchillo.

En un silencio apenas interrumpido por el susurro de las indicaciones, se organizó el cortejo; le sorprendió que lo ubicaran en seguida de los reyes y la sacerdotisa mayor. Ariadna, Fedra y lo restante de la familia debían estar ya en el estrado.

Ante la aparición del cortejo, los tocadores de lira cítara y doblé flauta, que tomarían parte en los concursos que duraban varios días, ejecutaron un breve himno. El gentío, que llenaba el ágora en el costado oeste del palacio hasta las inmediaciones del árbol sagrado, saludó reverente. Una masa multicolor y vibrátil bajo el cielo azul grisáceo del amanecer llegaba desde el terrado del Norte y por el ágora hasta la ribera del río Kairatos en el Sudeste. Altos cipreses, entremezclados con olivares, viñedos y pinos, señalaban el comienzo de las laderas del monte Juktas.

El bloque cúbico del altar adornado con molduras salientes y cuatro pares de cuernos estilizados, ocupaba el centro del témenos, terreno consagrado o prohibido, cercado por un períbolo de madera que servía para proteger el árbol sagrado. Fuera del cercado aparecía el Edículo, una construcción pequeña en la cual los peregrinos depositaban sus ofrendas. Lo que llamaba la atención a los extranjeros era que la imagen de Dictynna, que presidía la ceremonia en un altar portátil de madera policromada, no tenía más de un codo de altura. La miró, era la más venerada de Knosós, llevaba en la cabeza una paloma. La paloma es el espíritu que santifica todos los seres y objetos sobre los cuales se posa, le había explicado sonriente Ícaro. A los egipcios, sobre todo, les asombraba la ausencia de sus grandes templos e imágenes.

Sus acólitos lo acompañaron a un sitial apartado cerca de la entrada del corredor y túnel, que comunicaba el palacio con la dehesa; por allí aparecía el Toro Sagrado. En el sitio opuesto, en tres tronos de alabastro, marfil y oro, estaban Pasifae, Minos y Amenhotep, el heredero del Faraón, a juzgar por sus blancas vestimentas de lino real.

La sacerdotisa mayor llevó a los labios el mugidor. La multitud calló, se escuchó el grave mugido, la llamada a los dioses y el anuncio de la aparición. Continuó hasta que el sol comenzó a nacer tras las montañas.

Ariadna abandonó el estrado de la familia real bajo el palio de púrpura y, los brazos en reverente saludo, se dirigió hasta el árbol sagrado, bajo el cual aparecía la imagen de la diosa de las serpientes. Musitó unas palabras y los acólitos abrieron la tapa de una gran cesta. La serpiente «familiar», que protegía el palacio como diosa tutelar del bien, de los difuntos y de la fecundidad, se deslizó reptando hasta el tronco del árbol sagrado, un plátano varias veces centenario, que había resistido los incendios, terremotos y destrucciones del palacio. Cortó tres ramas y las ofreció a las sacerdotisas, quienes las llevaron a los reyes y su invitado. Servían como talismanes contra el mal de ojo y protegían contra los rayos en lo alto de los edificios en construcción.

Ariadna debía sentirse orgullosa de las funciones que le acordaban: todo el bien de vivos y difuntos dependía de su advocación. Cuando la serpiente «familiar» llegó al tronco para enroscarse, los músicos y el coro mixto de adolescentes iniciaron el himno del amanecer; el conductor marcaba el ritmo con el sistro egipcio, un instrumento de percusión semejante a una larga herradura con mango.

Las campanillas de terracota y las de bronce, agitadas por un grupo de acólitos que permanecía atento a las indicaciones de Minos, anunciaron otra faz del servicio divino. Ariadna se inclinó tres veces ante el árbol sagrado; luego, asistida por nueve sacerdotisas, la vio venir hacia él. Rodearon su trípode, las sacerdotisas lo despojaron de su mitra. Un murmullo de curiosidad sofocada recorrió la multitud, que ya se extendía hasta las callejas enlosadas del barrio aristocrático.

Amenhotep parecía el menos sorprendido; según Ícaro, soñaba, como su padre, con unificar todas las religiones de Egipto y Asia. Lo miró curiosamente. Ese débil jovencito de nariz respingada y labios gruesos, quería una moral dulce en la cual tuvieran su protección los humildes, los desheredados, hasta los esclavos; más revolucionario aun pretendía librar al poder público de la injerencia sacerdotal.

Las campanillas sonaron con mayor insistencia. El coro inició el himno del sacrificio. Se miró las manos, no había tenido tiempo, ni lo tendría jamás, de aprender a tañer la lira licia. Buscó con la mirada, los rehenes no habían entrado aún.

La procesión del Toro Sagrado comenzó con el desfile de los coperos, hijos de los vasallos de Kreta, de los antiguos reyezuelos y jefes de clanes que, uno tras otro, habían sido dominados por la flota, por los poderosos navíos de Minos; los demás, habían cedido con aparente mansedumbre al prestigio del rey. Desfilaban orgullosos, sosteniendo a la altura del pecho las largas copas, los ritones para las libaciones. Las anchas espaldas y las cinturas estrechas hasta el absurdo. No eran tan altos como los rubios helenos o los aqueos y dorios. El último, del centenar de adolescentes, debía pertenecer a la familia real, a su familia: lucía el triple collar de oro.

Las voces femeninas cubrieron las masculinas. Las sacerdotisas del Toro Sagrado

comenzaron a salir del corredor. Las más jóvenes portaban arquillas con incienso, mirra y sahumerios orientales; otras, grandes ramos de flores; privaban los lirios blancos y las rosas color canela de los jardines reales. Depositaban las ofrendas ante el Edículo. Uno tras otro, rodeados siempre por su coro, aparecieron nueve toritos blancos; cremas, hasta rubio dorado; cada animal originaba exclamaciones de asombro. Minos habría decidido mostrar su grandeza ante el egipcio idealista.

Con lentitud, tal si el peso le impidiera marchar bien, apareció el Toro Sagrado adornado con cintas blancas y rojas que servirían para atarlo e inmovilizarlo sobre el altar. Lo rodeaban, con guirnaldas de flores e incensarios, más de cien doncellas, las más hermosas de la isla. Las faldas multicolores de tules volanderos dejaban tras lucir las piernas; el fresco de la mañana volvía más sonrosadas las mejillas y los pechos desnudos sostenidos por los corsés de malla de oro. En parte alguna sería posible reunir mujeres tan hermosas y llenas de gracia.

Tras ellas apareció el grupo de rehenes, lo encabezaban Eglígida y Teseo. Por comparación parecían toscos y burdos en los movimientos, una suerte de candor primitivo que los acercaba más a él. Eglígida buscó azorada hasta que sus ojos se fijaron en los de él.

Mientras los toros eran liados a los altares de sacrificio por acólitos y sacerdotes, las doncellas y donceles comenzaron a bailar en derredor del Toro Sagrado. Las figuras se sucedían al ritmo de una música ágil y solemne al mismo tiempo. Las cabezas alzadas con dignidad permanecían inmóviles, las facciones como desprendidas o ignorantes de los movimientos que realizaban los pies. Las rondas de los muchachos rodeaban a las de las muchachas e inclinándose pasaban a ocupar el centro de la rueda. Los pasos se volvieron rápidos, un ritmo de tambor complementaba al del sistro; la ronda se ensanchó hasta encerrar en ella el árbol sagrado.

Minos se puso en pie y cesó el baile. En una bandeja sostenida por tres acólitos y nueve pajes como escolta, apareció de nuevo el largo estuche de plata y oro. Tintinearón las campanillas; habría llegado el instante, su instante. Acompañado por Pasifae, sacerdotisas y sacerdotes, Minos se adelantó hasta el altar de los sacrificios. Sus acólitos le indicaron que debía hacer otro tanto. Abandonando sus asientos, los nueve magistrados con su vara de marfil y oro se unieron al grupo. Comprendió. Pasifae abrió el cofre con reverente lentitud y sacó el puñal. Vislumbró en la aguzada hoja adamasquinada con oro y plata, un gato cazando pájaros entre flores de loto. Lo mostró al gentío. Amarrado, el Toro Sagrado mugía ahogadamente. La protesta de los toritos llenaba el valle de estirados y graves sonidos. Muy alto volaban águilas, más bajo, los cuervos.

Un himno de gran solemnidad cubrió los mugidos, el pueblo comenzó a corearlo con algo de letanía. Pasifae entregó el puñal a uno de los magistrados; los ocho restantes tocaron la hoja tal si hubieran de comprobar el temple. El sacerdote mayor lo elevó hacia el cielo para que el nuevo sol brillara en él, mientras rezaba una

oración. Nadie podría entender su lenguaje.

Al recibir el puñal, le colocaron una estola blanca sobre los hombros. La melopea se volvió más densa; poco a poco, el sol iba despertando a las dormidas chicharras. Miró al viejo Toro Sagrado, era el sucesor de su padre; mugía dolidamente. Con ademán nervioso hurgó la pelambre del testuz, en la cruz, en el pecho; tendría que elegir el lugar en que el puñal entrara sin tropezar con los huesos. La mirada de Eglígida lo acompañaba en cada movimiento. La melopea adquiría ritmo obsesionante.

La nube de mirra e incienso comenzó a rodearlo. Los ojos del toro se parecían, también, a los de Pasifae. No imaginaba la escena de su concepción a la vista de un gentío semejante, pueda que en el reparo del Edículo Sagrado. Las doncellas y los donceles, como si les hubiera resultado imposible resistir el ritmo subrayado con golpear de palmas de mano, comenzaron a danzar. Las sacerdotisas y los acólitos y pajes con vasos y ritones esperaban el momento. La cratera para la sangre estaba lista. Eglígida lo miraba con angustia, Teseo con curiosa ansiedad. Las plantas desnudas de los pies golpeaban sobre las losas. Empuñó con fuerza el mango. En el tronco del árbol sagrado se habían enrollado varias serpientes junto con la «familiar». Su cuerpo cedería irremisiblemente al ritmo. Busco entre la pelambre, como si buscara en sí mismo. Los hombres debían experimentar inconfesado placer en matar a un semejante; en la acción de hundir un puñal en un lugar vulnerable. Se sucedieron los mugidos de los toritos entre el palmoteo. Un reguero de campanillas llamó a silencio.

Brilló la hoja del puñal, lo enterró hasta la cruz. Directo, como herirse a sí mismo. Un estirado y sordo mugido. Las correas blancas y rojas atadas desde el cogote a las nalgas se tendieron, alguna cedió deshilachándose. Revolvió la herida, la sangre saltó a borbotones. Las sacerdotisas acercaron las ánforas tibias, la sangre de la fecundación y la fertilidad. No pasaría mucho y su sangre se derramaría en algún pasillo.

—En cierta manera, has matado a tu hermano —se volvió para encontrarse con los labios apenas sonrientes e irónicos de Ariadna; los suyos jamás podrían expresar tales matices.

La sacerdotisa mayor volcó parte de la sangre en un ritón con forma de cabeza de toro labrada en basalto, ojos de esmalte y cuernos de oro. Pasifae se inclinó para beber un sorbo de sangre tibia; luego, acompañada por Pasifae, ofreció el ritón a Minos, a los Magistrados, estrategos y navarcas.

Asterio arranco el puñal, el rojo brillante le esmaltaba las manos: Si había muerto a su hermano, le otorgaba a Ariadna él derecho de realizar otro tanto. Sonaron las campanillas. El Magistrado Mayor dijo con voz de recitado:

—¡Oh, Minos, supremo gran sacerdote y rey, te anuncio que el Toro Sagrado ha muerto! —Minos inclinó la cabeza reverente; todos le imitaron—. Minos, rey y supremo juez, te pido, te demando justicia. Según las leyes de Knosós y Faestos pido

el castigo del culpable —tomó asiento rodeado por los demás magistrados de obscuro hábito talar.

Asterio avanzo con el puñal y las manos ensangrentados. El murmullo creció, la gente permanecía expectante; el ruido de las chicharras parecía brotar de ellos. Lo sabía, estaba previsto, buscó a Eglígida para apaciguarla con la mirada.

El coro, guiado por la sacerdotisa mayor, elevó una especie de lamentación. Minos, en pie, permanecía inmóvil. Las campanillas marcaron el final del cántico.

Asterio contuvo el deseo de atropellar torunamente; el sentido, la tan cretense fascinación de la ceremonia, le dominó los instintos y le hizo permanecer en el centro del círculo de personas que rodeaban al Toro muerto. La voz de Minos retumbó solemne:

—El Toro Sagrado ha muerto. Os entrego al culpable, para que vengada su muerte, el nuevo Toro Sagrado haga que las tierras y los ganados de Kreta sean fértiles y fecundos. Aquí tenéis al culpable.

Le vio avanzar seguido por magistrados y pajes, tendió las manos como si hubiera de golpear sus hombros y señalarlo.

Minos tomó el cuchillo y se volvió hacia la multitud, mostrándolo gritó:

—He aquí el culpable. Señores magistrados de Knosós y Faestos y todos los antiguos reinos y clanes, aquí tenéis el puñal culpable de haber muerto al Toro Sagrado. ¡Juzgadlo y condenadlo!

Pasifae sonrió apenas; ella o Ariadna o algún embajador de Senaar debían ser los autores de esta sutileza que se incorporaba al ritual entre exclamaciones de asombro e incredulidad.

Las sacerdotisas, los ayudantes y acólitos comenzaron a carnear el Toro; de él sólo comerían la familia real, los grandes sacerdotes, la jerarquía militar y los magistrados. Un trozo de carne cruda para trasvasar a sus cuerpos las virtudes del Toro. Los peregrinos se acercaban al Edículo con sus ofrendas de cabras, ovejas, cerdos y aves.

Rodeado por el coro de doncellas avanzaba el nuevo becerro sagrado, blanco y miel dorada. Lo habría elegido Pasifae, como Suprema Sacerdotisa. El humo comenzó a elevarse de los asadores.

El humo llegaba hasta los establos. Una de las más grandes parrilladas que se habían organizado en «La Primavera». Necesitaban congraciarse la buena voluntad del caudillo oficialista que sería «el diputado». Ya estaba decidido. Cabeceó, las moscas todavía no ganaban la carne asada y se habían visto obligadas a dejar la cruda. Tendría que ser muy importante el asunto para que el caudillo, el comisario y ese cajetilla desconocido se apartaran. Conversaban animadamente. Venían hacia su galpón, el más apartado.

—Pero el cuchillo tiene mango de plata con virolas de oro. Era el facón

de mi abuelo —insistió el futre.

El caudillo miró silencioso al comisario; estaba acostumbrado a la economía de palabras. La gente lo seguía por lo que imaginaba habría de pensar.

—No puede ser, diputado. No puede. El cuchillo está en el sumario, es lo único que tenemos como prueba de que alguien cuereó al ternero —miró fastidiado al joven—. ¡Bien podías tener más cuidado si las cosas te importan tanto! ¡Vaya, pues, con el sonso! —Miró asustado al caudillo, podría haberse pasado, el cosifai era medio pariente. Cuando el caudillo dio señas de que pensaba hablar, los demás callaron atentos.

—¿Qué es lo importante de un cuchillo? —la voz era gruesa y sonora.

—La hoja, diputado —contestó el comisario, lo mas rápido posible, para que nadie se le adelantara.

De nuevo la pausa, le brillaron los ojitos.

—Le cambias el mango de plata con virolas de oro, entonces; le pones uno nuevo y le mandas el viejo a mi pariente. ¡Y le seguís sumario al cuchillo! Acordate que lo importante es la comisaría: el comisario es un mango que se puede cambiar.

XX

La gente se ubicaba con lentitud en las graderías cubiertas por el toldo que les daba sombra. Principiaba la tarde y el humo de las fogatas, donde se habían asado las ofrendas, se elevaba entre el fragoroso chirriar de las chicharras. Las libaciones habían sido muy repetidas, las puertas de las bodegas de palacio abiertas de par en par. Los botijones de vino se retiraban sin necesidad de presentar en cambio las tablillas y sellos del intendente.

Asterio miró a ese gentío multicolor que deambulaba medio ebrio por el vino nuevo, y maloliente de sudor bajo los rayos del sol. Un toro sagrado sólo se cambiaba cada nueve años y no con la presencia del hijo del Faraón cuyo imperio llegaba hasta el río Éufrates. Minos querría deslumbrar, no sólo a el sino al embajador de Artatama, el rey de Mitani. La minúscula isla de Minos, con su poderosa flota, era el eje primorosamente labrado de todo ese mundo.

El cielo muy azul, el aire seco, áspero, enervante, exigidor de acciones físicas y espirituales. Ícaro, con su risa irónica, tendría que explicarle más claramente todo este mundo, descubrirle los mecanismos secretos, los pasajes subterráneos. Ícaro estaba muerto. Dédalo escaparía a la corte de Cócalo y este eje de gracia y felicidad se hundiría sin dejar rastros.

La gente rondaba el anfiteatro. Cuando el rey, la corte, los militares, los nobles y los comerciantes se ubicaran, de acuerdo con las tablillas numeradas y marcadas con los sellos del intendente para evitar trampas, en los rangos más lejanos quedaría algún sitio sin numerar para quienes no tenían tierras ni oficios calificados.

En los días siguientes, asistirían a los concursos de música y poesía, a los de boxeo y lucha, pero lo que en verdad les fascinaba eran esos juegos rituales con los toros que ellos habían creado o por lo menos perfeccionado.

—Tenemos siete toros domados, doce a medio domar y quince bravos para usar esta tarde —dijo el intendente de la dehesa.

El pueblo había aclamado la generosidad de Minos al perdonar la vida al Minotauro, pero sobre todo, y como a buenos cretenses, le fascinaba las tretas y la astucia, todo lo que revelara agudeza e ingenio. El juicio del cuchillo era una trampa sonriente.

Un ruido de pasos, acompañado por el más sonoro de unas placas de metal, se cortó ante la puerta de esa habitación que servía de reposo y vestuario en el anfiteatro.

—¿Podemos pasar, Asterio?

Se volvió sorprendido, creyó oír la voz de Ícaro. Era Dédalo; creció su sorpresa al descubrir que lo acompañaba Amenhotep y sin ninguna escolta.

—Amenhotep, hijo de Atón, he aquí al Minotauro que deseabais conocer.

El lejano murmullo del gentío en las graderías llenó el silencio. Lo analizaba detalladamente. Asterio saludó alzando las manos hasta cubrirse los ojos.

—Asterio, deseo hablar a solas contigo, ¿es posible?

—Señor, desde luego en lo que me atañe. Yo no se si Minos autoriza que dejen vuestra preciosa vida en manos del Minotauro.

Amenhotep sonrió. Extraña expresión, mezcla de candor y agudeza. Los ilusos, diría Ícaro. El enamorado de Nefertiti, hija de un astuto sacerdote y su hermana de leche, deseaba cambiar el mundo. Dédalo desapareció en perfecto cortesano. La voz suave, en un cretense casi perfecto; decían que, en igual forma, hablaba el sánscrito, jonio, mitani y el lutanu.

—Asterio, ciertamente eres un prodigio físico. En cuanto a lo que más me importa, el espíritu, ya se todo por Dédalo y, también, por Ícaro, ese viejo adolescente que un día recibí en la corte de mi padre, en Tebas. Si me perdonas, yo te tratare como lo que eres, un ser distinto. Yo también lo soy, no porque descienda del Toro Sagrado o de Atón, sino porque me preocupa la gente más inferior de mi pueblo. ¿Crees en ellos, Asterio?

Deseó remecer el testuz como si se quitara un lazo, comenzar a pensar siempre era un fastidio. Como todo impulsivo, Amenhotep iba directamente a lo que sentía esencial.

—Los monstruos, hijo de Atón, estamos inclinados a proteger a quienes los hombres normales desprecian. Pero yo no he podido comprobarlo personalmente, el pueblo siempre esta lejos, me grita y me azuza desde calles y tribunas.

Amenhotep sonrió con amargura.

—En esto nos parecemos, también. Yo no puedo acercarme al pueblo, me temen y desconfían, represento miles de años de látigo. Nuestra insignia de mando es un látigo de oro. Mi padre está construyendo un templo inmenso. Figuras divinas, su propio retrato y el de mi madre, sentados, hieráticos, distantes, cuarenta codos de altura —se cortó involuntariamente, las manos le temblaron—. Yo la vi con mis propios ojos de hijo del Sol. Se deslizó una piedra y aplastó a veinte esclavos; volvió a las rampas manchada de sangre. Como cascajo inútil retiraron los cuerpos. Nuevos brazos, nuevas piernas para las poleas y el bloque tallado y ensangrentado ocupó su lugar en la figura: el regazo de mi madre.

—Te tiemblan las manos, Amenhotep, hijo del Sol —la rodilla de Teseo, la pantorrilla de Eglígida.

—Entonces fue peor, Minotauro, hijo de Poseidón, me descompuse del estómago. Tenía trece años.

—Como rey o como volatinero, ambos debemos cuidar nuestros nervios, especialmente tú si quieres realizar tus ilusiones —lo, miró con ternura. No lograría nada o casi nada de lo que ambicionaba; el mal sagrado, la epilepsia, lo roía.

—No confías en mí, Asterio. Y, sin embargo, yo uniré a todas las gentes del mundo, a todas las religiones, porque todas tienen algo en común —progresivamente se iba entusiasmando, la voz alcanzaba ya el calor de sus dieciocho años—. ¿Sabes que estoy componiendo un himno al Sol?

Sus acciones se diluían. Tuvo deseos de abrazarlo y besarlo dulcemente, como a un niño. ¡Un Gilgamesh para mandar al mundo sitiado por las cohortes salvajes!

—¿Tú, hijo de tu dios Atón, le has compuesto un himno? —el silencio fue destruido por el rumor de la gente—. Yo, también, he pintado un toro y por esto he de morir. Ahora comprendo por qué deseabas verme.

—Quizá por todo eso, pero tú no confías en mí. Eres como Nefertiti, ella no confía pero yo la amo.

—Siempre amamos a alguien que desconfía de nuestras fuerzas, es la posibilidad que tenemos los débiles de sentirnos magnánimos —decía cosas demasiado elaboradas, como un regusto de Agorácrito e Ícaro. Ambos temían ser defraudados en ese encuentro. Calló.

Amenhotep habló de Nefertiti y sus ideales en una mezcla apasionada, precisaba de alguien que supiera escuchar.

Una tosecilla a sus espaldas, Dédalo anunciaba que el tiempo había pasado; lo acompañaba parte de la escolta real.

—¿No crees que lograré lo que deseo?

—No, Amenhotep. Tendrás en contra a todos, empezando por Nefertiti y tu familia; luego los privilegiados, los ricos. Has decidido buscarte los enemigos más tremendos del mundo: los sacerdotes, por causa de todas las uniones y modificaciones que intentas; los militares, porque prescindirás de ellos o carcomerás la disciplina de tus ejércitos; los ricos, porque dirán que los despojas de sus esclavos. ¡Amenhotep, Amenhotep!, pero tu gran enemigo será ese pueblo que deseas salvar. No creerán en ti. Eres demasiado lírico, las revoluciones se hacen con mucha sangre o no duran.

—Todo eso lo sé, Asterio, ¡pero llevare a cabo lo que deseo y sin derramar una gota de sangre! —Abandonó el trípode, debía ser ternura lo que brillaba en sus ojos.

—Si, Amenhotep, estoy cierto que lo harás. Me gustaría estar a tu lado, acaso fuera el espejo trágico que le hace falta a todos los príncipes.

—Y yo, para que no me olvides, te traje este presente, obra de Bek, mi escultor jefe —le tendió un escarabajo de oro y esmalte azul, en forma de pendiente, y entre las alas abiertas el sol, el único adorno que lucía en su túnica blanca de lino real—. Los signos jeroglíficos de este escarabajo real significaban: «Durable para siempre es la renovación de Atón». Vendrá día en que me llamare Akhenatón, «servidor de Atón», el Sol, único dios.

—Lo recordare siempre, mientras yo dure. Yo sólo tengo para darte esta cigarra de oro, regalo de Ícaro.

Se sintió abrazado muy estrechamente. En las tribunas comenzaban los gritos impacientes.

—¡Júrame, Asterio, que vendrás!

—Ya demasiada gente te engañará, mi amado Akhenatón. No puedo jurarte en vano; mi nacimiento es fruto de un juramento falseado. Estoy seguro de que no haré

nada de lo que deseo.

—Adiós, Minotauro, recuerda, cuando me creas menos iluso, que mi futuro reino y la nueva ciudad que fundaré, son tu morada.

Se despegó ¡un tiesto enmielado!, de los brazos de Amenhotep. No quería mirarlo, no era justo ver los ojos llenos de lágrimas de quien ha de ser señor del mundo. La grito comenzaba a elevarse de las tribunas. Nefertiti no lo amaba, era demasiado ambiciosa y apegada a la realidad que el plebeyo de su padre estaba urdiendo; Nefertiti lo abandonaría. Se contuvo para no correr tras de él.

Un hormiguelo en las graderías. Las puertas que comunicaban el gran palco real con el palacio se abrieron. El banquete servido en las galerías cubiertas que enmarcaban el jardín de los departamentos reales, había terminado. Entraron Minos y sus invitados.

Sonaron las trompas de oro y marfil. A la entrada de la arena, inquietos por la espera, los cinco elefantes blancos, regalo de Amenhotep, esperaban para abrir el desfile; habían llegado de Faros, tras cuatro días de vientos favorables, en las naves del hijo del Faraón.

Eglígida y los restantes rehenes aparecieron por fin cerca de la estatua de Atenea, regalo de Egeo: los rodeaban las sacerdotisas y guardias. En esto el ritual no había cambiado, seguía como cuando ese grupo de adolescentes eran sus casi desconocidas víctimas.

El coro inició un himno; los sacerdotes se adelantaron para sahumar e inciensar la imagen de Dictynna que presidía el anfiteatro. Terminaron los juegos de dados y partidos de tres en raya con los que la gente disimulaba la espera en las tribunas.

Teseo usaba, sobre el taparrabo cretense, el chitón que los jonios habían traído de Senaar, donde se llamaba kittan; los ojos le brillaban, había comido en la mesa de Minos. Besó en las mejillas a sus compañeros, a Eglígida y las dos doncellas en la frente.

Quebrando las reglas, Asterio se acercó al grupo. Comenzó el desfile, las aclamaciones recorrieron las tribunas; salvo marinos y viajeros, nadie había visto elefantes y menos blancos. El nombre de Amenhotep comenzó a ser coreado; Pasifae habría organizado la ovación, el egipcio tendría los ojos arrasados en lágrimas.

—Minos y Amenhotep desean que yo haga la primera suerte de volatinería con Pirítoo y, luego, si la suerte nos acompaña, que vayamos al palco real. De nuevo, Asterio, pongo tu destino y el mío en tus manos.

Cedió a la angustia de mirar los ojos implorantes de Eglígida. No podía matar a alguien con quien había dialogado. Los hombres dialogaban para descubrir los puntos débiles y herir:

—Volverás a tu puesto en el palco, Teseo. Volverás a Atenas como rey. Los héroes tienen una especie de coraje que yo no poseo: las ideas me anonadan, embotan mi puñal. Sólo te quedan los toros por enemigos.

—Asterio, debieras ayudar a Amenhotep.

—No, Teseo. Yo moriré para que Amenhotep y Teseo cumplan sus ideas. Y moriré en vano.

Entraron dos toros en la arena, escoltados por sacerdotisas y volatineros. Los espectadores se pusieron en pie batiendo palmas. Los animales dieron una vuelta en la pista, mientras los volatineros realizaban cortos y rápidos pases sobre el lomo; pájaros que picotearan insectos entre la pelambre.

Sonaron los grandes cuernos de caza; el silencio inmovilizó las graderías. Se anunciaba la primera suerte.

—¡Teseo, príncipe de Atenas, que pronto será nuestra aliada, y Pirítoo, hijo de Ixión, y el amigo de Teseo! —exclamó la voz poderosa del conductor del coro.

Otra artimaña de Ariadna, nunca se había anunciado el nombre de los rehenes.

—Adiós, Asterio. Ya no volveremos a hablarnos.

—Adiós, Teseo. Sólo he olvidado enseñarte en qué lugar es más fácil y definitivo herirme.

Lentamente, chisporroteo que termina en incendio, creció la aclamación cuando Teseo arrojó el chitón y quedó sólo con el taparrabo cretense color canela con geométricos adornos azules; otro tanto hizo Pirítoo. La piel enmorenecida, el pelo rubio dorado en el calor crepitante de la tarde. Los helenos poseían belleza calma y aterradora. La aclamación se apagó, tal si necesitaran recuperar el aliento, luego se transformó en rugido de placer.

Teseo corrió seguido de su amigo, se ubicaron junto a la testa del primer toro. Movimientos con elasticidad felina; corrió casi sin calcular, el clamoreo del público lo incitaba. Se ensartó entre los cuernos, el clamor se cortó hasta que le afloraron bajo las axilas. Teseo no cesaba de sonreír. Volvió a estallar el vocerío. El toro inclinó la cabeza cediendo al peso del cuerpo que, con el impulso, durante un instante flameó como una vela dorada en el mástil de una barca. El sol contorneaba, dibujaba y borroneaba casi en el mismo instante los movimientos, los músculos largos, las formas rectas y nobles sobre el cielo de cobalto o el gran toldo escarlata. Las manos se apoyaron en el lomo a modo de trampolín para brincar hacia lo alto. Apretadas las rodillas contra la barbilla giró en el aire; distendió las piernas. Una flecha que parte, los brazos se abrieron en planeo de águila. Un dibujo de humo en el espacio. Con ligereza de delfín se apoyó sobre las manos de Pirítoo, un último giro sobre sí y cayó en flexión sobre la arena. Levantó una tenue nubecilla de polvo con sus botinas de cuero blanco.

El clamor hacía trepidar el anfiteatro. Asterio tuvo la impresión de perder el equilibrio; jamás había visto realizar un ejercicio tan perfecto, armonioso, lleno de gracia, sin la menor duda ni vacilación. Los volatineros y las sacerdotisas permanecían asombrados.

En una especie de mecanismo ordenado por Dédalo, Teseo ocupó el lugar de Pirítoo y el chiquillo enfrentó al toro. Se repitió la misma suerte, el mismo y singular ritmo, solo con un ligero titubeo en el ajuste de las piernas, aún sin vello, luego del

impulso sobre el lomo del animal. Teseo lo recibió en las palmas de las manos, frenó el contacto con una flexión y se incorporó lentamente, manteniendo a Pirítoo enhiesto y cabeza abajo. Como vela que se abate, pueblo de marinos, descendió resbalando en el cuerpo de Teseo. Quedaron inmóviles, rectos, las espaldas pegadas, imagen bifronte.

El clamoreo seguía las ondulaciones del vientecillo en el toldo. Los adolescentes atenienses habían unido el baile al ritmo de la gimnasia. Los cuernos reclamaron silencio. El conductor anunció que Minos y Pasifae a pedido de Amenhotep, concedían la vida a los dos rehenes. Se repitió la aclamación, mientras Teseo y Pirítoo se dirigían hacia el palco real.

Asterio se adelantó involuntariamente atraído por el vocerío y el prodigio de esos juegos realizados con tal gracia. El diapasón bajó bruscamente. El asombro le hizo alzar la cara. La mayoría de los ojos estaba fijo en él. «¡El Minotauro!». Las exclamaciones se repetían con dejo de pavor y curiosidad; imaginarían que reclamaba la presa. Un nuevo himno en homenaje a los vencedores quebró el embarazo.

Surgieron los toros a medio domar. Sacerdotisas y volatineros realizaron arriesgadas pruebas. Aplausos desganados; después del espectáculo de Teseo ya no importaban pruebas de agilidad, por admirables que fueran. «¡El Minotauro!». Alguien se había atrevido a gritar su nombre sagrado y repugnante. «¡Los rehenes!». Los gritos se tornaban exigentes.

El himno que anunciaba su presencia como hijo del Toro Sagrado, se escuchó en parte. Asterio miró a Eglígida. Formaron filas. Eglígida, Filobía y Lisímaca; Eleuterio, Plistenes y Anteo. Salvo Eglígida, ninguno de ellos volvería vivo o era preferible que así fuera. Ellos lo sabían también. Se besaron en silencio.

Los toros entraban en la arena, quedaban inmóviles, deslumbrados por el sol luego del túnel; corrían azuzados por las picas de los ayudantes, otros se detenían y con las pezuñas se arrojaban arena al lomo.

Se acercó a Eglígida:

—Nosotros haremos el ejercicio número cinco, el más difícil, con el toro negro. Yo te protegeré del animal —dudó y se corrigió—, del toro.

—No tengo miedo, Asterio. Estoy a tu lado.

—Lisímaca y Plistenes, la prueba número cuatro y finalmente, Filobía, Eleuterio y Anteo la número tres. Después daré las indicaciones que pueda. Muy pronto, quizás mañana al amanecer, cuando del puerto de Amnisós comiencen a zarpar las barcas, yo habré muerto y Teseo partirá como héroe. Atenas recordará y hará grabar vuestros nombres en una estela de mármol.

Al terminar la estrofa del himno, avanzaron en formación. Los acogió el silencio. La gente debía devorarlos con la mirada. Nadie tendría piedad de él, si caía en la arena; un grito de respiro acogería su muerte.

Ningún anuncio. Eglígida tomó posesión frente a los cuernos dorados del toro negro. Asterio quedó a la distancia necesaria para saltar, empuñarlo y quebrarle el

cogote si fuera necesario. Eglígida retrocedió unos pasos. Ni el menor rastro de miedo, la cara radiante. Ninguna señal, ella sabía cuándo debía correr a posesionarse de las astas. Exclamación de asombro seguida por un corto aplauso; los cuernos dorados aparecieron bajo sus axilas, se balanceó a la par de la cabeza del toro. Saltó girando el cuerpo, tocó el lomo, un nuevo giro de tirabuzón en el aire. Asterio se ubicó para ofrecerle con su cornamenta el nuevo punto de apoyo. Volvió al aire, giró sobre sí misma, buscó nuevo contacto con el lomo del toro y, con imponderable agilidad, tocó el suelo con las botinas de gamuza blanca y negra. Las trenzas rubias que habían multiplicado sus movimientos reposaron sobre sus espaldas. Tintinearón al reunirse en las muñecas las pulseras de oro que formaban parte del traje ritual. Extasiada, inmóvil, como si hubiera agotado el mecanismo increíble de la belleza en movimiento. Un clamor persistente fue elevándose. Dédalo, con la misma expresión con que seguía el movimiento de sus alas, estaba en pie junto a Teseo, quien, al lado de Amenhotep, aplaudía con sobria majestad. Ya era rey del Ática, habría decidido olvidarse de cambiar las velas negras del navío mientras, entre el clamoreo de la multitud, subía las gradas del palco real. Ariadna y Fedra lo contemplaban extasiadas.

—Repíte el juego pero a la inversa.

Lo realizó con la misma perfección, la certeza la incitaba a dejar que sus brazos y manos siguieran la línea más suelta de la pirueta plena de gracia. Al saltar sobre la cabeza del toro, un hilillo de sangre le viboreó entre las pulseras del brazo derecho. Sonriente recibió la ovación. Gritó casi, para que Asterio pudiera oírla:

—No es nada, un rasguño.

Respiró; desde hacía tres meses adiestraba a ese toro para Eglígida.

Lisímaca se adelantó inquieta, sin esperar que el nuevo toro bayo ocupara el lugar central de la arena. Los ojos verdes, sobre el cutis mate con transparencia de alabastro, miraban azorados por el toro o el bramido de la gente. Las trenzas cobrizas y muy cortas seguían el menor de sus movimientos. Plistenes parecía contagiado por la nerviosidad.

Comprendió que con ellos se derramaría la primera sangre. Respiró cuando los grandes cuernos aparecieron bajo las axilas de Lisímaca; el envión parecía terminarse pero el toro remeció la cabeza. Lisímaca giró en el aire, tendió las manos en vano para rozar el lomo. Una exclamación, en la cual resultaba difícil separar el horror del placer, recorrió las tribunas. Los cuernos resbalaron sobre el corsé metálico, se hundieron en los pechos y uno apareció en la espalda, bajo las paletas. La sangre bañó la testa encegueciéndolo; la sacudió para librarse de la pesada carga. Plistenes no tuvo tiempo de escapar al brusco e inesperado movimiento y uno de los cuernos se le hundió en el bajo vientre. Su sangre se mezcló a la de Lisímaca. El movimiento para desprenderse de la nueva carga proyectó en el aire al muchacho. Cayó de espaldas, y otro de los toros, escapando al guardia que lo custodiaba, se lanzó sobre él y lo levantó en vilo. La sangre brotaba como los surtidores del rosedal de Pasifae, salpicaba a los otros toros de la cuadrilla y los enardecía.

Sería inútil cualquier intervención para salvar a Plistenes; era preferible proteger a los vivientes, a Eglígida. Lisímaca respiraba con dificultad. No podía evitarlo, el olor de la sangre, el color, le despertaba algo animal que le costaba dominar. Plistenes, con el estómago vaciado y parte del pecho destrozado, cesó de quejarse y quedó inmóvil en un charco de sangre:

—¡Acompaña a la camilla de Lisímaca y no vuelvas! —ordenó a Eglígida.

El vocerío, los gritos, el cuchicheo nervioso excitado por la sangre llenaba el anfiteatro. Gritos pidiendo que siguiera el espectáculo. Las damas de la corte y la aristocracia hablaban nerviosamente, ademanes cortantes, miradas fijas en los toros.

El toldo recalentado volvía más denso el hálito espeso, mezcla de perfumes, sudor y deseos que llegaba hasta la arena. Ya no importaba la maestría, la gracia, el ritmo, la gente exigía consciente o involuntariamente sangre, descargarse mirando la sangre derramada. Amenhotep, hundido en su trono, parecía a punto de vomitar. Desahogados, al anochecer asistirían a los concursos de música y poesía en el choro de Dédalo.

Los esclavos terminaron de rastrillar la arena.

El ejercicio triple de Filobía, Eleuterio y Anteo, el libio que servía de eje, exigía serenidad. Asterio se ubicó entre dos toros, a los cuales cuatro guardias y ayudantes les obligaban a permanecer en su sitio. Anteo enfrentó a uno de los toros: una estatua de bronce patinado plantada en la arena. Eleuterio, blanco, rubio casi albino, Filobía muy rosada y las trenzas cobrizas. Descubrió, con espanto, que los había elegido para verlos entrecruzarse y trazar en el aire pinceladas de color con sus cuerpos. El color. Filobía corrió hacia él, se apoyó en sus cuernos, dio una voltereta en el aire y saltó hacia el toro del libio. Anteo se recogió en las manos, la detuvo un instante, la carne rosada y la castaña; precisaba calcular, la proyectó hacia el toro. La muchacha se apoyó en los cuernos, brincó hacia arriba, se plegó alzando las rodillas y, al abrirse nuevamente, tomó impulso en el lomo del animal y saltó hacia la cola donde la recibió Eleuterio.

Pese a la perfección del ejercicio, el aplauso fue desgano. La gente sólo deseaba sangre, que todo juego terminará con un cuerpo ensartado, con chijetes de sangre.

Repitieron el salto. Los pechos de Filobía se elevaban y descendían ansiosos. Antes de comenzar el tercero, entre el exigente y torpe griterío (¿cómo era posible que fuese la misma gente que sonreía dichosa en los frescos del palacio?), Filobía se detuvo para mirarlo a los ojos. Angustia, horror y repulsión antes que fatiga; repulsión de pertenecer a esa misma especie de gente que la hostigaba. Tendría que marcarles que no moría por un error en el juego, sino por propia voluntad. Ya no podría darles más diversión, afirmarlos en la monstruosidad de sus sentimientos. Todo se lo dijo Filobía en la mirada, o quiso leer en los ojos de ella lo que brotaba de los suyos.

Corrió rectamente, tomó los cuernos del toro y se los hundió bajo los pechos.

Raro silencio surgió de las tribunas. Las chicharras, también, habían cesado en su chirrido. Sólo escuchó el aliento fatigado y algún grito de odio de los muchachos que con furia seguían repitiendo la prueba, una y otra vez, sin detenerse a elegir la posición del toro. No querían pensar, la muerte debía sorprenderlos.

Un alarido de Eleuterio puso en pie a la gente. El grito corrió y se fue multiplicando. Dos toros se disputaban el cuerpo adolescente que, teñido de rojo desde la cabeza a las piernas quebradas, iba perdiendo su forma entre el amasijo de arena y sangre.

Una sombra fantasmal, el cuerpo moreno de Anteo, se hundía entre los lomos y la cornamenta de los toros, rebotaba, giraba en el aire y volvía a caer. La grita aumentaba, poseída por las furias del Averno; crecía el vocerío guiado por el ritmo de ese cuerpo elástico y brillante de sudor que emergía como increíble rebelión de la voluntad contra la fuerza. Un huso negro y lustroso. Un griterío, una sola y tremenda voz, una inmensa garganta.

«La humanidad», susurro Asterio. Las voces lo aplastaban contra la arena.

XXI

Se detuvieron en el patio cubierto. El cortinado velaba el espejo. Aún llegaban voces y aplausos desde el choro, el concurso de música y poesía no había terminado; en verdad, estas sesiones nocturnas estaban dedicadas a la corte y a Amenhotep. En el gineceo no quedaban rastros de quienes habían vivido allí durante meses, tampoco en la sala de los varones. Ni Teseo, ni Pirítoos dormirían más ahí. Salvo los del corredor de entrada, ni guardia, ni esclavos. Ningún testigo.

Con un estremecimiento de horror, Eglíida se le abrazó:

—Lo de Anteo fue espantoso, ¡descuartizado por los tres toros que continuaron luchando entre sí!

La apretó contra el pecho, no atinaba palabras. Sin embargo, lo de Anteo había servido para que la gente olvidara a Eglíida. Ariadna no habría olvidado, quizá un acto de piedad sugerido por Amenhotep, una postergación de horas.

Le sorprendió que los candiles de su cámara estuvieran encendidos con tal profusión. Abrió la puerta con ansiedad.

Dédalo abandonó el trípode en el cual estaba sentado y exclamó con su voz entrecortada.

—Perdona la intromisión, Asterio, pero esta misma noche, ahora, debes abandonar esta cámara y venir a mi casa. Tengo un barco aparejado y zarparé mañana, al amanecer. Desde luego, puedes venir con Eglíida.

Dudó. Deseaba acompañar a Dédalo, ir a Tebas con Amenhotep, salvar a Eglíida. ¿Qué amor podría existir entre ellos? Sólo allí, en esa cueva, bajo la angustia de la muerte, unas horas, unos días. La voz de Eglíida describiendo su casa volvió a repetirse. ¿Qué especie de hogar podían crear? «Aceptar como soy es mi única forma de escapar». Dédalo lo contemplaba, debía leer sus pensamientos.

—Una de las cualidades esenciales del heroísmo es la sorpresa en la resolución; la costumbre mata cualquier heroísmo o nos obliga a llamarlo de otra manera. Esto podría haberlo dicho mi hijo, mejor, tu amigo, pero no tuvo tiempo de enseñarme a reír, a sonreír. Los padres nunca descubrimos lo que debemos aprender en nuestros hijos —lo miró con dulzura—. Tú eres, también y en cierta manera, mi hijo. Quédate aquí en tu tierra, muere con ella. Caí en desgracia, Minos me hará apresarse en cualquier momento como traidor. Le dije que Knosós y su reino desaparecerán. Los pueblos y los seres exquisitos tienen que morir; pasarán cientos de miles de años antes de que la tierra nos merezca, mientras tanto es necesario abonarla con nuestra sangre. Por razón de buen gusto, para que lo dicho no resultara pretencioso, Ícaro hubiera soltado aquí una de sus carcajadas —intentó reír, no sabía hacerlo, helaba la sangre—. Ya está anunciado, vendrán los rubios aqueos, los dorios salvajes o, simplemente, un nuevo terremoto y sus incendios. Quiere que cambie mi vaticinio, no comprende que se trata de una deducción lógica, que no soy uno de sus adivinos o arúspices que soplan sobre la ceniza de los muertos. Casi siempre, los hombres

inteligentes no ven más allá de su oficio —la fatiga le obligó a una pausa—. Quería que me hablaras muy largo de Ícaro, pero ya no tenemos tiempo. Conoces el camino de mi casa, mi nave zarpará con el alba —dudó una vez más—, antes que la de Teseo y Ariadna. Sabes, también, que yo escucho cuanto se habla de importante en palacio, desde la cámara real a la guardia y el comando. Teseo es el héroe, el rey de Atenas, el aliado de Minos —intentó salir, se detuvo en la puerta—. Si dejas abierta esta comunicación y estos dos ductos de aereación, escucharás a distancia los pasos del héroe. ¿Quieres que siga con palabras?

—Sigue, Dédalo, necesito saber.

—Ariadna no se atreve a guiarlo hasta tu cámara. «Pese a todo es mi hermano». Te odia, sin saberlo, porque eres el centro de Knosós, de su leyenda, de su mito y ella reclama tu lugar. Sonriente, le tendió un ovillo de hilo de lana a Teseo, no para evitar que se pierda en estos pasillos que ella conoce muy bien, sino: «en todo instante, sentirás mi pulso enamorado y te dará fuerzas».

—¿Y Pasifae, qué dijo? —la voz le tembló.

—Estuvo callada todo el tiempo. Luego, salió de la habitación y regresó trayendo un estuche de plata con relieves de oro que puso en manos de Teseo. El puñal que los magistrados condenaron a ergástula por vida. Todos la miraron como ella se veía: una madre heroica, capaz de abrirse las entrañas para el bien de su gente, de su país. Adiós, Asterio, adiós Eglígida.

Se alejaron los pasos, el mismo sonido de los que vendrían antes del amanecer. Pasifae. Tremenda lasitud lo arrojó en la cama. El horror. Buscó algo, con las manos, no sabía qué; toda su vida había sido esto. Eglígida permanecía inmóvil, pendiente de él; en ningún momento había pensado que ella podía aceptar la invitación de Dédalo y escapar sola; ni siquiera pensarlo, no sería cretense, menos helénico.

—¿Quisieras irte...? —inauguraba palabras nuevas, como en el vuelo de Ícaro. Eglígida no podía entenderlas, creería no haberlas escuchado. No tenía, no tenían, mas que esas horas de amor iguales a las de vida—. Sí, tenemos que morir, Eglígida. Creo que sólo podemos elegir el modo, prefiero que muramos por nuestras manos. Teseo no podrá decir que me derrotó luchando, no será el héroe, lo siento por él y su gente.

—¡No conoces a Teseo como yo! De todas maneras dirá que luchó antes de matarte; que tuvo que luchar, también, en contra de mi transformada en una niobe furiosa. Nadie sabrá la verdad, ni Ariadna, ni siquiera Pirítoo. No lo conoces.

Teseo era así, tenía que serlo. Los dioses lo habían cubierto de dones, le asombraría que le faltara uno solo y lo fabricaría él mismo.

—Cuando escuchemos los pasos, yo te mataré con la espada de Teseo, la del banquete.

—No, Asterio, me matarás con tu cuerpo, me poseerás hasta ese extremo, como a las otras mujeres.

—Y apoyaré el mango de mi puñal entre tus pechos, para que se hunda

directamente en mi corazón. Nos encontrará muertos.

Eglígida dejó sólo dos candiles encendidos. Se quitó el peplo que había llevado al anfiteatro para cubrir su traje kefti, luego el corsé y el calzón ritual. No estaba Teseo, como cuando la obligó a desnudarse por primera vez. Inmóvil al pie de la cama. No había ofrecimiento en ninguno de sus movimientos o gestos, pero estaba allí, ante sus ojos, con ese puro amor por la desnudez que poseían los helenos. Se inclinó para desatarse las botinas; se las quitó rápidamente y volvió a enderezarse.

Había pasado un *tiempo* que no sabía medir en la contemplación de ese cuerpo; descubría en ella el misterio de los pechos, la forma en que brotaban, la resistencia, la turgencia con que admitían los movimientos. No iban, no se balanceaban, como en otras mujeres, en una exageración de la forma; no se zangoloteaban como en las maduras, volviendo pesados y chocantes los límites del movimiento; era un menudo desplazarse bajo la piel tersa. Palpitaban al ritmo del estómago. La penumbra tornaba misteriosos e incitantes los cambios de planos, la morbidez de las sombras totales. Una leve erosión serpenteaba en el antebrazo derecho, el rasguño del toro. La perfección humana sería ver totalmente desnudo ese cuerpo, tal cual permanecía ahora inmóvil, girando a la luz dorada del sol y recortándose contra el cielo en alada pirueta sobre el toro. Sólo faltaban las pulseras de oro labrado, que la sacerdotisa les había pedido al salir del anfiteatro. Del cadáver de Lisímaca las había arrancado.

Se incorporó, desprendió el cinturón con placas de oro, no se habían atrevido a reclamarlo, y lo dejó sobre la mesilla cercana a la cama. Teseo lo llevaría como prueba de su triunfo. En su capa había quedado el ya inútil escarabajo de oro de Amenhotep. Arrojó el mandil. La desnudez de ella significaba que ya no temía la suya. Instintivamente, la miró a los ojos:

—¿Amas o soportas mi cuerpo, Eglígida? —dejó escapar la pregunta que más temía.

—Al comienzo, me aterrabas, ni siquiera me atrevía a mirarte. Un día, en la arena, escuché tu voz recia, gritabas a Teseo, y me gustó. Tu cabeza me parecía espantable; una tarde descansabas solo, siempre estabas solo mientras nosotros permanecíamos unidos, la vi aparte de tu cuerpo de hombre: la cabeza de un torito; yo los había acariciado en mi país. Tus ojos después de la muerte de Laódice y del banquete de Ariadna, los vi brillar con ternura y yo me reflejaba en ellos. No eran los ojos de la bestia que me habían enseñado a ver. Me di cuenta que ya no sabía cómo era tu cuerpo, Asterio. No me importaba.

La tomó en brazos. La descubrió, todo era descubrimiento, más pequeña; sus actitudes la hacían imaginar más alta y fuerte. Atenea. Los cuerpos sólo podían medirse en ese instante. La recostó. En sus brazos quedó la tersura, el temblor y la tibieza limpia, olorosa, frutal, de la piel nueva y rosada de los adolescentes. No sabía qué decir. Los hombres usarían palabras en esos momentos, pero no realmente necesarias; podían estar en la yema de los dedos.

Avanzó las manos, tocó la piel; todavía no llegaba al instante en el cual todas eran

iguales; calor inesperado que aparecía como resplandor de un sol muy rojo y borraba toda otra sensación. Luego, cada piel tenía su mensaje, su irradiación personal. Ya no tendría tiempo de apreciar esa diferencia que iba descubriendo en el tacto. Suavemente, recorrió los hombros. Descendió, rozó —sí, había una forma total de utilizar las manos— el arañazo de los cuernos del toro. Tuvo miedo de su torpeza, detuvo el avance, dejó los dedos en el aire, titilaban. Los posó apenas sobre la piel de los senos, la recorrió hasta que rozaron la parte áspera y apenas arrugada, el erecto pezón. La había obligado a desnudarse ante Teseo. Retiró la mano, se miró las yemas, brillaban como si la piel y su grasitud tuvieran algo de cristalino. Su pubertad contra los yesos cristalinos. La volvió de prisa, con angustia de recuperar la tarea verdadera. La garganta se le secaba, su paladar de toro le ardía.

Eglíida soltó un apagado suspiro. Con desesperación, las manos se le volvieron hacia las suyas, las apretó contra su cuerpo, treparon viboreando por sus brazos velludos. Con un quejido ansioso se abrazó a él. Ya no podría saber lo que habría de distinto.

Creyó escuchar ruido de voces en el corredor. Teseo no podría venir tan pronto. ¿Qué tiempo había pasado? El cuerpo de Eglíida se enroscaba somnoliento en el suyo. El grito de ella, ese grito semejante al de todos, un grito de dolor y de monstruoso placer, podría haberse escuchado en todas las galerías. ¿Cuándo habría sucedido eso? Tendría que ser la voz de Ariadna. El cuerpo de Eglíida ardía junto a su piel, la piel se le erizaba en el cuello. Habría mugido, no lo sabía. Las voces se acercaban, podían ser en el choro. El cuerpo de Eglíida. Ya no escuchó las voces. El teatro habría terminado. Pasos. La gente que atravesaba el gran patio central o las escalinatas del portal que miraba hacia Amnisós. Ya no podía pensar. La clepsidra habría marcado la quinta hora de la noche.

Eglíida gritó espantada.

—¡Defiéndete, monstruo!

La voz de Teseo le llegó remota, como a través de los respiraderos, luego fue creciendo. Se volvió. Empuñaba el puñal de la ceremonia, la muerte del Toro Sagrado. Un peso inesperado le torció la cabeza, la sangre lo cegó.

—¡Asterio! —la voz de Eglíida se apagaba, en la medida en que su sangre fluía a borbotones.

—¡Monstruo inmundo! —Un ardor de fuego le entraba por la espalda. Eglíida, atravesada en sus cuernos, le impedía ver; se abrazó a su cuerpo. El puñal de Teseo entraba una y otra vez.

«¡Monstruo!», la palabra se repetía en cada golpe, como para darse ánimo.

Cesó de gritar y herir. Ruidos inubicables, hasta el chocar de las placas del cinturón. Olor a aceite quemado. Logro desencajar sus cuernos del cuerpo de Eglíida, cada movimiento le costaba infinito esfuerzo. De un manotón, limpió a

medias los ojos. El fuego crecía. El cuerpo ensangrentado de Eglígida se estremeció. Entre el crepitar de las llamas, escuchó su voz:

—Minotauroamor.

Se abrazó al cuerpo menudo. El último a...

¡Un millón más y vendido!

Los tres clásicos golpes con su martillito de plata.

¡Adjudicado a la cabaña «La Argentina», del distinguido criador don Teseo Firpo! ¡Felicitaciones! Se lleva el mejor toro que haya rematado en mis muchos años de oficio.

Iraklión, Kreta, 1961 y 1965.

Buenos Aires. 27 de junio de 1966.



ABELARDO ARIAS (Córdoba, Argentina, 10 de agosto de 1908 - Buenos Aires, Argentina, 27 de febrero de 1991).

Fue el quinto de los ocho hijos de una tradicional familia mendocina. Su padre — militar de carrera— cumplía funciones en distintos destinos del país y en uno de esos traslados se encontraba en Córdoba cuando su esposa da a luz antes de que la familia se radicara en San Rafael, luego en la capital mendocina y más tarde en Buenos Aires.

Abelardo se convierte en un estudiante precoz. Aprende a leer en su casa antes de ir a la escuela y en las aulas llamó la atención por sus conocimientos. Leía vorazmente. Realiza los primeros estudios en San Juan, más tarde asiste al Colegio Normal y finalmente completa sus estudios secundarios con los Hermanos Maristas.

En 1927 se radica en la Capital Federal. Inicia la carrera de Derecho que posteriormente abandonará para dedicarse a la literatura. En esos años, su vida se ve llena de dificultades económicas. Hace trabajos a pedido y trata de ingresar en algún diario. A través de un amigo presenta crónicas de viaje en las editoriales pero todas son rechazadas. Desilusionado acude al diario *La Razón* para ocupar un puesto vacante. Fracasa. Como última jugada, antes de regresar a Mendoza, inventa una crónica titulada *Paráfrasis en un poema-Partenón* y la lleva al diario *La Nación*. Dos semanas después lo llaman y le comunican que se incorpora como redactor en el suplemento literario del diario. En ese medio trabajará hasta su muerte.

En 1942 Arias publica la novela *Álamos talados*, con la cual obtiene el Primer Premio

Municipal de Buenos Aires, el Premio de la Comisión Nacional de Cultura y, en Mendoza, el premio Agustín Álvarez. Cinco años después lanza la novela *La vara de fuego* que continúa el desarrollo autobiográfico de Alberto, protagonista de *Álamos talados*. Mientras esta narra una experiencia infantil dentro del ámbito campesino que da el contorno propio, *La vara de fuego* concreta las repetidas confrontaciones de un adolescente hondamente sensual que busca una realidad amorosa.

Transcurre el año 1952 y viaja por Francia, Suiza e Italia. Estudia literatura contemporánea en París como becario del gobierno francés. A su regreso reúne una serie de crónicas de viajes en forma de diario que titula *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. En 1955 vuelve a Europa, pasa por Francia, Suiza e Italia. En medio de esta travesía se mete de lleno con su notable novela: *El gran cobarde* publicada en 1956.

Ya en 1957 decide regresar a Europa, su espíritu de viaje indomable no lo deja fijo en ningún lugar. Recorre Francia, Suiza, Italia y Bélgica y publica su segundo libro de relato de viaje: *Viaje latino*. Realiza su primer viaje a Grecia y embriagado por la mística helénica nace la idea de escribir sobre el Minotauro. Publica *De la torre de fuego a la niña encantada* (itinerario argentino).

A principio de junio de 1959, se concluyó la película de *Álamos talados* en colores y cinemascopio rodada íntegramente en Mendoza. Fue producida y dirigida por Catrano Catrani y el guión realizado por Abelardo Arias y Antonio Di Benedetto.

Publica en 1962 *Ubicación de la escultura argentina en el siglo xx* (ensayo). Trabajo que recibe el Primer Premio Municipal de Ensayo y el Premio Palas Atenea del Instituto Argentino de Cultura Helénica.

En 1963 da a conocer *Los vecinos* su parábola radioteatral. Publica en 1964 *Límite de clase* una novela por la que obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Municipal de Prosa. Es condecorado por el gobierno de Italia con la Medaglia Culturale.

En 1966 publica *Minotauroamor*, por la que recibe el Premio Nacional de Literatura. El análisis del discurso en *Minotauroamor* de Abelardo Arias, permite al lector acceder a una serie de conceptos acerca del hombre y de las realidades que le conciernen: el amor, la amistad, la belleza, el arte, el poder, entre otros.

En 1967 publica *Grecia en los ojos y en las manos*.

En 1968 nos sorprende con *La viña estéril*. Como bien expresa Marta Castellano, en la novela «*La Viña Estéril*» (1968), del escritor mendocino Abelardo Arias, se verifica un interesante proceso de elaboración del discurso narrativo, a partir de la recurrencia de un procedimiento que se basa en el juego con las distintas dimensiones temporales; este fenómeno da indicios de una cosmovisión particular que se relaciona con una mentalidad mítica, y se condice con la clave religiosa del texto.

En 1969 publica *Viajes por mi sangre* (itinerario argentino). Orden del Mérito, en el grado de Caballero Oficial, otorgada por el gobierno de Italia.

En 1971 gana el Premio Nacional de Literatura, el Premio del Rotary Club, el Premio Libro del Año y la Pluma de Plata del PEN Club con la obra *Polvo y espanto*. La novela fue llevada al cine en 1987, por el realizador Anibal Unset, con la actuación de Héctor Alterio y Rodolfo Ranni en los roles protagónicos.

En 1973 publica *De tales cuales* (novela).

En 1974 escribe *Intensión de Buenos Aires*, itinerario argentino.

En 1975 publica su diario de viaje *Talón de Perro*. Recorre Francia e Italia.

En 1976 publica *Antonio Sibelino, escultor* (trabajo de investigación y crítica), y *Aquí Fronteras* (novela). Recibe el Gran Premio Fundación Dupuytren.

En 1979 publica la novela *Inconfidencia (El Aleijaidinho)*.

Recibe la Orden de la Inconfidencia, otorgada por el Estado de Minas Gerais, Brasil.

En 1981 comienza a trabajar sobre su libro *Él, Juan Facundo*, obra que le llevará ocho años de elaboración debido a que se encontraba enfermo.

En 1988 le es otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Se concretan numerosos homenajes con motivo de sus 80 años.

En 1991 fallece en Buenos Aires el 27 de febrero. Siguiendo los deseos del escritor, sus cenizas son arrojadas al Río Diamante.

En 1995 la editorial Galerna publica *Él, Juan Facundo*, su novela póstuma.